

DAD A
CIÓN C

PARDO BAZAN

TEATRO CRISTO

PQ6629

.A7

A20

c.1

010466

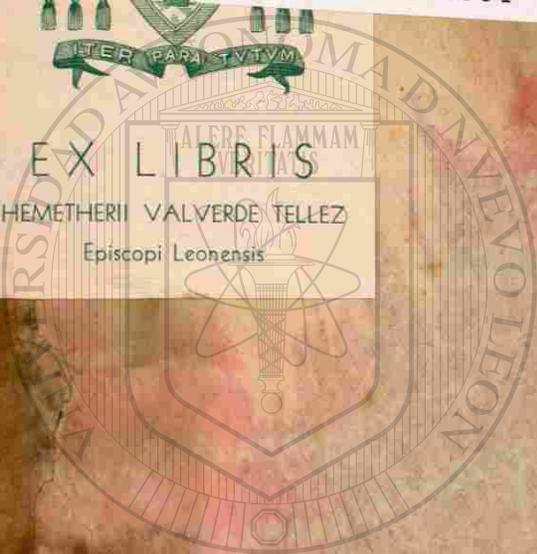


1080022004

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEVO TEATRO CRÍTICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol.
LA MADRE NATURALEZA, dos vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), segunda edición, dos vol.
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, tres vol.
DE MI TIERRA (Galicia), un vol.
LA CUESTIÓN PALPITANTE (agotada), un vol.
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo.
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol.
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol.
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol.

EN PRENSA

LA PIEDRA ANGULAR, novela.

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO I. OCTUBRE, 1891. NÚM. 10.

SUMARIO

- I.—POR EL ARTE. (CONCLUSIÓN.)
- II.—PEDRO ANTONIO DE ALARCON.—LAS NOVELAS CORTAS.
- III.—POR LA ESPAÑA VIEJA: LOS SANTOS DE VALLADOLID.
- IV.—NOTAS LITERARIAS.
- V.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Oficinas: Mendizábal, 34.

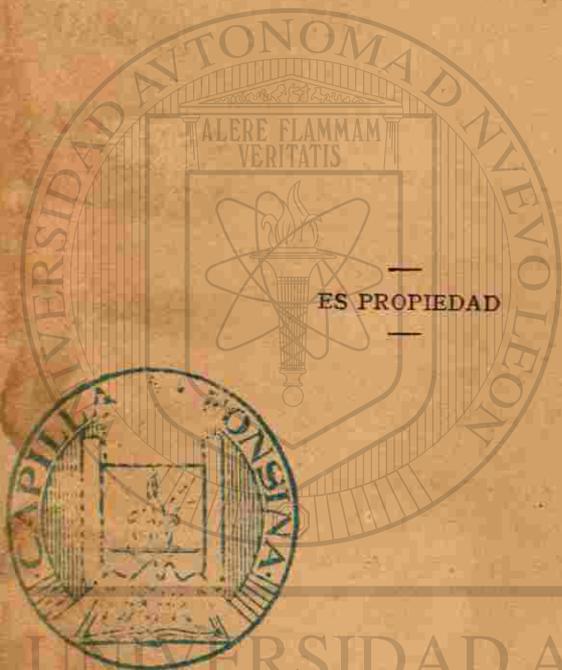
APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.

Capilla Alfonso
Biblioteca Univers

46740

UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca de la Universidad y Tebas

P96629
A 7
A 20



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



POR EL ARTE

(Conclusión.)

HOMBRES que no estimáis el mérito de la resistencia á la tentación insidiosa, yo os ruego que fijéis la consideración en este punto: á veces se requiere tanta fuerza de voluntad para no salvar cuatro tablonces, como para poner en fuego vivo ambas manos y no retirarlas. Reflexionad que, mientras desde mi *luneta* (todavía hay quien les llama así), me sepultaba en contemplación de las bases del lindo edificio, ya cautivas en el chapín de Rosina, ya encerradas en el botincillo de raso blanco de Anina (la Sonámbula), mis dos vecinos me decían á cada momento: «Estévez, no sea V. raro..., venga V. entre bastidores. La Duchesini tiene ganas de

010465

conocerle.... Dice que le parece V. tan inteligente en música!.... que sigue V. con una atención tan discreta el canto!.... Que le quiere dar á V. gracias por los buenos oficios que le hace.... Que vaya V. á saludarla en su cuarto, aunque sólo sea un minuto.... » Y yo, con la vista nublada, los oídos zumbadores, la garganta seca, tenía que responder: « Denle Vds. mil expresiones.... Díganle que soy su más apasionado admirador, y que ya iré.... cualquier día.... »

Y los veía filtrarse por el lóbreo pasillo, y quedaba envidiándoles...., no sólo por aproximarse á *ella*, sino porque tenían la fortuna de no ver en *ella* más que á la cantante, á la artista.... Iban impulsados del móvil más noble: ¡iban rebosando desinterés! ¡Yo era el que no podía acercarme á la deidad de mis sueños...., y no me acercaría, no!.... Conocía muy bien toda la fuerza de mis resoluciones, y sabía que, aunque tascase el freno, podría contenerme.... hasta morir. Mi voluntad triunfaba, mi voluntad era omnipotente.

En lo que no me contuve ni me reprimí, ni había para qué, fué en la manifestación externa de mi entusiasmo fingidamente artístico. Por lo mismo que me imponía el doloroso sacrificio, la cruel privación, creíme autorizado para ofrecer.... á los pies, realmente á los pies de la Duchesini, mi prestigio de inteligente, mis influencias sociales, y hasta el *superabit* de mi limitado presupuesto. Yo fui el faraute, yo el coribante de la conspiración duchesinista, que ha dejado en los fastos musicales de Marineda eterna memoria. Á mi puede decirse que se debe la serie de ovaciones que espero nunca podrá olvidar la seductora *diva*. No: nunca olvidará ella — aunque viva cien años — la noche de su beneficio en Marineda. Como que otra igual no la pesca, señores.

Desde un mes antes la veníamos preparando. Suelos y artículos en la prensa local; conversaciones en los corrillos; frenéticas salvas de aplausos, apenas aparecía en escena la Duchesini; envíos de ramos de flores, con que sabía yo que es-

taba embalsamado su cuarto,—aquel edén cuya entrada me había vedado á mí propio,—todo iba formando en torno de la diva esa atmósfera candente y electrizada que precede á las apoteosis.—Y un día tras otro se susurraba que el beneficio sería un acontecimiento sin igual; que ni la Nilson, ni la Sembrich, ni la Patti, con quien comparábamos á nuestra heroína, podrían jactarse de haber recogido, en su larga carrera de triunfos, homenaje más brillante y fastuoso....

Estos augurios traían soliviantada á la misma Duchesini. Á simple vista notábase en ella el soplo vivo y dulce del aura próspera. Estaba coquetona y alegre; se vestía mucho mejor; brillaban más sus ojos; mariposeaban como nunca sus finestros é incomparables pies.... La dicha la transformaba; el empresario tuvo que subirla el sueldo para el abono supletorio; no se hablaba sino de ella, y hubo noche en que se la hizo salir á la escena diez y siete veces después del *rondó* de Lucía....

Y en medio de este frenesí, de este halago, de esta idolatría de todo un pueblo, llegó la noche memorable del beneficio. Los palcos se habían disputado como si fuesen asientos en el cielo, á la diestra de Nuestro Señor. En cada uno se reunían dos familias, de modo que parecían retablos de ánimas. Las señoras habían sacado del ropero lo mejorcito, y muchas se habían encargado trajes para el caso. Predominaban los escotes, y veíase, como en el Real en días solemnes, mucho hombro blanco, algunos brillantes, guantes largos, abanicos de nácar, que agitaban un ambiente de perfumes. También se habían extralimitado los señores; en el palco de la Pecera y en las butacas, los admiradores locos de la beneficiada obedecían á la consigna de presentarse de frac;—cosa que reprobaban con expresivo movimiento de cabeza los formales, entre ellos Nicolás Darío, firme en su acostumbrada y correcta levita.—Por hallarse tan atestado el teatro, en los huecos que quedan entre butacas y palcos se habían coloca-

do sillas, y no se desperdiciaba ni una. En fin, estaba aquello que, como suele decirse, si cae un alfiler, no encuentra dónde caer. No hablemos de la cazuela, confuso hervidero de cabezas humanas: abajo se murmuraba misteriosamente que arriba «se ocultaban personas decentísimas, gente de lo mejor del pueblo».

Pero lo que sobre todo realizaba el aspecto del teatro, era la magnífica decoración discurrida por nosotros. Las delanteras de los palcos habíamos ideado empaques con banderas italianas y españolas, cruzadas en forma de pabellón ó trofeo; encima destacábanse coronas de laurel natural y grupos de rosas blancas.—Hubo por cierto dos ó tres de esos eternos descontentos y gruñones que encuentran defectos á lo más loable, y agriamente censuraron que para obsequiar á una tiple se sacase á relucir la bandera española.... Calculen Vds. lo que les contesté.... Yo, que hubiese tendido á los pies de la diva el mismísimo palio!....

La ópera elegida para el beneficio era

la del estreno de la diva, ó sea *El Barbero*. Conveníamos los inteligentes en que el papel de Rosina constituía el triunfo de la Duchesini. Cuando se presentó la diva en escena, fué aquello un espasmo, un delirio, un desbordamiento. Los de los fracs nos levantamos gritando: «¡Viva!», y haciendo mil extremos insensatos. Calmado al fin nuestro ímpetu, nos arrellanamos en la butaca, suspendiendo hasta la respiración para mejor escuchar y no perder....

Iba á decir ni una nota; pero esto de la *nota* apliquenlo Vds. á los que me rodeaban, al resto del honrado público: no á mí, prevaricador del arte y desertor de la moral, que en vez de atender á las melodías de Rossini, sólo tenía ojos y oídos y sentidos corporales para el moverse de dos piececillos traviosos, afliggranados, cucos, que estrenaban aquella noche solemne una funda de seda lacre: lacre era también el gracioso monillo y la falda ceñida é indiscreta que lucía la Duchesini, velada con volantes de rica blonda española....

Hay en el segundo acto de *El Barbero* una situación que suele elegir la tiple para lucirse y el público para manifestar toda su benevolencia. Es la de la «lección de música», donde la pupila del gruñón vejete ejercita el derecho de cantar lo que más le agrada ó acomode, la pieza con que mejor luzca sus facultades. La Duchesini tenía señalada de antemano, para tal circunstancia, una de esas arias de gorgoritos sin fin, que remedan cantos de pájaros trinadores. No bien principió á dejar salir de su boca sartitas de perlas, estalló la ovación preparada.

Principiaron á caer de la lucerna, de las galerías, de los proscenios altos, de las bambalinas, de los palcos terceros, papelicos rosa, verdes, azules, amarillos, blancos, grises, que como lluvia de pétalos de flores inundaron el aire, tapizaron el escenario, alegraron los respaldos de las butacas y se quedaron colgados en los mecheros de gas. Las señoras alargaban la enguantada mano y atrapaban al vuelo los tales papeles; los chicos se en-

tregaban á una verdadera caza, para «reunir toda la colección» que se componía nada menos que de diez hojas volantes, ó sea de otras tantas poesías, obra de ingenios de la localidad, entre los cuales se llevaba la palma el acreditado Ciriaco de la Luna, vate oficial en inauguraciones, festejos, entierros, beneficios y días señalados, como por ejemplo, el Jueves Santo ó el de Difuntos.—De los papelitos resultaba que al aparecer en el mundo la Duchesini, ruiseñores, cisnes moribundos, malvises y bulbules habían pegado un reventón de envidia; que la llama del genio cercaba su frente (la de la Duchesini); que era divina; que había nacido del apasionado contacto de un trovador y una hurí; y que al partir ella, Marinada, por algún tiempo transportada á la mansión de los ángeles, iba á caer en las tinieblas más profundas, en el limbo del dolor. ¿Quién nos consolaría; ¡cielos! ¿Quién nos devolvería aquellas horas edénicas, mágicas, de inefable felicidad? Ella era una estrella, un cisne, que ya volaba á

otro lago; ella iba adonde la aclamarían multitudes delirantes, y donde reyes y príncipes arrojarían á sus pies cetro y corona...., pero nosotros.... ¡ay! nosotros, ¡cuál nos quedábamos! Probablemente nos moriríamos de nostalgia.... Sí: Ciriaco de la Luna vaticinaba su propio fallecimiento....

Á la lluvia de papelitos y de rípios, siguió otra de pétalos de rosa y de rosas enteras, que alfombraron el escenario; luego, gruesos ramos fueron á rebotar contra las tablas, á los pies de la diva.— Con este motivo se rompieron dos ó tres candilejas de reverbero, y la concha del apuntador fué literalmente bombardeada. El director de orquesta, vuelto hacia el público, sonreía empuñando la batuta; los músicos, interrumpida su tarea, sonreían y aclamaban también.... Y entonces principiaron á entrar los ramos *formales* y las coronas.

Comparsas, acomodadores, mozos de los casinos y sociedades, y hasta algún criado de casa particular — el de Nicolás

Darío, verbi gracia — desfilaron dejando á los pies de la Duchesini, ya unos ramilletes colosales, como ruedas de molino, con luengas cintas de seda y rótulos en letras de oro, ya coronas de follaje artificial. Iba formándose un ingente montón: la diva quiso conservar en sus manos el primer ramo, después de llevarlo á la boca, pero se lo impidió el peso, y pálida, sonriendo, cortada de emoción, tuvo que ir soltando *bouquets* por todas partes, sobre las mesas, sobre las sillas, sobre el clavicordio, ante el cual el tenor, vestido con el eclesiástico disfraz de Don Alonso, presenciaba la ovación sin saber qué cara poner....

Mas esto de las flores era sólo el prólogo. Faltaba lo mejor, lo gordo, lo inaudito en Marineda. Empezaron á entrar estuches en bandejas de plata: venían abiertos; uno contenía una corona de hojas de laurel de oro, otro un brazalete, otro — el último, el más importante sin duda — una cajita minúscula de terciopelo, donde brillaban dos hermosos solitarios....

Al mismo tiempo se repartía y vendía por los pasillos del teatro un periodiquín, tirado en una imprenta microscópica, y enriquecido con una completa é insulsa biografía de la Duchesini, versos á la Duchesini, agudezas y anécdotas en, con, por, sobre la Duchesini, pronósticos de que la Duchesini eclipsaría á las más refulgentes estrellas del arte musical..., y un fotograbado que representaba á la Duchesini...; pero ¡ay! á la Duchesini... de cintura arriba. ¡No había tenido en cuenta el artista que aquellos pies sublimes eran los que merecían los honores del fotograbado!

.....
 En semejante noche me quedé afónico de gritar, ronco de bravear, desollado de aplaudir; así es que bien puedo afirmar que tenía fiebre cuando á la siguiente mañana despedimos á la Duchesini, que se embarcaba prosaicamente para Gijón. Sí, la ví de cerca.... Como ya no había peligro, me atreví á estrecharle..., ¡ay de mí!, la mano, sólo la mano, ¡á bordo del

esquife que la conducía al vapor! Ella iba muy llorosa, envuelta en velos y abrigos, quebrantada, al parecer, por la pena, la gratitud, el orgullo, la impresión honda que de Marineda se llevaba. Yo, sin respirar, tembloroso, silencioso, la ayudé á subir por la escalerilla del vapor..., y como estas escalerillas son tan indiscretas, aún pude divisar el pie enemigo de mi calma, metido en elegante botita de viaje; el pie que resonaba sobre la madera de la cubierta, y al romper el buque las olas con hirviente estela, se alejaba y se perdía para siempre....

.....
 Dos años después volvió á verse en Marineda compañía de ópera: barata, mediana, bastante igual.—Darío y Quiñones eran nuevamente mis vecinos de butaca; y, ¡claro!, á las primeras de cambio recayó la conversación en la para mí inolvidable Duchesini.

— ¿Sabe V. (dijo con su calma algo irónica y siempre cortés el banquero) que se me figura que hemos levantado de cas-

cos á aquella infeliz, y la hemos hecho desgraciada para toda su vida?... Porque ya sabrá V. que en Madrid le atizaron una silba horrible..., y en Barcelona no le hicieron caso ninguno.

—Es que la Duchesini no valía gran cosa, si hemos de ser francos y justos (respondió febrilmente Quiñones, que atendía extático á las notas de la contralto). La que es una notabilidad, es esta Napoliani.

—Lo que tenía la Duchesini (murmuré yo, como el que desahoga el corazón de un pesado secreto) eran unos pies... ¡inimitables, sin igual! Yo no he visto pies así... nunca, más que en ella.

—¡Ah! (confirmó Quiñones, arrastrado por un vértigo de sinceridad.) ¡Pues si los admirase V. en babuchas turcas..., las que traía por casa!

Darío hizo una mueca que parecía contracción galvánica; pero dominóse al punto, sonrió, y clavando los ojos en Quiñones, articuló lentamente:

—Hay que confesar que la... la... conti-

nuación... de los pies... no desmerecía del principio. ¿Verdad, amigo Quiñones? Pero nuestro Estévez nunca quiso ir al cuarto de la diva...

Me sentí palidecer de vergüenza y de celos retrospectivos: noté en el corazón angustia y en el estómago mareo...; pero me rehice, me encuaderné, y serio y enérgico respondí:

—¡Bah! ¿Qué importa, después de todo, que una cantante tenga los pies feos ó bonitos? Aquí se viene... por el arte.





PEDRO ANTONIO DE ALARCON

—
LAS NOVELAS.

I

Novelas cortas.—El final de Norma.

ALARCON vino al mundo en pleno florecimiento romántico, cuando señoreaban nuestras letras dos hijos de la *nebulosa Albión*, como entonces se decía: Walter Scott, rey del romanticismo arqueológico y épico, y Byron, semidios del lírico ó subjetivo. No todo había de ser exótico en nuestro renacimiento literario, pero estaba escrito en las estrellas que, para desentrañar los gérmenes castizos, hubiésemos de pasar por las horcas caudinas de la imitación. En Alarcon, más que en ningún escritor español de su misma época, se cumplió este decreto de los hados.

La cultura española, genuina bajo los reyes de la casa de Austria, adquirió sesgo italo-francés con los primeros Borbones, y el desnivel entre nuestra civilización y la que ya ostentaban con orgullo las naciones que iban tomando la delantera, fué causa suficiente para que entre nosotros el ingenio y el talento, aspirando á la ilustración como las plantas al sol, pagasen tributo á las corrientes literarias que venían rodeadas del prestigio de su extranjero origen.—Felices y bendecidos los poetas que, como Zorrilla, el duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, acertaron desde el primer instante á fundir la pasta del romanticismo en la turquesa española. Felices y bendecidos, por la tradición que reanudaron y por el camino que abrieron, Mesonero Romanos, Larra, *El Solitario*, *El Estudiante*, Fernán Caballero.... nuestros grandes costumbristas en fin.— Con venir Alarcon más tarde que ellos, no acertó hasta llegar á la edad madura á ver claramente ese camino salvador. Período de imita-

ción podemos llamar á la primer manera ultra-romántica del autor de *El final de Norma*. Nadie más afrancesado que Alarcon en sus comienzos.

Porque no era la musa de Scott, ni siquiera la de Byron, quien ejercía influencia sobre el mozo soñador que, recluso en su ciudad natal, aprendiera solo la lengua de Víctor Hugo, sin gramática ni diccionario, con dos ejemplares de la *Jerusalem libertada*, uno en castellano y otro en francés. Ni siquiera fueron los astros mayores del cielo romántico de Francia misma los que deslumbraron con sus luces al rezagado seide guadijeño. Él mismo nos enterará, manifestando su acostumbrada franqueza autobiográfica, de cuáles fueron sus númenes literarios. «¿Quién me enseñó?», dice en la *Historia de mis libros*. «Nadie. Yo no soy discípulo de ningún D. Alberto Lista, grande ni pequeño.»

Esta falta de un maestro de severo y depurado gusto, familiarizado con los clásicos, embebido en la literatura de nues-

tros siglos de oro, y, por consiguiente, en la esencia del espíritu nacional, es gran desventura para los que principian una carrera literaria: y bien lo puede decir quien, por la infelicidad del sexo, también tuvo que ser maestra de sí propia, y vivió hermosos años juveniles en solitaria anarquía....—Alarcon, entregado á sí mismo, se escogió sus dioses. «Comencé rindiendo vasallaje á Walter Scott, Alejandro Dumas y Víctor Hugo; pero me aficioné después á Balzac y á Jorge Sand, por hallarlos más profundos y sensibles....» Si bien Alarcon refiere á tales influencias algunas de sus *juvenilia*, harto más poderoso aparece otro ascendiente que él mismo reconoce, al informarnos de las modificaciones que introdujo en el manuscrito de *El final de Norma*. «Había yo conocido ya al ingenioso y afrancesado escritor Agustín Bonnat, quien me trató desde luego fraternalmente.... y contagio eran de sus graciosos escritos aquel humorismo aparente, aquel charloteo con el lector, y todas aquellas excentricidades y

chanzas....» Esta manera que por reflejo de Agustín Bonnat adquirió Alarcón, la tomaba Bonnat á su vez del «entonces muy en candelero y siempre admirable Alfonso Karr».

Así califica Alarcón al autor de las *Guêpes*; yo confieso que no me parece Karr tan admirable, ni la mitad siquiera, sobre todo si le considero como *novelista* y *cuéntista*; el *periodista* y el *satírico* me satisfacen más, á veces me cautivan.—De cualquier modo, la brillantez, los castillos de pólvora, los cohetes y juegos de aguas del estilo del autor francés eran muy propios para deslumbrar á Alarcón durante su época bohemia, cuando, porque «Alfonso Karr y Enrique Murger y Champfleury y otros escritores franceses de aquel tiempo habían puesto de moda la pobreza de los literatos y artistas, ó sea la *Sublime Bohemia* del barrio latino de París», seis muchachos andaluces resistían el invierno de 54 á 55 en un sotabanco sin alfombra ni estera, paseando sobre las sillas puestas en hilera,

por no pisar los helados baldosines....

Apenas puede exigirse á los escritores cuenta de estas primeras devociones de la mocedad; y menos cuando viven los escritores de tal suerte, formando una especie de *falansterio* literario.—Son entonces las ideas estéticas y las escuelas á modo de contagio difundido en la atmósfera común, y tan enemigo de la personalidad literaria como demostrará la anécdota siguiente:—En cierta casa de Madrid, cuya puerta no se cerraba ni de día ni de noche, había «una gran mesa revuelta, adornada con un tinte-ro monstruoso y cubierta de cuartillas de *papel sellado* sin sello, en la cual escribían indistintamente doce literatos y poetas». Allí se hilvanaban á troche y moche poemas, novelas y dramas; allí borroneaba sus comedias el hijo de Larra, sus dramas Eguilaz, sus cantares Trueba, sus letrillas Manuel del Palacio, y Arnao sus canciones, y Alarcón algunas de sus *Novelas cortas*.... Un día se sienta á la famosa mesa el joven guadijeño, y tropieza

con dos cuartillas escritas por un lado y de letra muy menuda, que no eran ni más ni menos que el principio de una novela.... Reconoce la letra de Eguilaz, y las deja allí, á fin de que el autor termine su obra y poder robársela, con propósito firme de secuestrarla á beneficio de su revista *El Eco de Occidente*.... A las pocas horas vuelve á registrar el nido, y encuentra cuatro cuartillas más, ó sea la novelita terminada.... pero no por Eguilaz, sino por Agustín Bonnat.—Alarcon no vacila un momento: coge el manuscrito, le añade el título, pone epígrafes á los capítulos, un epílogo á su antojo.... ¡y echa al correo la novela!

Al referirnos este característico episodio, Alarcon lamenta ignorar el paradero de la gran mesa revuelta. «La busqué en las ferias este año, y no estaba. Quizá haya sido convertida en leña, ó alquilada para otra nueva cría de literatos.» ¡Ah! Esto último sí que no. Sólo con mirar en torno suyo pudo convencerse Alarcon de que la nueva generación literaria es inca-

paz de congregarse alrededor de una mesa común. Tiene cada cual su escritorio y su estudio: ciérranse con llave las cuartillas, y si no sellamos con candado el cerebro, es porque no se puede. Todos solicitan, y consiguen algunos, «beber en su vaso propio». Imaginaos al Padre Coloma terminando unas cuartillas de Galdós....

De esta suerte, notando en Alarcon la lucha de un instinto estético hondamente español, castizo y desenfadado, con la imposición del ambiente francés en que respiraba su ingenio, sobre todo en los primeros años de vida literaria, puede explicarse el fenómeno de que entre sus *Novelas cortas* haya algunas que pueden calificarse de lo mejor del género, que no han sido superadas, ni acaso lo serán, por ningún escritor castellano, y otras que merecían las ascuas de la chimenea, donde abrasó Alarcon sus prematuros ensayos poéticos.

Tres tomos ocupan, en la colección de sus obras, las *Novelas cortas*. Constitu-

yen la primera serie los *Cuentos amatorios*, la segunda las *Historietas nacionales*, la tercera las *Narraciones inverosímiles*. ¿Cuanto va á que sin más que la enunciación del título, toda persona de mediana cultura literaria elige, prometiéndole recrearse con el primer tomo, poner sobre su cabeza el segundo, y hacer rajos el último?

Veo que estoy siendo demasiado radical y absoluta, y me detengo. Sólo quise indicar que en el tercer tomo de novelas cortas de Alarcon abundan, más que en los otros, ejemplos de ese romanticismo superficial y extravagante de última hora, y escasea la nota castiza y rancia que tan balsámico sabor de generoso vino andaluz comunica á los mejores cuentos alarconianos. No por eso he de condenar enteramente el afrancesamiento del amenísimo cuentista. Había en él mucho de espontáneo; Alarcon obedecía á su propia naturaleza cuando recibía, al través de Agustín Bonnat, el verbo del autor de *Bajo los tilos*. Así lo comprendía

Revilla, cuyas palabras trasladaré: «Es muy escaso en los escritores españoles un talento característico de los franceses: el de saber hacer libros..... Esta *difficil facilidad* de los franceses, este talento especial para levantar grandes edificios con mezquinos materiales, este arte de hablar mucho y bueno, diciendo poco ó nada, este exquisito y delicado *savoir faire*..... le posee entre nosotros en altísimo grado el Sr. Alarcon. La modestia de tan distinguido literato le hará conocer que hay muchos que le aventajan en profundidad, en idea, en intención y *hasta en inventiva*; pero en aquella cualidad, ninguno.» Sobrábale razón á Revilla, y una frase del mismo Alarcon (que era á veces decisivo y muy sincero hablando de sí propio) confirma la apreciación del ilustre crítico. «Desde luego puedo afirmar que de todos ellos (los ensayos de novela corta) preferí al cabo los puramente narrativos á los descriptivos y á los filosóficos.» *Maestría suprema en el arte de narrar*: ahí tenéis definida la ver-

dadera gloria literaria de Alarcon. Dadle un tema cualquiera, entregadle una astilla de pino, un retazo de estopa burda y áspera: él los trocará en oloroso cedro, ó en seda, no lisa y suave, sino cuajada de bordados y recamada de perlas distribuidas con toda la gracia del mundo.— Véase por qué, entre las más lindas joyas de la literatura española desde mediados del presente siglo, habrá que contar alguna novela breve de Alarcon. Ni Próspero Merimée ni Daudet han superado al Alarcon de *La Buenaventura*, *Tic tac*..... *El carbonero alcalde* y *El libro talonario*.

Notaba Revilla en Alarcon la deficiencia de inventiva, y Alarcon la confirmaba diciendo textualmente: «Yo soy poco aficionado á inventar historias.» En efecto, apenas habrá cuento de Alarcon que sea fruto de esa facultad inventiva que, aun partiendo, como no puede menos, de los datos reales, obra á manera de crisol con el metal, derritiendo é imprimiendo nueva forma al tesoro de datos que suministra la experiencia propia ó ajena. Este

poder *plasmante*, de que Galdós nos ofrecé tan magnífico ejemplo, faltaba á Alarcon, y así en sus cuentos como en sus novelas largas es fácil desentrañar el elemento lírico ó épico, apenas modificado, que suministró la realidad. Y este camino, tan trillado en apariencia, es, sin embargo, el mejor que Alarcon puede seguir, porque Alarcon carece del vigor suficiente para sacar de sí un mundo, y en cambio posee el espejo mágico de una imaginación que embellece cuanto copia. Para Alarcon se formuló sin duda alguna aquel axioma escolástico: «La materia es indiferente á la forma.» Recoja un fragmento de estaño ó una limadura de cobre, sabrá convertirlo, si quiere, en rubí....

Invirtamos el orden de publicación de las *Novelas cortas*, y hablemos primero de las que juzgo más severamente, ó sea de las *Narraciones inverosímiles*.

Refiere Alarcón que en sus primeros años, siendo aficionadísimo á la geografía y hallándose preso en Guadix, «es-

tacionaria ciudad rodeada de cerros», se le ocurrió viajar con la pluma por los ámbitos del mundo, y escribir nada menos que cuatro novelas tituladas *Los cuatro puntos cardinales*. De aquel período (comparable al que hoy atraviesan los muchachos que coleccionan sellos) resultaron, ya que no las cuatro obras proyectadas, muchas páginas que constituyen lo que de buena gana llamaría yo *la mascarada polar*. Una Escandinavia descabellada y estrambótica, sin pies ni cabeza, digna de la España de Dumas, señoreó la fantasía de Alarcon, y le dictó (amén de *El Final de Norma*) dos narraciones tituladas *El año en Spitzberg* y *Los ojos negros*. En la primera puede notarse un lujo de descripción colorista que nadie superó después, y que ya quisiera para sus escenas boreales Julio Verne, ó para sus novelas cosmogónicas Flammarion. «El Septentrión se inflama con mil lucés y colores: una llamada de oro y fuego inunda el espacio iluminado: las soledades se incendian: los

monolitos de hielo brillan con todos los matices del arco-iris. Cada carámbano es una columna de topacio: cada estalagmita una lluvia de zafiros. Rásgase la penumbra, y descúbrense océanos de claridad.... ¡Allá adivino el *Polo*, alumbrado intensamente; erial solitario que ningún pie humano llegará á hollar nunca! Y en aquella región de continuo espanto, creo divisar el eje misterioso de la tierra....»

En *Los ojos negros* faltan estas galas descriptivas y queda solo una fantasía ártica, que en realidad podríamos llamar un puro disparate.—En cierta región de Laponia alzáse la colosal y escarpada isla de *Loppen*. Allí, y dentro de un castillo nada menos que de siete pisos, escavado todo en la roca viva, en una «aristocrática» gruta á cien piés de profundidad, están mirándose á las caras el *Jarl* Magno de Kimi y su esposa la *Jarlesa* Foedora, ambos rubios como unas candelas, y de perro humor ambos. ¿Qué hace tan aburrida la pareja de lapones? Ni más ni menos que esperar á que nazca el niño

que lleva en sus entrañas la señora Jarlesa; porque si la criatura trae los ojos azules como su papá y sus abuelos, entonces renacerá la alegría y la ventura en el matrimonio; pero ¡guay si acierta á nacer el mayorazgo de Kimi con la mirada *de luto!* Porque entonces quedará demostrado que hubo gatuperio y que el autor de la fechoría es cierto extranjero, el español D. Alfonso de Haro.—Conociendo las malas entrañas que cría en los autores cierto género de romanticismo, el lector no dudará que el chiquitín viene al mundo con dos ojazos negros como dos cuentas de azachabe; y el Jarl, rabiando de celos, después de comunicar á su esposa la grata nueva de que volverá para darle á elegir el género de muerte que más la seduzca, marcha en su bergantín *Thor* á buscar á D. Alfonso de Haro, que por singular previsión náutica es dueño de una goleta llamada el *Finisterre*. Y los dos rivales, después de andar á cintarazos sin fruto, resuelven el combate naval; pero cádate que en el momento de-

cisivo aparece uno de los grandes espantajos románticos, ya puesto en escena por Edgardo Poë, el *Maelstroom* ó remolino ártico... y se quedan todos iguales, porque á los dos enemigos y á sus barcos se los sorbe el *Maelstroom* en un decir Jesús...

Cuando malgastaba Alarcon su ingenio en escribir tales absurdos (muy leídos y elogiados, á pesar de su enormidad), ya lucía en el horizonte el realismo popular de Fernán Caballero; ya habían trazado páginas sabrosas Mesonero Romanos y Estébanez Calderón; ya en buena ley podía considerarse anticuado el género á que Alarcon rendía parias... ¿No es curioso que siempre comencemos por dirigir la mirada á los países remotos, que la fantasía nos lleve hacia quiméricas regiones, hasta que un día nos damos cuenta de que la novela, la poesía, la hermosura, no están ni en los fantasmas de la imaginación ni en los espectros del pasado, sino ahí... á la puerta de casa... aún más cerca..., más cerca? ¡Veinte años

había de tardar Alarcon en regresar de Laponia y Escandinavia al clásico, ajejo, familiar molino de la *señá Frasquita*... donde le esperaba, pacífica y sonriente, la gloria!

Pero no adelantemos los sucesos (frase muy socorrida en tiempos del *Jarl de Kimi*), y volvamos á las *Narraciones inverosímiles*, para reconocer que son pobres en interés, mezquinas en su intención moral, superficialmente amenas, y alguna (por ejemplo *Los Seis velos*), muestra curiosa de ese estilo aforístico, puntiagudo, lapidario, que tenía la ventaja de remedar á Alfonso Karr y de llenar muchas páginas con poca prosa. Si alguien duda de la superioridad del segundo Alarcon sobre el primero, no tiene más que comparar, en este tomo, las narraciones de fecha reciente con las antiguas.—No sólo se destaca *La Mujer alta*, en la cual hay (sobre todo al principio, en la parte *no inventada*) cierto terror sugestivo muy hondo, sino principalmente el cuento titulado *Moros y*

cristianos, fechado en 1881: de las páginas más sabrosas de Alarcon, aunque la crítica haya prescindido de ellas, concediendo en cambio importunos elogios á los descabellos de la primer época alarconiana. Aquel prurito de disparar paradojas inocentes, derrochar humorismo de café, convertir en pirotecnia las ideas, de que dan tan curiosa muestra *Los Seis velos*, se ha calmado ya; el estilo ha adquirido, á falta de fluidez y armonía, naturalidad y amplitud, y el donaire español corre á oleadas por la graciosa aventura del tesoro ambicionado por tantos y oculto en el morisco castillejo... relato que debieron de inspirar á Alarcon sus antiguas empresas de arrastrarse como una serpiente por cañerías morunas, para encontrar allí algún depósito digno de Aladino el de la lámpara.—Fué Alarcon, en la á trechos muy sincera y siempre interesante *Historia de mis libros*, el primero á calificar de aberraciones las obrillas de su juventud, y á reconocer que las posteriores están escritas

«en *manera* más española, ingenua y grave».

La misma heterogeneidad que en las *Narraciones inverosímiles*, advierto en los *Cuentos amatorios*. Sólo que en éstos falla el sentido crítico del autor, pues los defiende asegurando que, á pesar de su forma exterior alegre y aun picante, son «amatorios á la antigua española» y no «al modo de ciertos libros de la literatura francesa contemporánea, en que el amor sensual se sobrepone á toda ley divina y humana». Jamás ha partido de la pluma de Alarcon afirmación más gratuita, más ligera, más desprovista de pruebas, más contraria á la verdad y más opuesta á lo que nos enseña la poca historia literaria que sabemos. Pero á mayores contradicciones pudo inducir á Alarcon su trasnochado empeño de aparecer perpetuo campeón de la moral y blanca paloma de las letras.

Para decir que en el estilo amatorio «á la antigua española» no se sobrepone tantas veces el amor sensual á toda ley divi-

na y humana, es preciso olvidar, no solamente las pláticas de doña Endrina, las *requiestas* de Baena, los fogosos arrebatos de los enamorados de *La Celestina*, y la fertilidad y lozanía de nuestra novela lupanaria (sin igual en otras naciones), sino las mismas obras de Quevedo, Cervantes y Tirso, que Alarcon cita, y las de doña María de Zayas (por no hablar sino de lo más conocido y reciente).—Los que pretenden presentar á nuestra literatura formando contraste, por lo sana y ortodoxa, con la francesa, acostumbran alegar que la nuestra es zumbona y epigramática y que aquí las desvergüenzas más gordas están teñidas—cito á Alarcon—«de un verdor primaveral y gozoso que más inducía á risa que á pecado». Esta misma tesis se la he oído sostener á menudo y con muy especiosas razones á D. Juan Valera, quien hace consistir en la tristeza y el pesimismo todo el mal de la literatura erótica. Yo doy de barato que sea más reprobable ante la moral (ya que de moral y no de estética tratamos) un cuento

libertino y triste que uno libertino y alegre; pero aun así, he de recordar que los franceses tienen exactamente la misma pretensión que nosotros, de haber descrito «festivamente y en son de picaresca burla, excesos y ridiculeces de estrambóticos amadores y de equívocas princezas», á lo cual llaman ellos *gauloiseries*, teniéndose por la gente más chusca y más desahogada del mundo, y juzgándonos á nosotros sumamente melancólicos, tétricos y atrabiliarios. Y no afirmo que lo seamos, ni niego la existencia de nuestra rica literatura *de gorja* y de nuestras «obras de burlas»; sólo sostengo que con ella coexistió otra tan pesimista y honda (á su manera), como puede ser la obra francesa que Alarcon juzgase más disolvente: dígalo *La lozana andaluza*, que tan singular semejanza de pesimismo y de argumento y de intención ofrece con la *Nana* de Zola; díganlo las dos terribles *Novelas ejemplares*, verdaderos cuentos amorios, de Cervantes, *El celoso extremeño* y *El curioso impertinente*, y aun

la misma *Tia fingida*, con aquel desenlace que, á encontrarlo Alarcon en una novela realista contemporánea, tal vez le pareciese destructor de «los respetos innatos que sirven de base á la familia y á la sociedad». Por más que hago, no oigo las castañuelas que hoy se empeñan algunos en colgar á toda nuestra vieja literatura, de la cual—á fuer de humana—se exhala á veces un hálito muy penetrante de tristeza; y tampoco quiero otorgar crédito de axioma literario á la idea de que, con repicar las castañuelas susodichas y pegar cuatro cabriolas, ya puede decirse todo sin que arrugue el ceño la Moral.

Y es lo más picante del caso que ni hay tales castañuelas, ni tal españolismo, sino, al contrario, muy marcado sabor francés, en los *Cuentos amorios* de Alarcon. Nada tienen de castizas ni *La belleza ideal*, ni *El abrazo de Vergara*, ni *La última calaverada*, ni *Novela natural*, ni la graciosa extravagancia ¿*Por qué era rubia?*, y nada de alegres y zumbonas

La Comendadora ni *El clavo*. La primera de estas dos historietas (y la mejor del tomo á mi ver) está impregnada de una melancolía interior, que se pega al alma. Allí no hay *verdor gozoso*, sino *negra austeridad*.—Asegura su autor que «*La Comendadora*» es totalmente histórica. Sólo ha cambiado nombres y fechas, y algún que otro pormenor *inenarrable* del empeño del niño....» Mucho siento en esta ocasión no haber preguntado á Edmundo de Goncourt por qué caminos llegó á su conocimiento la historia de la Comendadora para que la refiriese en uno de sus libros,—sin omitir el pormenor inenarrable.

Y más siento aún no recordar en qué *Museo* ó *Semanario* vi hace bastantes años una redacción de *El clavo*, traducida del original francés de Hipólito Lucas (si la memoria no me vende por completo, lo cual no me extrañaría, pues la tengo traidora). Era la historia más corta que la de Alarcón, y parecía por consiguiente más dramática. Esto no es acusar de pla-

gio á Alarcón, pues, aparte de lo incierto de la noticia, el mismo Alarcón declara que no es amigo de inventar historias, y escribe terminantemente: «*El clavo* es, por lo tocante al fondo del asunto, una verdadera *causa célebre*, que me refirió cierto magistrado granadino cuando yo era muy muchacho.» Una causa célebre es del dominio general, y bien pudo el autor francés aprovecharla sin que lo supiese Alarcón cuando la aprovechó á su turno. Mi indicación no tiene más objeto que estimular al curioso que logre descubrir la historieta francesa y compararla con la española.

En las *Historietas nacionales* también conviene discernir el trigo de la cizaña. ¿Queréis un modelo acabado de narración patriótica, sentida, vigorosa, cincelada, patética en el fondo, sana y exenta de toda sensiblería en la forma? Leed *El carbonero alcalde*.—Ved surgir, evocada de la penumbra, la varonil, la férrea figura de Manuel Atienza, ¡que santa gloria haya! Mirad su retrato,—y descubridlos.—

«Era la primera autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco á cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso ó *nudoso* (que esta es la verdadera palabra), como un fresno, y fuerte como una encina; aunque, á decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo, que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pederñal; sus dientes de caoba; sus manos de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un jabali.... Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña....»

Aquellas manos de bronce pavonadas por el sol, empuñan la vara de alcalde de la villa de Lapeza, cuando el año 10 marcha sobre ella un destacamento de las

tropas francesas, dueñas ya de Guadix. —Manuel Atienza, el carbonero, es uno de esos monterillas que dejaron un rastro entre cómico y homérico en la historia de nuestra defensa contra la invasión. Rodeado de un brillante Estado Mayor compuesto del alguacil, del pregoneiro y del fiel de fechos; á la cabeza de doscientos gañanes; sobre una fortaleza de madera que defiende un cañón hecho del tronco de una encina ahuecado al fuego, Atienza espera á los franceses, y cuando asoman, los escarmienta tan duramente, que para volver á perseguirle y acorralarle en la montaña, envían casi un ejército. Atienza vende cara su vida. «Dispara, por fin, el último trabucazo, trazando en torno suyo un semicírculo con la tremenda arma, como si quisiese rociar de balas el monte; alcánzale en esto otro tiro en el vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso; conoce que va á morir; arroja el trabuco, no sin mirarlo con enojo al considerarlo ya inofensivo; sácase del cinto el enorme bastón que conocemos..., y

rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja á la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.»

Compárense estas enérgicas pinceladas y esta varonil sencillez de la frase con el afeminado *papotage* de *Los Seis velos* ó con los delirios boreales de *Los ojos negros*. *El carbonero alcalde* (escrito en 1859), nos muestra á Alarcon completo, en su plenitud de artista. Ya no irá más lejos que en esta primorosa narración: ni el interés, ni el arte de contar, ni los recursos de la pluma, pueden ser mayores; y ni Merimée, autor de *La toma del reducto* y *Mateo Falcone*, ni Turguenef al concebir *El rey Lear de la estepa* ó *Las reliquias vivas*, ponen la ceniza en la frente á Alarcon modelando de alma y cuerpo entero á Manuel Atienza, el gran español desconocido.—Busco algún fragmento épico moderno que supere al *Carbonero alcalde*, y sólo podré

citar los *Cuadros del sitio de Sebastopol*, donde supo difundir tan misterioso horror bélico el genio de Tolstoy.

Muy inferiores al *Carbonero alcalde*, dentro de la misma nota patriótica, son *El afrancesado* y *El extranjero*. Además *El afrancesado* se funda en una patraña melodramática ya explotada por los escritores franceses. En cambio el *Angel de la Guarda* es una joyita, y el género de doloroso y horrible heroísmo de la madre de Miguel, bien puede emparejar con el heroísmo salvaje de Atienza. *El Angel de la Guarda* lleva la misma fecha que *El carbonero alcalde*: 1859, año de la Guerra de África. Las dos novelitas muy inferiores, *El afrancesado* y *El extranjero*, son cuatro ó cinco años anteriores.

Digna es también de Merimée *La buena ventura*, y hermosa y tierna la narración *El asistente*. El género híbrido á que pertenecen *Dos retratos* y *Las dos glorias* me agrada poquísimamente en general; no es novela, porque falta la observación directa y la impresión personal

del artista; no es tampoco historia, porque siempre hay que falsear los datos positivos y alterar poco ó mucho los caracteres de los héroes para prestarles el realce novelesco. San Francisco de Borja, según los historiadores más formales, nunca anduvo enamorado de la Emperatriz, á no ser que por enamoramiento se tome el respeto profundo y el gran cariño del caballero y del vasallo á su reina y señora; y Rubens no podía hablar.... como un periodista contemporáneo. Prefiero, dentro de esta clase de evocaciones históricas, la descarnada relación del auto de fe, que lleva por título *El rey se divierte*. Nuestra imaginación borda sobre la tela de la realidad, que el escritor nos presenta lisa y desnuda.

No quiero que se me pase inadvertida, entre las historietas nacionales, una que lleva por título *El Libro talonario*. Á mi modo de ver, en ella ha probado Alarcon, más que en otra alguna, su capacidad para erigir una torrecilla de filigrana en la punta de un alfiler. ¿Qué argumento es

del cuentecillo rural? Nonada pura.... Á un pobre hortelano de Rota le roban de su huerto la cosecha de calabazas; el buen hombre sospecha que el ladrón ha ido á venderlas á Cádiz, y sale tras él para recobrar sus amadas prendas; reconócelas al punto en un puesto de verduras del mercado; mas como no basta reconocerlas, sino que es preciso dar pruebas de su identidad, el tío *Buscabeatas* (que así se llama el roteño), saca su *Libro talonario*, que consiste en los tallos ó cabos á que estaban unidas las calabazas antes de que se las robasen; y como los pedúnculos se adaptan perfectamente á las concavidades ó cicatrices de las calabazas, el hortelano recobra el precio de su cosecha y tiene el gusto de enviar á la cárcel al ratero.—Es nadería, es bobería, ya lo sé; pero leedla, y veréis el gracejo, la soltura, la delicada sal que sazona esta insignificancia literaria. No cito, porque habría que citar todo el cuento, mutilar aquel juguillo de diez páginas, evaporar su perfume, tan castizo y sandunguero.

¡Ay! Este suspiro me lo arranca el convencimiento de que, siendo Alarcon un *maestro* en novelas cortas, pero un maestro muy desigual, la mayoría del público está más familiarizado con sus bocetos de brocha gorda que con sus finos cuadritos de caballete, y que *El Libro talonario* apenas se cita y nombra, mientras los periódicos, al dedicar á Alarcon páginas necrológicas muy sentidas, se han hecho lenguas ensalzando cabalmente sus narraciones disparatadas.

¿Qué digo los periódicos? Con los periódicos solemos pecar de injustos, atribuyéndoles *lapsus* en que caen los escritores de más nota. En 1880 es cuando Revilla, ¡nada menos que Revilla! aconseja á Alarcon, que acababa de publicar *El Niño de la Bola*, que vuelva «¡á aquellas preciosas novelitas de otros tiempos, que se llaman *El final de Norma*, *Los Seis velos*, *El coro de Ángeles*, *El amigo de la muerte*, *El Sombrero de tres picos!*» Reconozcamos que á veces se justifica todo el enojo, toda la indignación

contra la crítica de palo de ciego. *El final de Norma* y *El Sombrero de tres picos* de bracero! ¡Alarcon retrocediendo en 1880 á la parodia de Karr, visto al través de Agustín Bonnat! ¡Y las mejores novelas breves del escritor moderno que tal vez se lleva la palma en ese género difícil y aquí poco cultivado, olvidadas, mientras se ensalzan las que una mano celosa de la gloria de Alarcon debería eliminar del catálogo de sus obras!

Ya he dicho que Alarcon, al juzgar sus libros, tiene en ocasiones rasgos de sinceridad y perspicacia que pudieran avergonzar á los que pretendemos erigirnos en sus jueces. Siempre que no se atraviesa la pícara ambición de moralista que comprometió á última hora, — sin arruinarlo; — su crédito de artista y escritor, Alarcon ve muy bien y habla mejor todavía. —Lo que dice de *El final de Norma* es tan exacto, que con extractarlo y aprobarlo nos basta.

Es *El final de Norma* la más antigua de las obras en prosa de Alarcon. Frisaba

el autor al escribirla en los diez y siete ó diez y ocho años, y sólo conocía del mundo y de los hombres lo que le habían enseñado mapas y libros. Su sangre hervía: soñaba con la dicha de viajar, de correr tierras, de ver nuevos países y nuevas gentes; hallábase en esa hora de la mocedad en que nos esconderfamos en el sollado de un buque para aparecer distantes de nuestro rincón natal y de la monotonía de lo conocido. No pudiendo realizar personalmente el sueño viatorio, hizo que sus héroes se trasladasen desde Sevilla nada menos que á Laponia.... Este género de excursiones tenía además pronunciado sabor romántico: los héroes de Pastor Díaz emigraban *De Villahermosa á la China*....

Trazó, pues, Alarcon las páginas de una novela «falta de realidad y de filosofía, de cuerpo y de alma, de verosimilitud y de trascendencia.... Obra de pura imaginación, inocente, pueril, fantástica, de obvia y vulgarísima moraleja».... Aquí corto la cita, porque ni es obvia la moraleja de *El final de Norma*, ni puede de-

cirse en rigor que tenga moraleja alguna, ni menos es adecuado, como el autor afirma, para entretenimiento de niños aquel mero despropósito. Los niños necesitan nociones rectas y exactas, ofrecidas en forma digestible y amena: y en *El final de Norma* sólo encontrarían pesadillas, y no grandiosas, como las de Víctor Hugo, sino embrolladas y vacías.—Venga la persona de cabeza más firme, y dígame en qué estado le quedan los sesos después de leer el siguiente fragmento del monólogo de Serafin, el violinista, á bordo del buque pirata que lo conduce al Polo: «Yo voy al Polo.... ¡Pobres veinte mil reales! ¡Pobre de mí! ¡Me helaré sin remedio humano! ¡Pero en cambio, voy con la *jarlesa!* ¿Qué querrá decir *jarlesa?*» (El lector tampoco lo sabe, á menos que posea cierta erudición filológica y recuerde que *earl* en inglés y *graf* en alemán equivale á *conde*, y por el hilo saque el ovillo de que *jarl*, en sueco ó noruego, será *conde* también. Prosigue el monólogo.) «Rurico de Cáliz es el joven del

albornóz blanco; el que está desafiado con Alberto.... Mas ¿cómo expendería Rurico un billete á mi favor para que viajase en este barco, si dice que conocía mi nombre, y debía de conocer también mi amor á la *Hija del Cielo*?.... ¡La *Hija del Cielo* va á bordo conmigo! ¡Oh ventura!.... El enano viejo y calvo del palco de Sevilla va con nosotros, y es Conde, y se llama Gustavo.... Pero ¿qué relación tiene con ella? ¿Es su padre? ¿Su tío? ¿Su ayo? ¿Su preceptor? El tiempo dirá.... ¿Quién es él? Lo ignoro. ¿Quién es ella? No lo sé. Él la ama.... ¡Malo! Ella lo aborrece.... ¡Magnífico! Pues que ella toca el final de *Norma* en sus barbas, él no es su marido.... ¡Sobervio! Y no es su amado, puesto que su amado soy yo.... ¡Sublime! Y no es su amante.... ¡Oh!.... ¡Ella es pura como el sol! Y no es su hermano.... ¡Imposible! ¿Cuándo fueron hermanos la serpiente y el ruiñón?... Ni su criado.... ¡Ca! Ni su señor.... ¡Eso menos que nada!

Al llegar aquí, el mismo héroe de la novela exclama cándidamente: «¡Ah! ¡Me

vuelvo loco! ¡La reflexión embriaga tanto como el vino!» Palabras que podrían ser un eco del pensamiento del lector, si éste no se volviese más bien tonto que loco al repasar tal parlamento....

No valdría la pena de ensañarse con esta novela de Leganés, á no saber á ciencia cierta que es gran verdad lo que dice Alarcon respecto á su aceptación y al favor que goza con el público, «nunca hartado de leer, ó sea de comprar, la quimérica y arbitraria historia del violinista Serafín y de la jarlesa Brunilda.» ¡Ay del público que tales cosas lee, compra y archiva, mientras no siente quizá la poesía dramática de *El carbonero alcalde*! Pero volvamos á la eterna pregunta de Larra: ¿quién es el público y dónde se le encuentra? Ese público que agota copiosas ediciones de tal despropósito; esos extranjeros que lo traducen en varias lenguas, ¿son tal vez, ¡singular problema!, la misma gente que prodiga iguales muestras de aprecio al *Sombrero de tres picos*? ¡Puede que sí! ¿No hemos visto á

Revilla identificar las dos novelas, sin un distinguo, sin una advertencia que manifieste que conoce lo que va de una á otra?

Luchando con su conciencia de escritor, y dejándose llevar del peregrino empeño que le indujo á tantos errores, Alarcon atribuye el éxito del *Final de Norma* á que «á juicio de honradísimos padres de familias» la tal novela «puede muy bien servir de recreo y pasatiempo á la juventud, sin peligro alguno para la fe ó para la inocencia de los afortunados que poseen estos riquísimos tesoros», ya que «en *El final de Norma* ¡no se dan á nadie malas noticias, ni se levantan falsos testimonios al alma humana!» ¡Sea todo por Dios!, decimos los que leemos este párrafo y otros muchos, donde Alarcon abraza la adarga, afianza el lanzón, pica á Rocinante y sale á combatir con los molinos de viento.—¡Curioso efecto produce el ver á Alarcon, que según nos dice el Sr. Catalina, formó su entendimiento leyendo á escondidas y libremente cuanto impreso le cayó en las ma-

nos, entendiendo la Moral y la Pedagogía con ese sentido prohibitivo, inquisitorial, de palmeta é índice, aplicando rigurosa previa censura á todo libro y periódico que se acercaba á su casa, y presentando como el ideal del «honradísimo padre de familias» al que nutre á sus hijos, en la edad de adquisición de las ideas y de asimilación de las nociones intelectuales, con obras insensatas, donde se pintan un mundo y una humanidad quimérica, y que ni aun tienen la ventaja—como las de Julio Verne—de infundir afición al estudio de ciertas asignaturas, y de inculcar, á vueltas de mil enredos, dos ó tres nociones científicas que nunca olvidarán los muchachos!

¡Rompamos de una vez, en literatura como en todo, el nefando contubernio de la Moral con la Mentira: rompámoslo, sí! Aceptemos para la lectura é instrucción de la juventud aquel hermoso programa de Montaigne. «Il doit aussi (el maestro al discípulo) former et mouler son esprit au modele et patron général du

monde et de la nature, le rendre universel.... Les plus belles âmes et les plus nobles sont les plus universelles et les plus libres....» Aceptemos la enseñanza de Charron: «Les livres et les propos (que lea y oiga el joven) ne doivent point estre de choses petites, sottes, frivoles; mais grandes, sérieuses, nobles et généreuses, qui reiglent les sens, les opinions, les mœurs, comme ceux qui font cognoistre la condition humaine, les branles et ressorts de nos âmes, affin de se cognoistre et les autres....»

Bravo mérito el del *El final de Norma* en no darnos *malas noticias!* Ni buenas, ni ningunas, porque donde no hay nada, y menos raciocinio, no puede haber tampoco errores filosóficos de esos que Alarcon creía confutar por medio de la sinrazón y el absurdo.—Nuevas ocasiones se nos presentarán de reprobarnos en Alarcon tan peregrino yerro; pero ahora, dejando á un lado la que ni aun deberíamos llamar novela, saludemos al rey de los cuentos españoles: *El Sombrero de tres picos*.

Cuento hay que llamarle, no tanto por sus dimensiones cuanto por su índole y procedencia. El mérito mayor de Alarcon fué, sin duda alguna, haber conservado á su obra maestra el carácter popular y sencillo del genuino *cuento*.... En eso consistió la suprema habilidad. Alarcon, cuando por instinto ó impulso genial acertaba, no acertaba á medias.

Reside precisamente el encanto de *El Sombrero de tres picos* en que aparece, como escribía Luis Alfonso, «obrilla que ni fué concebida merced á largas vigiliass y prolongados estudios, ni encierra asunto de gravedad, ni acrecienta con nuevos dones los tesoros de la moral, de la ciencia ó de la historia»; «libro en su esencia baladí, y que ni se cierne por las regiones etéreas ni se hunde en inescrutables abismos....» Sí; por eso, justamente por eso; porque no podían allí perjudicar al artista las deficiencias del pensador, las pretensiones del pseudo-moralista, la escasa profundidad y extensión del talento, ó, mejor dicho, del ingenio artístico. Lo que

puede hacer meditar á quien lea el sazonado, el primoroso cuento, es *algo* que se siente, pero no se expresa con fórmulas exactas: la admirable reproducción de la fisonomía nacional....

¿Habéis tenido la suerte, lectores míos, de contemplar el retrato de Juan Martín el Empecinado, debido al pincel de Goya? Si pudisteis admirar aquel pedazo de lienzo de un metro escaso, y si al admirarlo lo comprendisteis, en aquel rostro de atezada color, en aquellos ojos de ascua, en aquella cabeza neta, españolísima, visteis acaso cifrada por el arte toda la filosofía histórica de la guerra de la Independencia. Pues bien: en el cuadrito de Alarcon, sucinto, intenso, coloreado cual si del pincel de Goya procediese, podéis hallar en resumen, en abreviatura, la sociedad donde iba á brotar la epopeya contra el capitán del siglo. Aquel es el mundo posterior al año 4 y anterior al 8: la España de casacón, fuente de inspiraciones para los pintores contemporáneos, pero nunca mejor vista ni mani-

festada que en el molino del tío Lucas.

El relato es tan pintoresco y tan goyesco, que con mucha razón decía el discreto crítico antes citado, que, allí, se muestra el autor como pintor soberano en primer término. No otra cosa se requería ser, pero había que serlo en tanto grado, que no cupiese más. Y podrá ser igualado *El Sombrero de tres picos*; mas no nacerá quien lo supere, porque, en su género, es obra total, redonda, perfecta.

Fúndase la narración en una historieta vulgar, que Alarcon escuchó por vez primera de boca de un zafio pastor de cabras. «Era el tal uno de aquellos rústicos sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de *pícaros*. Siempre que en la Cortijada había fiesta, con motivo de una boda, de un bautizo ó de una visita de los amos, tocábale á él poner los juegos de chasco y pantomima, hacer las payasadas y recitar los romances y relaciones;— y precisamente en una ocasión de estas.... fué

cuando deslumbró y embelesó una noche nuestra inocencia (relativa) con el cuento en verso de *El Corregidor y la Molinera*, ó sea de *El Molinero y la Corregidora*, que hoy ofrecemos nosotros al público bajo el nombre más trascendental y filosófico (pues así lo requiere la gravedad de estos tiempos) de *El Sombrero de tres picos*.

De estos cuentecillos populares, maliciosos y zumbones, ó trágicos y hondos, todos hemos oído en nuestra niñez; pero, ¡cuán pocas veces, de la arcilla informe, surge la estatua airosa, el busto enérgico, con los creadores dedos del escultor marcados aún en la muelle pasta! ¡Cuán pocos romances llegan á la sublimidad de *El conde Alarcos*! ¡De cuán pocas anécdotas reideras y un tanto verdes sale un *Sombrero de tres picos*!

El fondo del cuento del *Corregidor y la Molinera*, no es sino una de las muchas protestas democráticas de la raza ibera contra la idea de desigualdad social — que aquí no pudo ni podrá arraigarse nunca.—Existía á principios del siglo, y en

las inmediaciones de una ciudad de provincia, cierto molino harinero muy visitado por personas de suposición, á quienes atrae la belleza y gracia de la Molinera, y que con intención no del todo sana revolotean en torno de la buena moza. El Corregidor, vejete más amigo de las faldas que cuidadoso del decoro á que la autoridad obliga, no sólo ronda á la Molinera, sino que se propone reducirla á que condescienda con su mal deseo, para lo cual urde cierta maraña que le pone á dos dedos de lograr sus fines. Pero el ladino Molinero, que no se duerme, sigue paso á paso la criminal tentativa del viejo libertino, le atisba en ocasión de pretender consumarla, le sustrae las ropas, se las viste, y en desquite y pena del talión... penetra disfrazado en casa de su ofensor, y pasa la noche al lado de la Corregidora. Tal es la versión popular, que con pelos y señales puede leerse en el *Romancero general* de D. Agustín Durán, romance titulado *El Molinero de Arcos*. Es el tal romance una pura *gauloiserie*,

digna de la pluma de Brantôme, y su desvergonzado desenlace debió de provocar gran risa y júbilo en gañanes, arrieros y mozas, gente partidaria, sin duda alguna, del ojo por ojo y diente por diente conyugal. En *El Molinero de Arcos* no es el Corregidor, sino el señor Depositario del pósito, quien atenta á la honra del Molinero y sufre la pena del talión; y el romance termina, á modo de opereta bufa, con un almuerzo

«de cosa frita en cazuela» ;

sucediendo que las dos parejas, Molinero y Molinera, Depositario y Depositaria,

«se sentaron á almorzar
todos de risa y de fiesta ;
pero la depositaria

muy astuta y lisonjera ,
tomó un vaso y echó un brindis
y dijo por la primera :

— ¡ Á la salud de los novios ! —

Dióselo á la molinera ,
y dijo por la segunda :

— ¡ Brindo, por ser más pequeña ,

á la salud del dormido
y toda la noche en vela ! —
Dióselo al depositario,
y dijo por la tercera :
— Á la salud del que tuvo
tras de cuernos penitencia.... »

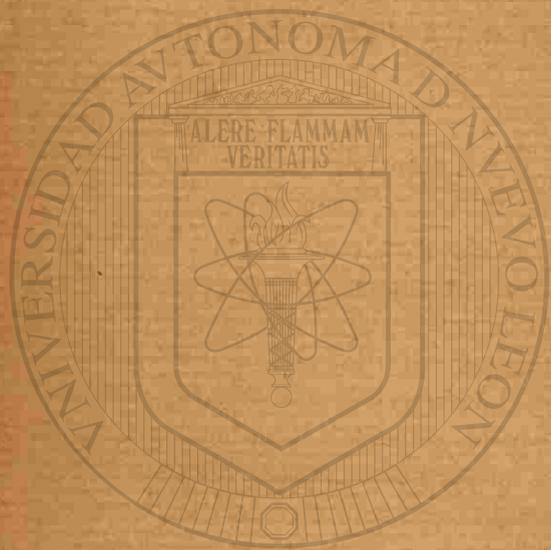
No puedo continuar la cita, cada vez más escabrosa y recargada de color. No cabe duda que el pueblo había de regocijarse muchísimo con el duro castigo del libertino señor que se entretenía, como por vía de chanza, en deshorrar á un pobre ; pero reconozcamos que Alarcon anduvo acertado en admitir otra versión, de la cual sale mejor librado el decoro, y el peligro de la honestidad no pasa de los límites de gracioso y cómico amago.

En el *El Sombrero de tres picos*, Don Eugenio de Zúñiga, el Corregidor, bien desearía expugnar de verdad el alcázar de la virtud de la señá Frasquita, la Molinera, y hay un momento en que el tío Lucas, ó sea el Molinero, llega á temer que efectivamente ha sido expugnado el susodicho alcázar, y ardiendo en indignación

nación, busca desquite entrando á traición en otro alcázar, el del recato y dignidad de la señora Corregidora; pero ni el apollado galán ni el celoso marido, logran su intento; demuéstrase plenamente la inocencia, la virtud, la integérrima bondad de ambas matronas, y todo queda en su lugar, y el lector entretenido, contento, risueño y no mortificado en cierto instinto de pudor, que si le permite interesarse por el *juego*, le lleva á repugnar la crudeza brutal del *hecho*.

Mas sobre este caso de opereta ó zarzuela (he leído hace poco que se iban á escribir dos nada menos tomando argumento de *El Sombrero de tres picos*) derramó Alarcon tal riqueza de color, tal plenitud de vida, que, lo repito, hay que calificarlo de obra maestra. El molino, la parra, la señá Frasquita y Doña Mercedes, aquel par de arrogantes hembras tan guapetonas en lo físico, y en lo moral tan nobles y santas; el tío Lucas, el Corregidor, el Alguacil... ¡hasta las borricas!, todo es de la misma castiza y jugosa

cepa; todo es añejo y fresco á la vez, como vino embotellado junto con dorada uva.... Aunque Alarcon sólo hubiese escrito tan maravilloso cuento, por él viviría en la historia de nuestras letras, sin necesidad de las ruidosas novelas largas, que no tardaremos en estudiar despacio, y que palidecen al lado de ese boceto inmortal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



POR LA ESPAÑA VIEJA

LOS SANTOS DE VALLADOLID

Si los españoles concediésemos al arte y á la naturaleza de nuestra patria algo de la estimación que otorgamos á la trapetería y á las hornillas francesas, Valladolid sería objeto de peregrinación, no por sus edificios, aunque tan grandiosos, ni por sus recuerdos, aunque tan augustos, sino por su riqueza increíble en efigies de madera,—la escultura nacional.

España reúne á otros muchos atractivos el de una variedad encantadora. Cada ciudad española, de las renombradas por su contenido artístico, presenta un interés peculiar suyo, algo que la caracteriza y distingue de las demás. No cabe aquí monotonía. Recuerdo que á un ruso ami-

go mio, muy partidario y admirador de nuestra patria, le dijo cierto francés: «Llego de España ahora, y voy á escribir sobre ella.» «Pero, ¿de cuál España viene V., y de cuál va á escribir?» contestó el ruso: «porque hay tantas Españas como regiones españolas, y en nada se parecen unas á otras: cada cual tiene su fisonomía inconfundible.» Para los que no distinguen de colores, Castilla es la tierra de la uniformidad, una interminable meseta donde á trechos surge la torre del campanario, como en la infinita llanura del Océano la arboladura del navío. Pues yo juro que las dos Castillas son varias, entretenidas, golosas para la imaginación del artista, tanto como el Sur, y no menos que el Noroeste de España.

Distintas veces me he detenido en Valladolid, y siempre mi primer salida fué hacia el Museo provincial. A cada nueva visita, comprendo mejor su excepcional interés. Yo no sé si para los puristas del arte está en olor de santidad la escultura en madera, que es lo contrario del ideal

griego, todo armonía y euritmia. En esta forma del arte escultórico, donde descuellan como astros principales los maestros Berruguete, Gregorio Hernández y Juan de Juni, hay una mezcla de clasicismo en el modelado de las carnes y paños, de romanticismo en la expresión, de realismo en el color y en los detalles, que hace del conjunto cifra y símbolo de nuestra genialidad nacional y de nuestro ideal religioso.

Para un católico español, un bulto de mármol ó de alabastro siempre será frío: necesitamos humanar la efigie divina, darle entonación, ropajes y encarnadura, ver la sangre de las llagas, lo amoratado de los cardenales; nos conmueve el sonrosado cuerpecillo del Niño-Dios, y nos edifica la palidez del asceta, su inculta barba, sus ojos vidriosos en que hay lágrimas, y sus pies descalzos, desollados, afeados por el polvo del camino. En esto de misticismo, como en todo, somos principalmente realistas, acaso por culpa de la deficiencia imaginativa que en nos-

otros observa Leighton, y que no nos permite prescindir de las «especies sensibles», y poner de nuestra cosecha lo que no existe en el objeto de la contemplación. Una de las imágenes más renombradas de Valladolid es la Virgen de la Angustia, de Juan de Juní, vulgarmente llamada *Zapatones ó de los Cuchillos*. Diríase que en esta terrible escultura, donde, según la tradición, reprodujo el artista el dolorido aspecto de su propia hija mortalmente enferma, vencida por la hipertrofia; no cabe mayor señal de desconsuelo y agonía que la de su misma actitud; la contracción del semblante, el trágico movimiento del cuerpo, todo. Sin embargo, allí están, materializando el sufrimiento, los siete cuchillos de plata, cuyas puntas convergen y se hincan en el martirizado corazón. Soy española tan genuína, que sentiría le quitasen á la Dolorosa sus cuchillos. Estas imágenes semivivas, que sangran y casi alientan, me dicen lo que no me dirá jamás la vaguedad de la música, principal elemento es-

tético-religioso en el Norte de Europa.

Grandes artistas fueron sin duda los escultores que poblaron de santos «de carne y hueso» los retablos y hornacinas de los conventos de Valladolid, Medina, Segovia y Salamanca; mas si no eran ellos mismos quienes se encargaban de encarnar y estofar las cabezas, manos y ropas de las efigies, digo que de tanta admiración como los autores de la talla, son dignos los de la pintura. Ni hay quien talle ni quien pinte así en el día. En Simancas, sobre un armonioso retablo antiguo, vi destacarse una especie de langostino mondado, un cuerpo *color fresa*, que parecía los que exponen en sus vidrieras los ortopédicos. — «¿Qué es aquello?», — pregunté con asombro. — «Pues ná...», — respondió el sacristán y organista con desdén. — «Un francés que vino ahí engañando... y pa muestra pintó esa figura, y miusté lo que ha salío!»

Grima da el comparar á los santos viejos con esos modernos santucos arrebolados y blanqueteados lo mismo que

cómicos de la legua, de caras hipócritas ó bobaliconas, repugnante muestra de la falta de inspiración religiosa y del industrialismo que la está matando. No quisiera enemistarme con el bienaventurado Labre, ni menos con Nuestra Señora de Lourdes, porque si bueno es tener amigos hasta en el infierno, tenerlos en el cielo no hay para qué decir cuánto será mejor; pero un bienaventurado ó una advocación de la Virgen no pueden inspirarme ese sentimiento mixto de veneración y familiaridad que se llama *devoción*, mientras no he visto y amado su representación artística.

Decía — y basta de digresión — que fui al Museo de Valladolid en derecha, aunque para esto de santos de palo es Museo todo Valladolid. Apenas habrá iglesia que no ostente efigies y altares que en otro pueblo serían objeto de admiración, mientras allí apenas se les hace caso. Tan inverosímil riqueza de esculturas es fruto de un período relativamente corto: el de la vida y florecimiento de

los grandes maestros Berruguete, Alonso Cano, Hernández, Becerra, Juní y alguno más, pléyade que fué á Italia á beber en la fuente miguelangelesca, y nos trajo el Renacimiento tal cual nosotros podíamos admitirlo, expresivo antes que clásico, sujeto á nuestro carácter propio y dirigido por las vías de la fe, más exaltada entre nosotros que nunca estuvo en Italia, y triunfante y avasalladora precisamente en la época del *cinquecento*, en que Italia produjo sus grandes paganos, mientras nosotros producíamos nuestros grandes santos.— Á diferencia de la arquitectura y de la talla, la imaginería de madera no tuvo decadencia, ni período de mal gusto. Para las efigies no hubo Churriguera. Esa forma del arte tan nuestra, que con tan fogoso ímpetu se había desarrollado, murió con sus creadores.

Inmunerable legión de esculturas, que ya no cabe en él, puebla las salas bajas del Museo provincial de Valladolid. Por falta de espacio y de instalación adecuada, se deslucen y no pueden apreciarse de-

bidamente algunas de sus mejores prendas. Bien lo lamenta el celoso conservador D. José Martí, á quien yo aconsejaría, si para aconsejar tuviese autoridad bastante, que restara del Museo mucho lienzo de mala mano, guardándolos enrollados en los desvanes y dejando sitio para las esculturas, gala de este establecimiento y señal que lo distingue entre los demás de España y del mundo. En pintura posee el Museo de Valladolid cosas apreciables; en escultura las tiene de primer orden. Lo accesorio é ínfimo debiera sacrificarse á lo principal, tanto más cuanto que hay allí cuadránganos procedentes de conventos, poco dignos de ofrecerse á la admiración ni siquiera á la curiosidad del público, mientras la sección de escultura merece todo el mimo y atención que se le consagre.

Apiñadas las efigies, se desmerecen unas á otras, y casi marean al que las mira. No se puede volver la vista á ninguna parte sin encontrarse con un Papa que bendice, un Evangelista que escribe

mirando á las nubes, un sayón que aprieta los puños y echa chispas de rabia, un *Ecce Homo* en actitud doliente ó una Magdalena llorosa. Mi hija Blanca, chiquilla al fin, retrocedió llena de susto divisando en un rincón la catadura siniestra de un jayán agachado, como en acecho—sin pedestal ni cosa que lo valga—que al parecer iba á arrojarse sobre los visitantes pidiéndoles la bolsa ó la vida. Gracias á que era día claro, y la luz del día disipa el terror. En otra de mis estaciones en Valladolid, recuerdo que visité el Museo bastante tarde, casi al anochecer. Sola iba y sola me dejó el conserje en la sala donde se agrupan los Pasos de las Penitenciales, y á los pocos minutos ya sentía la semi-alucinación del terror, ante las figuras violentas, desproporcionadas, efectistas, pero tan dinámicas, de aquellos judiazos, de los cuales dice con razón el Sr. Muñoz Peña, ilustrado autor de una notable monografía sobre *El Renacimiento de Valladolid*, que «admiran por su artística fealdad» encerrando esa feal-

dad hiperbólica y patibularia—concebida por Gregorio Hernández, el artista que más dulzura y suavidad puso en los lineamentos de sus efigies—un profundo sentido religioso de amor á la santa víctima del drama de la Pasión. Yo presumo, sin embargo, que aun cuando los *Pasos* hayan salido del taller de Gregorio Hernández, y trabajase en ellos Hibarne, su hijo político, no labraron tan rudas imágenes las delicadas gubias de mi paisano.

El cual, si no me equivoco, se lleva la palma entre un conjunto de artistas donde los hay más celebrados que él,— dígalo Berruguete. Adviértase que hablo solamente del Museo, pues si recuerdo el bulto yacente del cardenal Tavera, que acabo de admirar en Toledo, tengo que proclamar á Berruguete artista único. Sin embargo, en el Museo de Valladolid ninguna obra suya, ni el *San Pedro de pontifical*, ni la *Coronación de la Virgen*, ni el *Salvador*, ni siquiera las asombrosas tallas de la sillaría del coro de San Benito,

pueden competir con la obra maestra de Gregorio Hernández, el *Bautismo de Cristo por San Juan*. No he visto alto-relieve de madera que supere á éste en la concepción ni en el desempeño. Hay movimiento sin exageración, sentimiento sin énfasis, pureza de líneas sin frialdad, y un equilibrio tal de condiciones y tan majestuosa calma, que no se sacian los ojos de mirarlo ni el alma de bañarse en su dulzura. Allí también entra como elemento estético la eurtimia, que parece privilegio del arte pagano; pero más que serenidad, infunde arrobamiento este relieve.

Hernández no era lúgubre, triste ni medroso; su religiosidad revestía formas plácidas y risueñas; su colorido era claro, brillante y puro; la luz del día alumbraba sus creaciones, y esta especie de vida jubilosa y de culto á la belleza es lo que más distingue á la obra de que trato. Los que dan por cosa hecha que la religión en España fué un acceso de fanatismo visto á la luz de una hoguera, observen

á Gregorio Hernández y digan si cabe un artista más descendido del paraíso, más cercado de aureola, más murillesco en sus divinos ángeles, más luminoso y más *mariano*.

En cambio, Juan de Juní, escultor infatigable y desencadenado, que inundó á Valladolid de retablos y efigies, representa bien el ardor, el instinto dramático-religioso de nuestra raza. No sé si era español Juní, porque creo que el punto no se ha dilucidado; sé que fué su inspiración más ibérica, menos influida por el clasicismo de Italia que otra alguna. Si á Berruete hay que concederle maestría, ciencia anatómica, y á Hernández pureza y elevación, Juní es sin duda el escultor de más temperamento, de más nervios, de más vida pasional: un terrible efectista, un dramaturgo, un violador intrépido de la ley primordial de la escultura, que parece ser la armonía lineal y la quietud y decoro de las actitudes. Las efigies de Juní se retuercen, se contraen, se escorzan: todo en ellas —posición, plegados de los

paños, gesticulación de los rostros, el mismo colorido de la encarnación—es un sacrificio de la hermosura plástica á la expresión vehemente.

¡Cuánto he sentido, por esa fatalidad que hace que siempre se quede atrás en los viajes algo que de veras importa, venirme sin ver el *San Francisco de Asís*, obra de Juní, que se admira en el convento de Santa Isabel, y que pasa por una de las mejores efigies del Cristo de la Edad Media, en nación como España, que produjo las mejores efigies de San Francisco que se conocen en el mundo! De compensación me sirvió el San Antonio de Padua del Museo. Los *San Antonios* suelen ser mofletudos, plácidos, orondos, sin señales de penitencia en la cara ni en el cuerpo. El *San Antonio* de Juní es un asceta: sus enérgicas facciones, de tipo latino, están demacradas por el ayuno y trabajadas por el llanto de la contrición; la barba inculta le da aspecto de varonil desaliño. El Jesúsín es un capullo de rosa y un hechizo, por la actitud

tan natural como zalamera con que acaricia al Santo.

Noto que he hablado de Valladolid sin atender más que á su escultura religiosa. ¿No hay en tan importante capital—me dirán—algo que merezca especial mención, aparte de las efigies? Sí que hay; ¡pues no ha de haber! Sin salir de los dominios del arte, el mismo Museo contiene curiosidades en ropas, medallas, cofres, etc.; y en cuanto á edificios, San Pablo y San Gregorio son dos joyas platerescas, divinamente restaurada esta última por el arquitecto D. Teodosio Torres, nombre que merece consignarse; y hay en Valladolid paseos regios, y opulentos casinos, y tiendas muy bien surtidas, y un teatrazo de Colón que afrenta á Madrid, y la casa de Cervantes, y ¡tanto más!

Sólo que yo no escribo guías; voy á donde me lleva mi capricho, á lo que excita mi fantasía, al señuelo de lo que distingue á una población entre las demás de España. Y Valladolid, es indiscutible; tiene por blasón su hueste gloriosa de

santos viejos. Yo me pasaría un mes sin otra ocupación que registrar esta corte celestial... si no tuviese que ir á Medina de Rioseco, á Tordesillas, á Villalar, á Simancas, donde veré algo que tal vez merezca contarse.



NOTAS LITERARIAS

EN el número de *El Imparcial* correspondiente al lunes 7 de Septiembre, leí un artículo de Federico Balart, titulado *Hallasgo*, y que, sobre el placer que siempre me causan los artículos de tal firma, me ocasionó otro más especial, próximo de la satisfacción del perezoso que se encuentra hecha la tarea de cuyo desempeño no podía eximirse.

También yo había recibido, por mano amiga, el libro de poesías *Dédalo*, de D. Gonzalo de Castro; también yo lo había cortado, y abierto maquinalmente, y entreleído con sorpresa muy grata, sintiendo la misma impresión que resume Balart en esta frase: «El que así piensa, imagina y escribe, es un poeta.»

Exponer los fundamentos de este juicio, oponerle el contrapeso de la crítica observadora que descubre los defectos inherentes á la inexperiencia y al desconocimiento de la técnica artística.... ¿Para qué me he de tomar semejante trabajo, si lo ha hecho Balart como él sabe hacerlo?

* * *

Con otro libro estoy en deuda: me refiero al que los alumnos de la escuela de Ángel Bueno han escrito y publicado...., ¡ay de mí!, tres meses hace. No tratándose de un libro de capital importancia literaria, es difícil y desairado para publicaciones como el NUEVO TEATRO CRÍTICO el volver la vista atrás.... Hay otra razón poderosa para que yo tema hablar de ese librito raro y curioso; y es que cuanto se relaciona con la pedagogía, me infunde respeto y miedo grande de errar ó de inducir en error involuntariamente, tal vez por exceso de buen deseo, á mis lectores.

Dispénsenme éstos, y dispense el celoso y entusiasta educador Ángel Bueno, que aplace todavía un poco más la *sentencia*, hasta que encuentre la fórmula que busco, desde que lei el librito, para hablar de él. Nada perderán por aguardar, y mi conciencia quedará algo más tranquila.

* * *

¿Se acuerdan Vds. de lo que dije... allá... en el número 3 del TEATRO CRÍTICO... es decir, á primeros de Marzo..., sobre un libro de Quióquiap, referente á Filipinas?

¿Que no se acuerdan Vds.? ¡Naturalmente; si tampoco me acordaba yo! Como que se trataba de una notita bibliográfica muy corta, sin importancia alguna. ¡Desde entonces acá han pasado tantas cosas! El veraneo, los anuncios de guerra, el proceso *das Trinas*, la venida del duque Wladimiro, las inundaciones de Consuegra y Almería, choques, catástrofes sin cuento, Boulanger pegándose un tiro...

Pero ahí está el Sr. Profesor Blumentritt, que tiene un memorióñ felicísimo, privilegiado, y ya lleva borrajeados no sé cuantos artículos, sin dejar al mismo tiempo de endilgarme largas y numerosas epístolas en lengua ya española, ya germana, todo con el exclusivo objeto de amonestarme, denostarme, reprenderme, confundirme, y enseñarme cómo, cuándo y por qué debo amar á mi patria, — todo á propósito de los rengloncitos aquellos de Marzo.—El consecuente alemán me da unas lecciones de españolismo que me dejan tamañita, y otras de liberalismo que me aturrullan, y me dice que «veo el cielo lleno de violones.....»

No han bastado, para evitar la repetición de estas *violonadas*, las francas y sencillas declaraciones de incompetencia que hacía en la misma notita *La España remota*, origen de las iras del Sr. Blumentritt; ni ha sido suficiente mi expresa voluntad de no sostener polémicas sobre esta cuestión, que no puedo ilustrar, ni mi elocuente silencio ante las últimas car-

tas del Profesor de Bohemia; porque éste no es hombre que dejará la ida por la venida, ni que renunciará, así lo aspen, á decir en su país que me está aplastando con impugnaciones contundentes, á mí, que soy, según el señor de los *violones celestiales*, *agent provocateur del separatismo* (¡hum!), y *sacerdotisa del filibusterismo*. (Telón rápido.)

Vds. creerán que estos desatinos se los atribuyo gratuitamente y en broma al consecuente alemán. Pues no señor: obran en mi poder los documentos, que exhibiré á las personas amigas de reirse un rato comprobando extravagancias, género de entretenimiento muy favorito de Gustavo Flaubert.

En cuanto al Sr. Blumentritt, ya que él se permite señalarme lo que debe y lo que no debe escribir una mujer, voy á señalarle á mi vez lo que no debe hacer una persona de buena crianza. Cuando una señora corta ó termina una conversación; cuando rehusa discutir; cuando se aparta y sigue su camino, los caballeros no por-

fian, ni insisten, ni machacan, ni se descomponen, ni llenan columnas y más columnas con lucubraciones inconvenientes é indigestas.

Y á fe que tiene gracia que el Sr. Blumentritt, á quien todo se le vuelve pedir franquicias para el indio, se meta á coartarme á mí la facultad de escribir sobre lo que me viniere en mientes. Será probablemente el gran redentor de nuestras colonias, de aquellos que aprueban la filosofía de este sabio axioma:

«Tratarás á tu mujer
Como á mula de alquiler.»

Al verle cuando se encara conmigo tan severo y mandón, siento yo ganas de improvisar:

«¿El indio libre y la mujer esclava?
¡Vamos, Herr Blumentritt! Lo sospechaba.»

Cambio de tono y aprieto las clavijas para dirigirme al Sr. Mañé y Flaquer,

persona cuyas dotes y méritos reconozco, pero á quien no por eso conceptúo autorizado para faltar á la verdad en perjuicio de mi honra literaria y aun social. Escribe este señor en el *Diario de Barcelona*, número correspondiente al 15 de Agosto, y tratando de los críticos del Padre Coloma, el siguiente párrafo, que traslado entero: «Resuelto á llevar á su púlpito, donde goza privilegiado favor, la novela á la moda, el P. Coloma entró francamente en el terreno realista. Apláudele calurosamente la Sra. Pardo Bazán por esa evolución hacia sus doctrinas y sus prácticas literarias, y censúrale el P. Conrado Muñoz por haberse arriesgado en tan escabroso terreno. Á nuestro humilde juicio, ambos eminentes críticos han caído en el error de confundir el realismo del P. Coloma con el de la Sra. Pardo Bazán. De paso, y antes de entrar en materia, haremos una observación, insignificante en apariencia é importante en

1 Errata. Querrá decir Muiños.

realidad: en todo el curso de la novela del P. Jesuíta, no se oye sonar un sólo beso cambiado entre personas de distinto sexo: en las de la Pardo Bazán, es una especie de fuego graneado lo que se oye en este sentido. Este es un rasgo característico del realismo de cada uno.»

Así... de paso... antes de entrar en materia... ¿No pensará cualquiera que el Sr. Mañé está completamente seguro de lo que stampa en ese parrafillo? Pues ni lo está ni puede estarlo, porque su aseveración, respecto al *fuego graneado* de besos que se oye en mis novelas, es *completamente gratuita é inexacta*; ergo la consecuencia que saca de un hecho supuesto, inexacta y gratuita será también.

Ahí están mis novelas. Vamos á contar los besos que en ellas se oyen. En «Pascual López», *ninguno*. En «Un viaje de Novios», *ninguno*. En «Una Cristiana», *ninguno*. En «La Prueba», *uno*: el que deposita la esposa sobre la boca del esposo enfermo, para probarle que le quiere y no siente repugnancia hacia su mal... En

«Los Pazos de Ulloa», *uno solo*, en el tomo I. En «La Madre Naturaleza», *otro solo*, en el tomo II. En «Bucólica», episodio amoroso, *ninguno*. En «El Cisne de Vilamorta», *uno solo*. En «La Tribuna», *ninguno*. En «Morriña», novela amorosa, *uno solo*. En «Insolación», novela amorosa donde quise pintar muy á lo vivo la pasión, *tres*.

Ya ven Vds. como todo ese besuqueo era que le cantaban los oídos al Sr. Mañé, ó que confundía mis novelas con la *Traducción y declaración literal del libro de los Cantares de Salomón*, obra de Fray Luis de León, citada en *La Madre Naturaleza*.

Hablando formalmente: ¿no comprende el Sr. Mañé que cierto género de aseveraciones envuelve una imputación *ofensiva*, hasta podría decirse *calumniosa*, porque atribuye *sin fundamento* á mis libros un pronunciado carácter erótico que no tienen? ¿Parécele al Sr. Mañé que es ni siquiera cristiano, para sacar indemne al P. Coloma, inventar contra

el prójimo escenas de hociqueo, y *fuegos graneados* de vehementes demostraciones?

El Sr. Mañé no padece de verdadera afición á las letras. Es un polemista político y religioso. El arte, el arte libre, caprichoso, vario, no cabe en esta turquesa angosta de la polémica política. Á triturrarlo, y si no cabe, que quepa. ¿Un Jesuíta ha escrito una novela naturalista más fuerte que todas? ¡Qué rareza! ¡Mire V. el demonche! ¡Y nosotros, que llevábamos tantos años de sostener que el naturalismo (ó el realismo, ó lo que sea) en la novela, merecía el fuego que abrasó á Sodoma y á Gomorra y á todas las ciudades de la Pentápolis! Nos ha puesto el Padre en terrible compromiso.... Aquí de la habilidad. Ya descubriremos que, así como hay *fagot* y *fagot*, hay realismo y realismo; realismo *sin ósculos*, vamos al decir.

Yo he ensalzado cumplidamente al P. Coloma, porque lo merece. Nada de esto se tome en contra de él. Sólo siento

muy de veras que no haya realizado una experimentación literaria curiosísima: publicar su novela con nombre supuesto, el de cualquier seglar, Juan Fernández ó Perico de los Palotes. No habiendo Jesuita de por medio, no hubiesen sonado en los periódicos ciertas virulentas impugnaciones, pero tampoco hubiese defendido su realismo el Sr. Mañé.

Ruego al Sr. Mañé que confirme mi estimación hacia su persona, rectificando eso del *fuego graneado*. Porque ya sabe él que no es fácil quitarse de encima ciertas acusaciones. Acuértese de aquel bromazo de los *vagones de tercera*, dado por un chusco al *Diario de Barcelona*... y sepa que toda España lo ha creído y sigue creyéndolo.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

HISTORIA.

Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II, por el presbítero D. José Fernández Montaña, auditor del Supremo Tribunal de la Rota.—Segunda edición, adicionada con notas y documentos importantes.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Jed-Román, por A. Kielland.—*Autorisovany preklad*, H. Kosterky.—Un tomo.—Praga, 1891.

NOVELA.

Cumanda, ó un drama entre salvajes, por Juan León Mera, miembro correspondiente de la Real Academia Española.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Perú.—Ropa apollada.—Octava y última série de traducciones, por Ricardo Palma.—Un tomo.—Lima, 1891.

Más pequeñeces.... El cuarto Estado, por Vicente de la Cruz.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).

CRÍTICA.

Fray Luis de León y la filosofía española del siglo XVI, por el P. Marcelino Gutiérrez, agustiniano del Real Monasterio del Escorial, con un prólogo del Ilmo. Sr. Dr. Fray Tomás Cámara.—Segunda edición.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Salvador Rueda y sus obras, por Gabriel Ruiz de Almodóvar.—Folleto.—Madrid, 1891.

Por nuestra música.—Algunas observaciones sobre la magna cuestión de una escuela lírico-nacional, motivadas por la trilogía *Los Pirineos*, poema de D. Víctor Balaguer, música del que suscribe, y expuestas por Felipe Pedrell.—Un tomo.—Barcelona, 1891.

POESÍA.

Hatuéy, poema dramático, por Francisco Sellén.—Un tomo.—New York, 1891.

Dédalo, poesías, por Gonzalo de Castro.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Obras poéticas de Numa P. Llona: Clamores del Occidente.—Cien sonetos nuevos.—*De la penumbra á la luz*.—*Interrogaciones*.—*Poemas filosóficos*.—Tres tomos.—Lima, 1880, 1881, 1882.



NUEVO TEATRO CRÍTICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol.
LA MADRE NATURALEZA, dos vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), segunda edición, dos vol.
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, tres vol.
DE MI TIERRA (Galicia), un vol.
LA CUESTIÓN PALPITANTE (agotada), un vol.
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo.
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol.
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol.
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol.

EN PRENSA

LA PIEDRA ANGULAR. (Novela.)
LA CUESTIÓN PALPITANTE. (Tercera edición.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (Biografía.)

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO I. NOVIEMBRE, 1891. NÚM. II.

SUMARIO

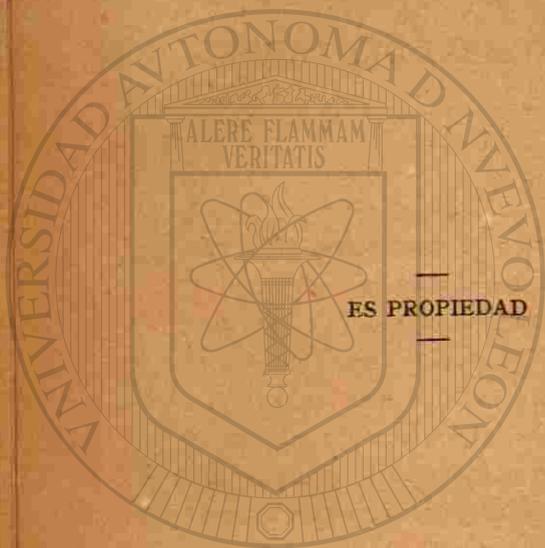
- I.—EN EL NOMBRE DEL PADRE... (SUCEDIDO.)
- II.—PEDRO ANTONIO DE ALARCON.—LAS NOVELAS LARGAS.
- III.—UN ESCRITOR FESTIVO.—LUIS TABOADA.
- IV.—LAS MEMORIAS DE GAYARRE.
- V.—CRÓNICA LITERARIA.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Oscinas: Mendizábal, 34.

APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



EN EL NOMBRE DEL PADRE....

A principios de este mismo siglo que ya se acerca á su fin; algo después de que echamos al invasor con cajas destempladas, y un poco antes de que se afianzase, á costa de mucha sangre y disturbios, el hoy desacreditado sistema constitucional, había en la entonces pacífica Marineda cierto tenducho de zapatero, muy concurrido de lechuguinos y oficialidad, por razones que el lector malicioso no tendrá el trabajo de sospechar, pues se las diremos inmediatamente....

Llamábase el maestro de obra prima Santiago Elviña, y sería la más gentil persona del mundo, si no adoleciese de dos ó tres faltillas que, sin desgraciarle del todo, un tantico le afeaban. Eran sus

ojos expresivos y rasgados, pero en el uno, por desdicha, tenía una nube espesa y blanca que le impedía ver: y su tez fuera de raso, á no haberla puesto como una espumadera las viruelas infames. El cabello (que en sus niñeces es fama lo poseyó Santiago muy crespo y gracioso) había volado, quedando sólo un cerquillo muy semejante al que luce San Pedro en los retablos de iglesia. Y aun con todas estas malas partes ostentaría el zapatero presencia muy gallarda, á no habersele quedado la pierna izquierda obra de una pulgada más corta que la derecha, y estar el pie correspondiente á la pata encogida algo metido hacia dentro, y zopo. Hasta se asegura que de este defecto se originó la vocación zapateril de Santiago, puesto que necesitaba calzado especial, con doble suela de corcho, y por deseo de calzarse bien, dió en aprender á calzar á los demás con igual perfección y maestría.

Porque eso sí: de las manos y de los brazos, no solamente no era zopo Santiago, sino tan listo y bien dispuesto,

que no había forma que se le resistiese, ni labor que no sacase acabada y primorosa. Así contorneaba el menudo chapín de tabinete negro que lucía en Semana Santa la mujer del Comandante de armas ó la sobrina del Deán, como batía la fuerte suela de las recias botas de soldados y marineros. Daba gusto ver un par de calzado en el instante crítico en que Elviña, extrayéndola de la hormaza, lo alineaba juntándole las punteras; y, echándose hacia atrás, se recreaba en contemplar el brillo charolado, la limpieza de los puntos, la pulcritud del encerado reborde de la suela, y, en fin, todos los detalles que hermosean una obra maestra de zapatería.

Pero.... no le sacasen de su oficio al buen Santiago; fuera de la habilidad pedestre, no se buscase en él otro mérito ni señal de agudeza, discreción, ingenio, oportunidad ó donaire. Había nacido llano de entendimiento, pobre de espíritu, crédulo en demasía, más que por necesidad y simpleza, por candidez y bondad de corazón:

era su confianza en el género humano tan extremada, que si teniendo manos de oro para su oficio no estaba ya rico, había que atribuirlo á los infinitos pufos y chascos que le costaba su ingenuidad inverosímil; y sería cuento de nunca acabar citar nombres de personas descaradas que andaban por Marineda calzadas de balde, á cuenta del seráfico Elviña. Y es lo bueno que si alguien le daba matraca sobre el asunto, respondía moviendo la cabeza (pues era, aunque tan infeliz, unas miasas terco y tozudo):

—Pues si me debe los escarpines, peor para él. En el otro mundo tendrá que pagármelos con réditos. Sobre su alma van. Á no ser que el infeliz no tenga; que entonces.... Al que no tiene, el rey le hace libre. Allá arriba hay quien lleve cuentas.... ¡y bien justas!

Con su cutis de criba, su nube en el ojo, su cabeza pelada y su pata coja, Santiago consiguió la dicha de encontrar una esposa, no sólo ejemplar, sino de harto buen palmito y más que medianas enten-

dederas comerciales. Bajo su dirección prosperó la casa, creció el modestísimo peculio, hubo aseo en la tienda, y en el hogar paz y abundancia. La zapatera discernía de parroquianos, dirigía la venta y entrega del género, y precavía las inocentadas del marido, cobrando á tocateja. Convencida de la edad moral de su esposo, se había erigido en su protectora, y solía decir: «¡Qué sería sin mí de este *po-brriño!*» — La dura suerte quiso que pronto conociese Santiago cuánto perdía al faltarle el numen tutelar.... Murió la esposa dando á luz una niña...., y Santiago quedó solo, y con el quebradero de cabeza de sacar adelante á la rapaza.

Ésta, — que se llamaba Margarita, — se crió de milagro; el padre la alimentó con vasitos de leche y sopas, ayudado de las vecinas compasivas, que eran todas en aquel barrio del Jardín; y jugando con recortes de suela, retazos de cordobán, leznas y martillos, la muchacha creció, fué espigando, formándose, engruesando, echando carnes y lozanean-

do lo mismo que albahaca en tiesto, ó rosa en rosal. Si entonces se conociese el poema de Goethe y la ópera de Gounod, no faltaría quien encontrase poética semejanza entre la amante de Fausto y la no menos humilde Margarita zapateril: porque ésta tenía, como aquélla, el pelo rubio lo mismo que el oro, el aire modesto y jovial á la vez. No era delgada ni pálida, sino fresca y mórbida, como suelen las hijas de Marineda; fina pelusa suavizaba su tez; sangre juvenil y pura coloreaba sus mejillas, y sus ojos verdosos y límpidos eran como dos *pocitas* de agua de mar, en que se refleja el cielo.

¿Vas comprendiendo, sagaz lector, por qué estaba tan concurrida de oficiales y lechuguinos la tienda del buen Santiago Elviña?

Al llegar á la edad en que la niña se transforma en apetecible mujer, Margarita había descubierto, sola y sin ayuda ni consejo de nadie, el secreto de realzar la belleza con inocentes y baratos artificios, como el artístico peinado, la flor en el

corpiño, el zapato bien hecho (tenía la fábrica en casa), el vestido de pobrísimo *guingán ó sarasa*, cortado con gracia y adornado.... por la hermosura de quien lo vestía. Sin más arte ni más dispendios, Margarita era un sol, y casi me parece ocioso advertir que su padre la contemplaba, á hurtadillas, con pueril orgullo.

Y verán Vds. la composición de lugar que hizo para sí el zapatero: «Todos dicen que mi hija es muy bonita y muy preciosa. ¡Vaya si lo es! No dicen sino la verdad. Aún se quedan cortos, porque vale más de lo que piensan; como que reune, á esa belleza física, otra cosa preferible; el genio de una santa, y mucha alegría, y mucho despejo, é igual disposición que su difunta madre para el gobierno y arreglo de la casa y el manejo de los cuartos. Como al mismo tiempo es tan buena y tan religiosa, ya sé yo que no tendrá un mal pensamiento ni una acción liviana. Reunida su fama de hermosa á su fama de honesta, no será ningún milagro que se prenda de ella un señori-

to... y si no un señorito, por lo menos un artesano acomodado, como Nicéforo el ebanista, que tantas vueltas anda dando alrededor de mi tienda. El que se enamore de ella, ¿qué ha de hacer, sino venir inmediatamente á pegar conmigo, y decirme:—Señor Santiago, yo quiero á Margarita, y esto, y esto, y lo otro.—Y yo, ¿qué he de contestar?—En siendo ella gustosa..., esto, y aquello, y lo de más allá.—Y á la Iglesia... y al año, nietos.

Muy orondo vivía con semejantes esperanzas Santiago Elviña. Nunca había tenido tanta ni tan lucida parroquia. Toda la oficialidad de la guarnición puede decirse que se surtía allí, en términos, que fué preciso tomar aprendices, y velar muchas noches hasta las doce y la una. Los militares pagaban al contado, no regateaban nunca, alababan el género, y por añadidura decían á Margarita cosas de miel. Santiago estaba prendado de tal clientela.

Uno de los mejores clientes era francés, y se llamaba Armando Deslauriers, maestro de armas del regimiento de Borbón.

Tenía este tal muy arrogante muslo y pierna, y gustaba de realzarla, cuando salía á caballo por las tardes, con ciertas botas de montar de arrugado charol, que, según decía, nadie sabía hacer en España sino Santiago. Niera la bien trazada pierna el único atractivo que realzaba al profesor de esgrima; podía envanecerse y alabarse de unos bigotes castaños, lustrosos de cosmético, un cuerpo ágil y estatuario, que el diario ejercicio del florete volvía más airoso, y, en el ramo de indumentaria, preciarse de una colección de látigos con puño de plata, calzones de punto, corbatas flotantes y dijes de reloj en extremo caprichosos; todo lo cual hacía á Armando Deslauriers muy peligroso para el mujerío marinedino de cualquier estado y condición—señoras y artesanas, dueñas, casadas y doncellas. Hay que añadir que la profesión de Deslauriers imponía á padres, maridos, hermanos y novios.

Como íbamos diciendo, el guapetón maestro de armas dió en aficionarse á las botas que fabricaba Elviña, y no pasaba

momento sin que viniese á indicar alguna reforma ó mejora en las que poseía, ó á examinar cómo marchaban las que el zapatero tenía en obra. Ya era un pespunte más apretado, ya un forro media pulgada más alto, ya la borla que se había estropeado y hacía falta una nueva... Cada episodio de este género, daba pretexto á Deslauriers para divertir largos ratos en la zapatería, sentado sobre una silla medio desvencijada, charlando y refiriendo, con labia y acento francés, si bien en muy inteligible castellano, anécdotas de la guerra, cuentos chistosos, que hacían reír de bonísima gana á Elviña...

De pronto pareció como si Deslauriers les hubiese perdido todo el cariño á sus botas de montar. Corrieron días, días y días... y ni asomó por la tienda. Santiago no paró la atención en tal fenómeno, porque otro gravísimo para él le absorbía y preocupaba. Margarita estaba enferma, muy enferma.

Y ¿de qué? ¡Vaya V. á averiguarlo!

¡Vaya V. á saber por qué una mocita de diez y seis ó diez y siete adelgaza, rehúsa la comida, se vuelve más amarilla que un limón, tiene siempre ojos de llorar y cara de morir, se encierra en su cuarto y se pasa el día echada sobre la cama ó sentada en un rincón oscuro, caídos los brazos, caída la cabeza, sin responder cuando le hablan y sin decir, por más que la acosen y pregunten, ni qué le duele, ni el origen de su mal!

Así razonaba Santiago Elviña, y así contestaba á las vecinas que, en distintos tonos, preguntaban noticias de la muchacha ó comentaban su retraimiento... Un día, casualmente, fué el zapatero á confiar sus pesares á la madre del ebanista Nicéforo, aquel pretendiente asiduo de Margarita, que un año antes le rondaba la calle sin descanso. La comadre callaba, rascándose el moño con las agujas de hacer media. Por último respondió á las lamentaciones de Elviña, pero con palabras truncadas y reticentes.

—Y V. qué quiere, señor Santiago... Las

muchachas que son.... así.... piensan que el mundo es ancho y que no hay más que divertirse y campar.... Les gustan los señoritos de bigote retorcido, los que gastan espuelas y trotan á desempedrar la calle.... Desprecian á los artesanos honrados, á los hombres de bien, que las pretenden para casarse y hacerlas reinas de su casita.... y se van con esos tunantes, que están hartos de burlarse de todas.... ¡Ya se ve!.... Luego las chicas se tiran de las orejas, ¡y las orejas no les sangran!

Digna era la cara de Santiago, en aquel momento, del pincel de un gran artista. Creo que hasta el ojo tuerto despedía chispas y lumbres.

—¡Señora Clara! ¡Señora Clara!— tartamudeó.... y de pronto, recobrando habla expedita y el uso de sus potencias, gritó con tal fuerza, que se asustó á sí propio:

—¡Embustera!! ¡Embustera!!

—¡Embustero V.!—replicó la mujer furiosa, levantándose como una sierpe.—
¿Nos querrá dar la papilla de que no sabe

la verdad? Á los tontos con eso...., que aquí no nos chupamos el dedo, señor Santiago. Y ya que habla tan gordo...., ha de oír! He de decir que estamos hartas las madres de familia del mal ejemplo de su hija, y de verla escandalizando el barrio con el demontre del franchute, allá por los bancos del Jardín, á las doce de la noche. ¡Valiente *cara lavada!* Aquellos paseos ¿en qué quería que acabasen? Vaya preparando—añadió con ironía sangrienta—pañalitos para lo que salga.... De aquí á siete años, aprendiz nuevo en la zapatería....

Santiago no contestó. Afonía completa. Su garganta no podía formar sonidos. De pronto se llevó las manos á las sienes, y partió corriendo, con toda la rapidez que consentía el pie lisiado. Entró en su casa lo mismo que un obús, y subió derecho al cuarto de Margarita....

Se ignora lo que hablaron hija y padre, aun cuando puede deducirse de los consiguientes sucesos.—Cosa de una hora después de la conferencia, Santiago se puso

camisa limpia, sacó del fondo del arca la ropa dominguera, se calzó un par de botas nuevas chillonas, y metiendo mucho ruido con suela y tacones se dirigió desde su morada al cuartel de Borbón, situado detrás del Jardín. Preguntó por el maestro de armas, Sr. Deloré, y le hicieron pasar á un cuarto donde el francés bebía y fumaba, en compañía de varios oficiales.

Al pronto nada vió el ofendido padre,—tal era de espeso el humo del tabaco allí;—pero no tardó en columbrar al través de la niebla á su ofensor, que se adelantaba copa en mano.

—Hola, Sr. Elviña.... Qué agradable sorpresa, Sr. Elviña.... V. por aquí.... Qué honor tan grande.... Siéntese, y acepte un sorbito de ron.

Aquella acogida dejó suspenso al zapatero. Conoció que sólo ver el rostro del francés le hacía temblar de ira, y que otra vez le era imposible hablar. Maquinalmente aceptó la copa de ron, y maquinalmente se la echó al colete.... Los hombres

sobrios disponen de un recurso más que los intemperantes. El ron soltó inmediatamente la lengua de Elviña.

—Tengo que decirle á V., —pronunció en tono categórico,—pero aquí no : ha de ser á solas.

—¡Oh! ¡Á solas nada menos!—contestó el francés remedándole.—¡Y para qué, señor! Todos saben aquí el objeto de su venida. Nadie ignora que yo he *derogado* diciendo cuatro chicoleos á la señorita Margarita...., y que V. y ella pensaban de tenerme cautivo! Y á propósito, ¿cómo está? ¿Siempre tan bella? Preséntele V. mis cumplimientos....

Santiago se sintió temblar nuevamente. Sus dientes castañetearon...., y no era de terror!....

—Otra copa de ron,—contestó, alargando la mano.

Los oficiales se agrupaban ya en torno de él, celebrando con risotadas y bromas la escena. Elviña apuró el licor, y sintió que le encendía las entrañas.

—Ya que no quiere V. hablar á solas,

hablaré delante de todos. Me es igual. No ha de ser más negro el cuervo que las alas. Vengo á que se case V. con mi hija, en el término de veinticuatro horas.— Si dentro de veinticuatro horas no se ha casado V., le mato como á un perro.

Redobló la algazara, y Deslauriers hizo una cortesía irónica.

— Señor Elviña, muy agradecido al honor que V. me dispensa pidiéndome mi blanca mano para su preciosa hija..., y yo sería su marido con la mayor satisfacción!... pero tengo hecho un voto..., ¿no se dice así?, de castidad..., ¡vamos! de permanecer doncello.

Aquí la risa de los circunstantes fué tan ruidosa, que hizo retemblar los sucios cristales de la estancia. Santiago calló; apretó los dientes, cogió la botella del ron, llenó otra copa, bebió otro sorbo..., y de improviso, sin chistar, alzando la diestra, se arrojó sobre el maestro de armas... Diez ó doce brazos se interpusieron entre él y Deslauriers, no tan á tiempo que la mano del zapatero no hubiese

rozado ya ligeramente la sien de su enemigo. Al verse sujeto, por reacción impensada y súbita, el zapatero... se echó á llorar, á llorar perdidamente! Y el maestro de armas, que había contraído las cejas cuando se viera amenazado de un bofetón, al oír los sollozos del padre se aproximó á él, no sin dirigir antes expresivo guiño á los oficiales que le cercaban.

— ¡Oh! ¡Sr. Elviña! ¡Oh! V. me ha ofendido gravemente... V. me ha levantado la mano... Esto es muy serio, ¡ah!, entre gentilhombres... Sean testigos, señores, de la ofensa. ¡El Sr. Elviña me debe una reparación! Una reparación en el terreno del honor... ¡Ah!

— ¿Oye V., Elviña? ¡Que le debe V. una reparación al Sr. Deslauriers!

— ¿Reparación?— balbuceó el zapatero sin comprender, con voz mojada en lágrimas.

— Sí... Que tienen Vds. que batirse.

— ¿Batirnos?— contestó el padre.— ¡Claro que nos batiremos! ¡Había de quedar

así! Ahora, sin tardanza.... Salga V. ahí fuera.... Porque aquí me sujetan todos.

—¡Oh! No lo entendemos lo mismo, señor Elviña.... No ha de ser una cachetina vulgar, sino un lance como entre caballeros. El honor lo exige....

—¿Y no me sujetarán los brazos? ¿No se meterán en medio estos señores?—gimió el mísero.

—¡Sujetar los brazos! ¡Cómo se entiende! ¿No le digo que se trata de un lance de honor?

—Pues corriente.... ¡Vamos allá! De cualquier modo....

—No, no, ahora no; no conoce V. las leyes de la cortesía, Sr. Santiago.... Los lances son de madrugada siempre.... Mañana por la mañanita, en el Jardín.... Estos señores serán padrinos.... Á las seis le aguardamos. Soy el ofendido y escojo el sable.

—¿Me dan Vds. palabra de no sujetarme?—repitió con desconfianza, asombrosa en él, Santiago Elviña.

Le aseguraron que al día siguiente nadie se colocaría entre él y Deslauriers....

—Pues hasta mañana!

—Verán Vds. qué *bonne farce*,—dijo el francés cuando el pobre diablo hubo salido.—*Cet animal là* no ha visto un sable. Le daré una paliza, para que no vuelva á molestarnos.... y luego le traeremos aquí y le emborracharemos con ron... y le haremos bailar. A fin de que la broma sea completa, y que vean que no quiero abusar de su bobería, como él es tuerto, yo me vendaré un ojo.... *Nous allons rire!*

.....
Dígase la verdad, aunque redunde en mengua del heroísmo del zapatero; durmió bien poco aquella noche. Á las cinco en punto entraba en la capilla de la Angustia á oír misa de alba. Oyóla con devoción; rezó varias salves; y al salir, la casualidad, ó un instinto difícil de explicar, le movió á fijar la mirada en el relieve que campeaba en el frontón de la portadita. Era la Virgen con su hijo muerto en brazos, advocación que se conoce por la Angustia. Santiago recordó á Marga-

rita, á quien había dejado entregada al sueño...., y el único ojo válido se le nubló, con lo cual puede decirse que no veía.

—Debí beber un trago de ron para tener ánimos—pensaba, mientras se dirigía al Jardín.

Ya le esperaban en él Deslauriers y el grupo de oficiales, que al verle llegar cambiaron codazos y sonrisas. El zapatero, cerrando los puños, iba á embestir contra el espadachín.... Los fingidos padrinos le detuvieron. ¡No sabía él el ceremonial de un lance de honor! Pues iban á explicárselo, punto por punto.... El sable se coge así, se juega asá....

Santiago esperó, resignado, abatido, y empezaron los requisitos burlescos. Hubo reparto de sol, cotejo y examen de armas, medición del terreno, todo con gran aparato; luego fué vendado Deslauriers, para que se igualasen las condiciones.... Despojóse Santiago de la chaqueta, Armando de la casaca, agarró cada cual su chafarote, y se oyó una voz que decía: «Atención á la señal.» Los curiosos aguarda-

ban, muertos de risa, el duelo de un maestro de esgrima con un zapatero cojo, que nunca empuñara un arma.... Deslauriers, gallardo, risueño, en elegante posición de consumado duelista, tenía apoyada contra el suelo la punta del sable.... «¡En guardia!» volvió á gritar el padrino....

Lo mismo fué oírle Elviña, que exclamar en alta voz: «En el nombre del Padre y del Hijo....», y correr blandiendo el sable, antes que su enemigo, cubierto un ojo por la venda, pudiese hacerse cargo del inesperado movimiento. Al decir «y del Espíritu Santo», ya la hoja había pasado al través del cuerpo del seductor, que vacilaba un momento, tambaleándose, y, abriendo los brazos, caía desplomado á tierra.... Un golfo de sangre salía de la herida, formando alrededor del cadáver una especie de laguna roja.





PEDRO ANTONIO DE ALARCON

LAS NOVELAS LARGAS

Ideas sociales y religiosas de Alarcon.

No pasan de tres las novelas largas y de empeño que Alarcon nos ha legado: *El Escándalo*, *El Niño de la bola*, *La Pródiga*. Por el mismo orden en que las cito se publicaron, siendo discutidísimas, sobre todo la primera, que sería la más comentada y ruidosa de las novelas modernas, á no existir en el mundo *Pequeñeces*, del Padre Coloma.

De las producciones *serias* de Alarcon, lo mismo que de toda obra literaria, cabe hacer la crítica por tres maneras: *formal*, ó referente al estilo, lenguaje, interés y arte de la narración; *esencial* ó referen-

te al fondo, intención, pensamiento y trascendencia; y *armónica*, ó que abarque y reuna ambos aspectos en uno solo, el valor absoluto del libro. Acaso, para este último procedimiento, no estamos todavía lo bastante lejos de Alarcon, ni podemos juzgar con toda la frialdad necesaria lides en que hemos terciado y cuyo polvo aún enturbia la atmósfera. Quede, pues, á cargo del porvenir el juicio definitivo sobre el puesto que corresponde, en las gloriosas milicias de la novela española, á esos tres libros, de los cuales voy á hablar como se habla de un adversario que tal vez inspire, á los que le combatimos, mayor suma de estimación y admiración que á sus propios aliados egoistas.

Y cuenta que al apuntarme en el número de los adversarios de Alarcon, me parece que estampo una inexactitud, ó que, por lo menos, necesito, para que se me entienda, añadir aclaraciones. No soy adversaria de Alarcon por prevención contra la escuela á que se afilió tan resueltamente, ni por apego á la contraria.

Todo el que lea mis ensayos críticos comprenderá que ni soy idealista, ni realista, ni naturalista, sino ecléctica. Mi cerebro es *redondo*, y debo á Dios la suerte de poder recrearme con todo lo bueno y bello de todas las épocas y estilos.

Conozco, eso sí, que no todo estilo es de todo tiempo, y que si hay leyes estables de hermosura, la más fija es la que impone á la producción artística el carácter supremo del *momento humano*—perdónese la frase—en que fué concebida y ejecutada.—Ni otra cosa dije en *La cuestión palpitante*, ni otra cosa diré en el caso muy improbable de que cien años viva....

Lo que me obligó á caminar en sentido contrario á Alarcon, no fué su escuela, sino la *ocasión y modo* que de abogar por esa escuela tuvo el ilustre guadijeño. La primera me pareció inoportuna; el segundo, inconsiderado, y más semejante á declamación que á alegato literario franco y serio. Ya iré justificando estas dos apreciaciones: pero ante todo, y por-

que no se crea que me jacto de matar moros sin haberles visto ni el turbante, cumple que advierta que no intervine sino *a posteriori* en las polémicas suscitadas por la actitud de Alarcon, y que no me corresponde tanto alguno de culpa en su apartamiento de las letras. Consistió esto en que yo soy, literariamente hablando, de los escritores españoles más jóvenes ó más recientes entre los que gozan algún renombre y tienen público que los lea. Tan no pertenezco ni á la última época de Alarcon, que en 1875, cuando se publicó *El Escándalo*, yo no soñaba en dar á luz libro alguno, ni había pagado más tributo á las letras que versos y artículos trasconejados, en humildes periódicos de provincia. Hasta 1877 no se imprimió mi primer trabajo en prosa y primer estudio crítico (si tal nombre merece), que fué el de las obras de Feijóo, y que apenas me sacó de la obscuridad á la penumbra; y hasta 1882 ó 1883 no envié á *La Época* mis cartas sobre *La cuestión palpitante*...., es decir, dos años después de la aparición

de *La Pródiga*, que fué el acontecimiento que determinó á Alarcon á cortarse la coleta. No va, pues, conmigo, ni de lado, ni de frente, aquella diatriba tan briosa en la forma como despreciativa en la intención, que figura en la *Historia de mis libros*, capítulo de *El Escándalo*, y donde hay párrafos de este calibre: «¿Por qué ha de permitirse condenar las obras ajenas á cualquier estudiantón grosero y cursi, metido á crítico, que no sabe luego compaginar ni hacer legibles sus propias creaciones, y se nos ha de negar el dulce derecho de llamarle tonto, y descortés, y atrevido, y hasta desaseado, á nosotros los que, cuando menos, hemos acertado siempre á escribir lo que nos propusimos, bueno ó malo, tuerto ó derecho, y solemos ser leídos de un tirón y con gusto por los hombres de bien, por las personas de clase, por las mujeres sanas y limpias y por los maestros de la verdadera literatura?»

La clientela escogida de lectores de que Alarcon se preciaba, tenía en rea-

lidad, compuesta, si no precisamente de «hombres de bien» ni de «mujeres sanas y limpias», — lo cual no pasa de graciosa baladronada de un autor, — por lo menos de individuos de las clases conservadoras, reforzadas por todas las demás que en España leen. Al aplacarse la tormenta de la revolución de Septiembre, quedó en los espíritus un fondo de aspiraciones, — protesta contra los alardes irreligiosos, reacción sentimental cuasi-católica, restauración monárquica, orden y paz, — que reclamaba su expresión literaria, y la encontró en Alarcon, persona la más á propósito para el caso, porque no era el retrógrado cerrado, riguroso y convencido, sino un hombre cuyo estado psíquico é intelectual coincidía, engranaba con el de España, que se refugiaba herida, desengañada, harta de blasfemias y motines, en el término medio de una política restauradora, ni hostil ni realmente adicta á la Iglesia.

Las etapas del camino de Alarcon son naturales y graduadas, á pesar del asom-

bro con que las notaba Revilla. Bohemio que luchó, si no precisamente con la horrible adversidad, al menos con la obscuridad de un nombre desconocido, mientras la imaginación le fingía palacios, hurfes, viajes fantásticos á países de ensueño y multitudes delirantes que aclamaban su gloria, — fué, en ese período dificultoso, un sublevado, enemigo de la sociedad. Al paso que ésta le abrió sus puertas; que le acarició la fama; que la *high life* y los magnates de la política le halagaron; que, en suma, se le hizo justicia, parecióle que el mundo se volvía justo — ilusión de óptica, tan disculpable como frecuente. — Admitido en la Academia Española — él, el periodista empecatado de *El látigo*, — dióse ya por alistado para siempre en la plana mayor del ejército del orden social y de la literatura morigerada y honesta. Su sagaz instinto literario de autor favorito y mimado del público, le decía, además, que la hora era propicia, y que habían vuelto á ponerse á flote, hasta cierto punto, muchas cosas

que la Revolución pretendió echar á pique.

Pudo tal metamórfosis de Alarcon despistar á Revilla, y hacerle prorrumpir en expresiones como estas: «¿Qué nube caliginosa obscurecía la clara inteligencia y el corazón apasionado y generoso de Alarcon?... El impetuoso soldado de la libertad, el generoso espíritu sediento de progreso, aparecía convertido en colaborador de la obra tenebrosa que intenta consumir el ultramontanismo...», etcétera, etcétera. — Á quien no engañó la túnica de neófito de Alarcon, fué á su biógrafo D. Mariano Catalina, persona más concedora de la esencia de lo que Revilla llamaba «ultramontanismo». «La tendencia espiritualista de este discurso», (escribe Catalina refiriéndose al de *La moral en el arte*), «y el espíritu moral y religioso de su novela *El Escándalo*, fué pretexto, ya que no razón, para que algunos críticos trataran á Alarcon de ultramontano, cuando en realidad dista todavía mucho de esta doctrina, que represen-

ta sencillamente, á nuestro juicio, la integridad del catolicismo.»

Acertaba Catalina. Con todos sus alardes de fe y espiritualismo, Alarcon no era trigo limpio para los verdaderos ultramontanos. Influido por la marcha política de España, allí donde España se detuvo, allí paró el autor de *El Escándalo*. Y España se detuvo en la solución liberal-conservadora, análoga al *juste milieu* francés, que toma la religión como recurso gubernativo y fórmula conciliadora, bajo cuyo amparo duerme el escepticismo, guardando estrictamente las apariencias.—Alarcon personificaba, en la amena literatura, el espíritu conservador.

En realidad, Alarcon carecía del temple de los creyentes á puño cerrado, y tampoco era de los que, como el ilustre marqués de Valdegamas, saben luchar á brazo partido contra sí propios, y emplear la razón en defenderse del racionalismo. Negar el gran principio teleológico en que descansa el orden moral,—la idea de una causa primera,—era, para Alarcon, *dar*

malas noticias, y estas noticias, si las podían saber los iniciados, de ningún modo convenía que llegasen á oídos del vulgo.

Si no tengo á Alarcon por sincero y profundo creyente, tampoco le conceptúo incrédulo. Su estado normal debió de ser el que expresa cierto párrafo de un escrito suyo, dirigido á un hombre mucho más religioso, Castelar: «Yo, Emilio, no vivo en el mundo que has querido iluminar con tu obra; yo no tengo *a priori* simpatías ni antipatías históricas ó historiales; yo no pertenezco á ninguna escuela filosófica ni política; yo no creo ni dejo de creer en esos criterios fatales ó providenciales, de penitencia ó de progreso indefinido, que á muchos os hacen ver la historia como un poema con unidad de acción....» Este es el Alarcon verdadero, con su indiferencia por todo lo que no sea vida imaginativa y artística. El otro, el contrahecho, el pintado, fué el que nos entregó la Restauración—que por compensación justa había de suscitar también al Padre Coloma.

Si pudiésemos fiar en el testimonio de Valera, que propende á no entregar al público el doble fondo de su pensamiento, diríamos que Alarcon fué un convertido de verdad. En páginas recientísimas escribe Valera estos renglones: «Alarcon hubo de llegar al límite extremo del descreimiento, y, como Pascal y como otros pensadores escépticos y algo pesimistas, se alzó desde allí á la serena y saludable región de la más viva y ardiente fe religiosa. Y esto fué con todo el ímpetu y con toda la energía de su alma, y con cierto atrevido candor que antes había aplicado á fines profanos y vulgares.» No concibo que el autor de *Pepita Jiménez* compare de buena fe á Pascal con Alarcon; á un hombre intenso y hondo en sus ideas hasta el fanatismo, con otro impresionable hasta la superficialidad. Ni llego á convencerme de que Alarcon se alzase á la región de la más viva y ardiente fe religiosa, ni tampoco creo que fuesen fruto de arraigada impiedad aquellos versos satánicos y feroces,

aquellos alardes que cita el mismo Valera, aquel *Concordato* entre el diablo y Dios, donde se inclufan cláusulas de este género:

«Todos los intereses ya creados
respetará el Señor, y los placeres
á que el Otro nos tiene acostumbrados.»

Era indispensable esta digresión sobre las ideas religiosas del autor de *El Escándalo*: sin ella no podríamos examinar las novelas largas de Alarcon, *El Escándalo*, *El Niño de la Bola* y *la Pródiga*.

II

El Escándalo.

Aunque puesto á la venta en el peor momento para su éxito de librería,—el 1.º de Julio,—*El Escándalo* explotó como una bomba, y fué uno de esos advenimientos literarios llamados á dejar memoria larga. En las conversaciones, en la prensa, en las discusiones del Ateneo, reinó *El Escándalo*, eclipsando con su ruidosa

aparición, no sólo á cuanto por entonces llevaba publicado Galdós, sino á la seductora *Pepita Jiménez*, y no hay que decir si á *Las Ilusiones del doctor Faustino*, obra publicada casi al mismo tiempo que *El Escándalo*, y por la cual debió de adquirir Valera aquella convicción que expresa con cierta melancolía en la dedicatoria de otro libro, diciendo: «Nunca seré escritor popular.» Alarcon pudo entonces creer afianzada en sus sienes la corona de la novela española.... Revilla se la había adjudicado, en un párrafo entusiasta.

Dejemos al mismo crítico que nos refiera el asunto de la memorable novela. «El protagonista de *El Escándalo*, audaz y desatentado calavera que ha escandalizado al mundo con sus extravíos, llega al cabo á arrepentirse de ellos, merced al benéfico influjo de un amor ideal y puro. Y cuando la fortuna le sonrío, cuando la rehabilitación le espera, cuando va á ser al cabo honrado y feliz, una horrible calumnia levantada contra él por el despe-

cho de una mujer indigna, — calumnia de que no puede defenderse, tanto porque las apariencias le condenan, como porque su pasada conducta la hace verosímil, — lo pone al borde del abismo, y está á punto de hacerle perder todos sus bienes y esperanzas, salvándose solamente merced á una serie de heroicos y dolorosos sacrificios, sin los cuales le fuera imposible toda justificación.»

Hay que añadir que el calavera se llama Fabián Conde, y es hijo de cierto General Fernández de Lara, conde de la Umbría, el cual mandaba una plaza fuerte cercada y asediada por los carlistas durante la primer guerra civil. Enamorado y correspondido de la esposa del Jefe político ó Gobernador, como diríamos hoy, el General Fernández de Lara hacia dormir fuera de casa al esposo, á fin de pasar las horas de la noche al lado de su dama. Descubre la secreta historia el Jefe político, y para vengarse trama un enredo tan hábil, que el General no sólo muere á manos del enemigo, sino queda infama-

do con la nota de traición, apareciendo como resuelto á entregar por dinero la plaza. — Declarado traidor á la patria, embargados sus bienes, cancelados sus títulos, su hijo se cria teniendo que ocultar un nombre tiznado con la peor afrenta, hasta el día en que vuelve de América el cómplice del vengativo esposo á enterar á Fabián de la verdadera historia, y poner en sus manos la prueba que ha de rehabilitarle y reintegrarle en sus honores, riquezas y preeminencias sociales. — En este episodio de la novela hay algo muy singular, que ningún crítico ha reparado, que yo sepa, y demuestra que Alarcon distaba tanto de ser ultramontano, como de hallarse versado en los casos más sencillos de la teología moral; — los que se pueden resolver solamente con el auxilio del Lárraga... y del sentido común. — El punto merece que le consagremos algunas líneas.

Al recibir al antiguo cómplice del enemigo de su padre, y oír de su boca la propuesta de restaurar honra y fama del

conde de la Umbría, parece que cualquier hijo diría á boca llena: «¡Ahora mismo, ahora, sin más dilación, firmo yo la petición al Senado, y cien peticiones que vengan, con tal de que mi padre recobre el honor, y de rechazo lo recobre yo también y pueda usar mi verdadero nombre y disfrutar mi estado social verdadero!» Pues bien: el hijo del General Fernández de Lara procede de otro modo: aplaza la solución y consulta el problema (como si tal problema hubiese) á sus dos amigos Lázaro y Diego. El primero — en quien Alarcon quiso personificar la ética del catolicismo — resuelve de plano que no ha lugar á la rehabilitación del General, porque, si bien es verdad que nunca soñó en vender la plaza y murió siendo modelo de militar pundonor y bizarría, como si no traicionó á la Patria vendió á la Familia, simbolizada por el Jefe político á cuya esposa cortejaba, bien puesta está la nota de traición, y el General, en justo castigo de sus devaneos, debe quedar infamado por los siglos de

los siglos, amén.—Diego, el otro amigo de Fabián, sale de sus casillas al oír la opinión de Lázaro, y aconseja al hijo del conde de la Umbría que rehabilite á su padre y entre en posesión de su herencia; consejo que sigue Fabián, no sin romper amistades con el riguroso consejero Lázaro.

Rico y noble ya, Fabián lleva existencia alegre y disipada, hasta el día en que prendado, con toda la pureza y sublimidad del amor verdadero, de una hermosa é inocente niña aragonesa, decide renunciar á sus ligerezas de mozo y casarse. La calumnia de una mujer envidiosa y malvada deshace el edificio de su dicha, y vese en pocas horas rechazado por su amada Gabriela, perseguido de muerte por su amigo Diego, y amenazado de la difamación, la deshonor y el escarnio público.

En tan amargo trance, Fabián, aunque incrédulo, corre á desahogar sus penas, á pedir ayuda, consejo, consuelo, al Jesuíta Padre Manrique, confesor de la

aristocracia y varón de gran prudencia y santidad. Á fin de que el Padre pueda darle luz, Fabián refiere su historia punto por punto, sin olvidar el episodio de la muerte, descrédito y rehabilitación de su padre. Y aquí entra lo raro. El Jesuíta declara que Lázaro tenía razón; que hablaba como un sabio, y «hasta como un santo» al aconsejar á Fabián que dejase en tal estado las cosas, y que Fabián había procedido mal, con egoísmo, al vindicar á su padre y recobrar sus bienes.

Desde la primera vez que leí *El Escándalo* (y hace ya bastantes años), me sorprendió en el Padre Manrique semejante doctrina. Poco se me alcanzaba de moral católica, pero eso poco, y la opinión del capellán que teníamos en la Granja de Meirás y era muy dado á aquilatar casos de conciencia, bastaban para hacerme creer que Alarcon atribuía al Padre Manrique opiniones nada ortodoxas. Después he consultado á varios teólogos muy calificados, cuyos nombres poseo licencia para hacer públicos, y sin

discrepar dijeron lo que yo suponía. No sólo tenía derecho el hijo á restaurar la honra de su padre, sino hasta piadoso deber de hacerlo, y de *ocultar* (contra el dictamen de Lázaro) la verdadera historia de la muerte del General. Y para esto hay varias razones, así de justicia como de conveniencia. En primer lugar, no podía constarle á Fabián Conde que el Jefe político, al sospechar el adulterio de su esposa y del conde de la Umbría, no fuese presa de celos infundados. Delitos y pecados del género del que castigó cruelmente el Jefe político, son por su misma naturaleza tan secretos y difíciles de comprobar, que aun con el testimonio de apariencias muy significativas, es bien arduo el afirmar su existencia. Y, menos que nadie, estaba obligado el hijo á creer de su padre tal yerro. Pero aun suponiendo que lo creyese, no podía aceptar un castigo extraordinario, sólo correspondiente á crímenes de otro orden distinto, y socialmente mucho más graves, como que infaman, mientras los otros, á lo

sumo, acarrean alguna leve censura. De cien Generales españoles, probablemente ochenta incurrirán en el extravío de desear la mujer de su prójimo, sin que por eso se les considere felones y traidores; en cambio, tal vez no habrá uno solo de esos cien Generales capaz de vender por oro la plaza fuerte confiada á su defensa. La expiación impuesta al conde de la Umbría, era, pues, desproporcionada y sin conexión con su falta, dado caso que semejante falta existiese; era una maraña vil, que el hijo estaba obligado á romper, tanto más cuanto que el Conde había pagado ya al Jefe político vida por honra, y ni los mismos autores dramáticos del siglo xvii, tan puntillosos en casos de honor conyugal, han exigido desagravios semejantes, contentándose con pedir... á *secreto agravio, secreta venganza.*

Todas estas razones, y otras muchas de carácter más doctrinal, que sería fastidioso alegar aquí, me expusieron los respetables teólogos para demostrar que la sentencia atribuida por Alarcon al Padre

Manrique, no la pudo pronunciar sino algún jansenista, algún krausista como el de *O locura ó santidad*, ó algún nihilista como el conde Tolstoy, abogado del famoso principio de *no resistir al mal*. La moral católica interpretada por los Jesuitas, sin propender á la relajación que Pascal le imputa, no tiene la rigidez absurda y fiera que de los solitarios de Port-Royal predicaban; pero Alarcon cambió los frenos, y los consejos de Lázaro, aprobados por el Padre Manrique, más parecen fruto de una lectura de *Las Provinciales*, que de las enseñanzas de ningún Jesuíta sensato y docto.

Lo curioso es que la crítica de ambos bandos, la neo-católica y la racionalista, la del *arte docente* y la del *arte por el arte*, tragarón con la misma fe el anzuelo, y *El Escándalo* fué defendido y atacado como expresión de la doctrina católica en general y en particular jesuítica. Así se prueba una vez más cuán conveniente sea el estudio de la Teología, hasta para el cultivo de la crítica literaria.

Descartando el peregrino error en que se basa el asunto, la idea de *El Escándalo* es hermosa y profunda, ya que no nueva. «Quien hoya cava, en ella caerá» dice la Biblia, y eso mismo afirma *El Escándalo*. El que un día y otro día provoca con sus acciones la pública reprobación, es tarde ó temprano asfixiado por la atmósfera de tempestad que formará. Jurará y no será creído; querrá enmendarse, y se le cerrarán los caminos de la enmienda. El caso de Don Juan Tenorio arrodillado á los pies del Comendador, pidiendo con lágrimas del alma la mano salvadora de Inés, y detenido á la puerta del cielo por la diestra implacable del *escándalo*...

Si del contenido ó esencia de la obra pasamos á su parte formal, no sólo en lo que se refiere á la vestidura,—el lenguaje y el estilo,—sino en algo más íntimo, que revela más al artista, reconocemos que *El Escándalo* merece vivir, y que no sin razón la calificó Revilla de *acontecimiento literario*. Los caracte-

res,—entre los cuales descuellan el de Diego, el *formidable amigo*, y el de su esposa Gregoria,—no son todos igualmente verdaderos: hay mucho convencionalismo en Gabriela, en Lázaro, en el Padre Manrique, en el propio Fabián: pero ¡hasta qué punto brilla y se ostenta en *El Escándalo* la gran cualidad de Alarcon, el arte de narrar y componer como nadie!

No consiste el arte del narrador delicado en despertar el interés é irritar la curiosidad del lector para que continúe y vuelva febrilmente las páginas, hasta encontrar en la última la clave del enigma. Esto es el *abc*, por decirlo así, y en esto descollaron escritores como Alejandro Dumas padre, que ni son ni serán nunca *clásicos*, en el sentido amplio y humanísimo que debe tener la palabra. El arte de narrar de Alarcon es del género fino y exquisito: fúndase en *el gusto*, en la sazón y condimento, en el equilibrio y armonía; es una resultante de la sabia combinación de distintos ele-

mentos literarios: propiedad, limpieza y naturalidad del lenguaje, soltura y energía del estilo (que á veces llega á una intensidad pasmosa, como en el diálogo de Fabián y Diego en el cafetucho de *Daoiz y Velarde*); sobriedad en la descripción (véase la de Gabriela, página 119), y gran fuerza dramática. Por esta fusión de méritos, y no por amontonar sucesos y atropellar lances de amor y fortuna, interesa *El Escándalo*, lo mismo hoy que cuando se escribió. Su tesis y su moral estoica pueden ser discutibles: su belleza es indudable, y sólo mostrándose vence, como Friné.

Con esto pudiera darse por satisfecho Alarcon, y llevar en paciencia á los censores, consecuencia prevista de la resonancia de una obra y la gloria de un nombre. Mas no se lo permitía su fogoso natural, y por la diatriba que en la *Historia de mis libros* corresponde al *Escándalo*, se ve cuánto le escocían las objeciones de la crítica.

III

El Niño de la Bola.

Del efecto que causaron á Alarcon los saetazos que califica de *mottin liberalesco*, nació, según él mismo declara, el pensamiento de escribir *El Niño de la Bola*, novela donde ya el escritor no apareciese como *neo-católico* y *ultramontano* (y sabemos que en efecto no lo era), sino solamente como espiritualista y abogado de una religiosidad abstracta y genérica,— programa expuesto en su discurso de entrada en la Academia Española, que versara sobre *La moral en el arte*. Allí se leía este párrafo: «No teman, pues, los enemigos de Jesús, ó los meros campeones *del arte por el arte*, que yo vaya á confundir la bondad metafísica con la ortodoxia católica, y á fulminar excomuniones estéticas sobre la gentilidad y la herejía...» Siempre fiel al espíritu conservador, el ideal de Alarcon no era *la ortodoxia*, sino una componenda entre el

rigorismo neo-católico y el racionalismo espiritualista, deísta, con sabor á la vez religioso y elegante. Quería ser el escritor *bien pensant*, el Octavio Feuillet, dueño de la llave del hogar, admitido en los salones, de ninguna manera el inquisidor tétrico y sombrío; y de inquisidor se veía tratado, y la venera le colgaban al cuello los críticos, no sé si desorientados ó maliciosos, aunque juzgo más probable lo primero....

Deseoso de encontrar la apetecida fórmula de conciliación, resolvióse á escribir *El Niño de la Bola*, donde suprimido el *coco* jesuítico, desempeñaba el papel de doctor moral un humilde párroco de aldea, «que no sea jesuita, ni tan siquiera un teólogo conservador, sino un ignorante cura de misa y olla, muy simpático entre los mismos liberales, y solamente aborrecido por los impíos de profesion, declarados enemigos del género humano.» No se ocultó esta maniobra á Revilla, y viendo á Alarcon batirse en retirada, estampó las siguientes frases en su

crítica de *El Niño de la Bola*: «Debemos declarar que tienen razón los que afirman que el Sr. Alarcon (que parecía católico ferviente en *El Escándalo*) en su última novela no defiende más que el espiritualismo religioso en general, sin ceñirse á una determinada religión positiva.» No obstante, ni aun así quiso transigir el insigne orador del Ateneo, y apretó más la cuña con esta afirmación: «*El Niño de la Bola* encierra evidentemente una tesis parecida á la de *El Escándalo*, y esta tesis no es otra que la afirmación de que no puede haber moralidad verdadera sin creencias religiosas, y de que las pasiones avasallan al hombre y lo arrastran al abismo, si no le aparta de ellas la fe en la existencia de Dios y en la espiritualidad é inmortalidad del alma humana. Con esta doctrina se enlaza, aunque en segundo término (y basta para comprenderlo leer atentamente ciertas frases del capítulo primero del libro cuarto) la de que, si tales creencias no fuesen verdaderas, convendría, sin em-

bargo, no atacarlas, tanto por el consuelo que proporcionan á los desgraciados, como por ser auxiliares poderosos de la moral y el orden social.»

No es posible expresarse más clara y exactamente: diríase que Revilla estaba leyendo en el alma de Alarcon, é interpretando su pensamiento, sin excluir la famosa teoría de las *malas noticias*.— Tal vez fué esta misma perspicacia lo que principalmente exaltó á Alarcon, empezando á producir en su ánimo el tedio y disgusto que poco más adelante le determinaron á abandonar las letras. Léanse con atención las páginas referentes al *Niño de la Bola*, en la interesantísima *Historia de mis libros*, y allí se verá, por lo grave y terrible de ciertos párrafos, el temple y disposiciones en que Alarcon se encontraba. Si las observaciones de Revilla calaron hasta lo más profundo de su amor propio de autor dispuesto, como Chateaubriand después de la Revolución francesa, á reedificar el templo, otros flechazos periodísticos, acusaciones

de haber preparado el éxito de prensa de *El Niño de la Bola*, sublevaron su dignidad personal, haciéndole romper en tremenda catilinaria contra «los más notorios corifeos de la envidia», catilinaria sazónada con insinuaciones de la índole que verá el lector: «Lo único ilícito en estas materias, y lo que yo no he hecho ni haría nunca, bien que se le permita á otras clases de productores, es celebrar la propia mercancía literaria, ó pagar la alabanza ajena, aunque haya quienes propongan tales negocios...»

¡Extraño cuadro de costumbres literarias el que se vislumbra al través de esas cláusulas saturadas de ajenjo!... Pero—se me dirá—aparte de sus propósitos docentes, ¿no puede incluirse al *Niño de la Bola* en el número de nuestras mejores novelas modernas? Los mismos propósitos docentes, ¿por qué han de amenguar el mérito del libro?

Que *El Niño de la Bola* es novela rara, hermosa, fuerte, bañada de luz meridional, étnica en el sentido más delicado

de la palabra,—una novela como *Turds Bulba*, de Gogol, esencia de la poesía de una raza verdaderamente poética,—lo considero probado para todo el que lea ese precioso libro.

No cada nación, sino cada raza de las que el nombre de nación unifica políticamente, sin lograr fundir la misteriosa diversidad y hasta oposición de sus sangres y de sus almas, tiene una poesía característica, modos de sentir, de soñar, de amar y de creer, que se revelan en momentos críticos, con belleza propia, íntima y penetrante. Esa poesía, que resplandece con fugitiva luz, el gran artista la sabe condensar en un libro, en un cuadro, en una estrofa. Después, la turba-multa de imitadores convierte en *manera* lo que empezó *inspiración*, y viene el derroche de color local empalagoso y falso, que recuerda las horchaterías y puestos de vino de las Exposiciones—la comparsa carnavalesca, la maja y el majo del cajón de pasas.—La poesía más llevada y traída, de la que más se ha

abusado tal vez, es la de nuestras provincias del Sur, de nuestro elemento moro ó berberisco. Los franceses la han vestido de máscara; nosotros la hemos arrastrado por escenarios de teatros ínfimos y tablas de pinta-monas. Pero así como, sobre el lienzo emborronado por inhábil mano, pueden los pinceles del maestro destacar briosamente el paisaje, la figura, el cuadro de composición, sobre el fondo del sobado y deslucido *color local* andaluz, todavía pudo Alarcon hacer campear las admirables figuras de D. Trinidad Muley, Manuel Venegas y Soledad. —Soledad, tan mal comprendida, y que fué una creación, presentada sin prosaismo de análisis, con esa fuerza sugestiva del poeta, que deja á la fantasía ilimitado campo. Manuel Venegas, el *Niño de la Bola*, es un loco, pero un loco grandioso; la idea fija y la impulsión no pueden estar mejor caracterizadas, y el autor se quejaba, no sin fundamento, de Revilla, que tomaba á Venegas por un hombre en su cabal juicio y le exigía la concordancia y consi-

deración de motivos propia de la cordura. Venegas ha sufrido en su infancia, con la trágica muerte de su padre, uno de esos sacudimientos que perturban hasta lo más hondo un cerebro humano; sólo que en vez de quedar, como Hamlet el sajón, en estado de fluctuación perpetua, Manuel Venegas el semita templa y concentra su voluntad hasta un grado increíble, y sale como el torrente, dispuesto á arrojar cuanto encuentre al paso. Es un Ajax, que, en su magnífica insensatez, no reconoce nada que le ataje ni acá abajo ni allá arriba, y es capaz, como el guerrero de la *Iltada*, de encararse fieramente con Dios para decirle:

«Libra ya, Padre Jove, á los aquivos
de niebla tan obscura; haz que veamos:
serena el cielo; y á la luz del día
¡destrúyenos á todos, si te place!»

Cuanto piensa y hace el *Niño de la Bola*, tiene caracter de idea fija. Idea fija, el odio al usurero que causó á su padre la muerte; idea fija, la pasión por Sole-

dad, la hermosa hija del logrero infame; idea fija, la de enriquecerse; idea fija, la venganza.... Manuel Venegas vive en ese perenne eretismo de la voluntad que hace á los grandes conquistadores, á los hombres que no vuelven el rostro atrás hasta llegar á la meta. Ha resuelto ser rico, y lo consigue; los medios son inverosímiles y recuerdan ciertos milagros semi-científicos de los aventureros de Julio Verne; pero de un modo ó de otro se hubiese hecho rico Venegas, porque almas como la suya logran cuanto se proponen querer. La riqueza, no obstante, la toma él como *medio*: medio de rehabilitar con puntillosa caballerosidad la memoria de su padre, y medio de poseer á Soledad.—Al regresar millonario, Soledad ya es de otro.... No importa: ese otro no existe; morirá; morirá también el fruto de ese amor..., y Soledad será de Venegas.—Esta es la escena culminante del drama; este es el momento en que Alarcon beneficia y desarrolla aquellos gérmenes de romanticismo tan mal aprovechados en las obras

de su juventud, cuando buscaba en las regiones polares el romanticismo que tenía alrededor, codeándose con el realismo del *Sombrero de tres picos*.... en el pueblo, en los lugarones de la morisca Alpujarra, sobre cuyas crestas vaga todavía la sombra de Aben-Humeya!

El indomable mozo, á quien no contienen respetos humanos ni divinos, retrocede un instante, domado por lo que representa para él tiernas memorias de la niñez y sacros respetos á la virtud y á la bondad. Don Trinidad Muley y la encantadora efigie del Niño-Dios desarmen á la fiera. Revilla quería que la novela terminase en ese episodio dulce y edificante para el lector. «El triunfo del deber y de la conciencia sobre la pasión ponía digno remate á la obra, y el protagonista de ésta llegaba á las alturas de lo sublime, y aparecía más grande llevando á cabo el más heroico de los sacrificios, que satisfaciendo sus pasiones. Si la novela terminara así, podrían dispensarse todos sus defectos.» O estoy muy equi-

vocada, ó si la novela terminara así, el estado de alma de Manuel Venegas se desmentía por completo. Venegas,— el autor lo afirma,—es un demente, un insensato: obra por impulsión, no se sirve del raciocinio para guiar la voluntad,—como se sirve de sus antenas el insecto, que dijo Schopenhauer.—Sin duda que lo más honroso, y á la vez lo más cómodo para él, sería largarse á París, á disfrutar en paz y en ó sin gracia de Dios los caudales granjeados á fuerza de sudores; pero lo natural, lo directo, lo inconsciente, es el *volunto* de ahogar á la Dolorosa entre sus brazos, en el frenético primer arrebató de pasión... y morir al matarla, porque ya su vida no tiene objeto, ni razón su existencia en los dominios de la poesía.

Como *drama romántico de chaqueta* —es la definición del propio autor,— considero admirable á *El Niño de la Bola*. Como obra de arte docente, no le otorgo igual consideración, no tanto porque en general condene yo la tendencia y el do-

centismo en el arte, sino porque entiendo su aplicación de modo distinto, y, en especial, por aquello de *si vis me flere...*, es decir, que el autor no puede *convencer* sino cuando él está plenamente convencido, con fe vividora, robusta y sincerísima.

III

La Pródiga.

Alarcon no debía de estarlo mucho, ya que después del *Niño de la Bola* acentuó las concesiones escribiendo *La Pródiga*. La gradación de estas tres novelas es muy significativa. En la primera hay alarde de rigurosa y cerrada ortodoxia. En la segunda sólo se defiende el espiritualismo y la religiosidad *abstracta*. En la tercera, menos aún: la moral social, ó por mejor decir, la convención, lo formal y externo de la vida, su artificio y ordenación simétrica; el respeto á las apariencias y al *qué dirán*. Julia, ó sea *La Pródiga*, no ha incurrido, si bien se

mira, en deslices que no puedan achacarse á otras muchas damas de su misma esfera, las cuales viven rodeadas de consideraciones, en el seno de la familia, y mueren lloradas de amigos, parientes y deudos, probablemente sabedores de su historia secreta é indulgentes con ella, ya por afecto, ya por espíritu de tolerancia. La única diferencia entre estas damas y *La Pródiga*, la expresa el Conde de las Acacias al referir á Guillermo de Loja, en un sarao, la historia de la romántica dueña del cortijo del Abencerraje.... «¡Julia ha tenido siempre el pícaro defecto de ser demasiado franca y atrevida!... El gran delito de Julia, por lo que respecta al mundo en que estamos, es no haber vuelto á casarse, y, sobre todo, haberse arruinado. Si hoy conservara sus millo- nes, y hubiese contraído matrimonio con cualquiera de sus amantes, sin perjuicio de tener enseguida amores con los demás; si hubiera venido á Madrid acompañada de esposo y cortejo, siquiera fuese el esposo un tahir y el cortejo un espadachín,

podría estar dando este baile, ú otro mucho más concurrido, para lo cual todos los aquí presentes habríamos buscado una invitación, teniendo á mucha honra danzar, refrescar, cenar, fumar y jugar en él...» Esta es la pura verdad, y si *La Pródiga* se dá la muerte en su último refugio y sobre su olvidada tumba crecen la ortiga y el jaramago, no es porque esa mujer de alma ardiente y generosa ha infringido la eterna ley moral que brilla allá en las serenas alturas del Bien infinito, sino porque no persiguió el fuego fatuo de la estimación mundana, ¡que, á diferencia de los otros fuegos fatuos, no huye de quien corre tras él!...

He oído sostener que *La Pródiga* es una condenación austera de la *emancipación femenina*. Singular concepto tendrán de la *emancipación femenina* los que tal piensen. Si la emancipación consistiese en poder anudar cuatro intriguillas amorosas, ¡los siglos que hace que estaría emancipada la mujer! *La Pródiga* y *El Escándalo*, reunidos, demuestran lo contrario:

á saber, que ni el varón ni la hembra pueden impunemente desafiar á la sociedad ostentado sus devaneos y pasiones, pero que por lo regular, y salvo el castigo que arrostran y que tarde ó temprano les alcanza, los menos disimulados no son los más corrompidos.

Julia no se parece á una emancipada; es á lo sumo una mujer que *siente en alta voz*, y tan sujeta á la rutina, que ni se le ocurre protestar contra la injusta diversidad del criterio social respecto á los dos sexos, puesto que cree de buena fe que sus amoríos pasados la inhabilitan para ser esposa de Guillermo de Loja.... de Guillermo de Loja, que habría tenido otros tantos amoríos y aventuras como ella, por lo menos, y que en condiciones de carácter, en nobleza, resolución, desinterés, firmeza y valentía, era tan inferior á ella, que no le llegaba á la suela del zapato!

Es, pues, totalmente inexacto lo que en la *Historia de mis libros* dice Alarcon al calificar á *La Pródiga* de «alegato en

favor de las leyes divinas y humanas que rigen nuestra sociedad». Harto fácil sería demostrar que, al contrario, *La Pródiga* convence de que al amparo de la sociedad tales leyes se desacatan sin escrúpulo ni riesgo, y el único modo de no poder eludirlas, es aislarse de esa sociedad ó ponerse de frente.

Ocurrió á *La Pródiga* lo que aquí suele suceder á los libros de todo autor que publica más de uno; lo que diariamente estamos presenciando: cayó entre el silencio de la prensa, mientras el público la agasajaba comprándola y devorándola con la avidez que merecía un libro tan sabroso y gallardamente escrito, una historia de amor tan dramática é interesante.— Alarcon, suspicaz y desconfiado á fuer de hombre de imaginación viva, creyó ver misteriosas conspiraciones del silencio donde no había probablemente sino desidia y pereza crítica, y su amargura, reforzada tal vez por el público homenaje que á Pérez Galdós tributaron sus muchos lectores y admiradores, le dictó la funesta

resolución de no volver á escribir más.— No he de omitir que entre *El Niño de la Bola* y *La Pródiga*, había dado á la estampa un cuentecillo, *El Capitán Veneno*, bien cincelado, como suyo, pero de escasa importancia, hasta como estudio de un carácter original, pues tenía precedentes en la linda comedia de Narciso Serra, *Don Tomás*.—Volviendo á los recelos y *resquemores* de Alarcon, es evidente que adquirieron intensidad dolorosa, y nos privaron, sin duda alguna, de varias novelas, que, como las tres que he examinado, no podrían menos de contarse en el número de las más primorosas que se han escrito en lengua española. Porque, á diferencia de Pereda, Alarcon era novelista nato: sabía cautivar, embelesar, fingir caracteres, mover afectos y pasiones, vestir de gala el pensamiento, y enlazar con destreza admirable los capítulos.

Lo que sobraba en las novelas de Alarcon era... lo distinto, aunque no ajeno al arte; precisamente lo que no demanda tanta inspiración, cuanto reflexión, altisi-

ma cultura, y, como he venido indicando en todo este estudio, *fe y esperanza* inquebrantables en Dios y en los hombres... Pero olvidad al moralista; no extreméis rigores con el pensador; prescindid del filósofo,—recordando que también se puede errar por exceso de fe y por embriaguez filosófica, como Tolstoy,—y considerad solo al *poeta*.... Yo procuro hacer esta distinción necesaria, y una vez hecha, ya estoy de acuerdo con el numeroso y devoto público que conserva Alarcon todavía.





UN ESCRITOR FESTIVO

LUIS TABOADA :

DE los varios puntos de vista desde los cuales se puede considerar á Luis Taboada—el escritor *archi-regocijante* entre los que hoy manejan la péñola—yo me complazco en elegir el punto de vista provinciano, y siempre que oigo elogios de él—y los oigo á cada instante—salto diciendo: «¿Ven Vds. cómo el hombre más gracioso de España no procede de ninguno de esos países que creen tener vinculado el humorismo y estancada la sal? ¿Ven Vds. cómo Luis Taboada nació en Galicia?»

Tengo observado que, en general, la noticia sorprende, Seguramente no se les

* *Madrid en broma*, por Luis Taboada.—Un tomo.—Madrid, 1891.—*La vida cursi*.—Id., id., id., id.

ocurría á muchos la idea de que un gallego les haga desternillarse de risa. Persiste aún el concepto del gallego torpe, cachazudo, de sangre plúmbea, encorvado para aguantar la cuba en los hombros. Sin duda no corre por ahí aquel profundo axioma :

«Que vale por cien gallegos
El que llega á despuntar.»

Acaso contribuya á que se olvide la procedencia de Taboada, el que Taboada mismo no se cuida de andar pregonándola como si fuese un raro mérito, ni se dedica al regionalismo, ni canta endechas á su tierra. Probablemente juzga que la mejor manera de mostrar cariño al país donde se nace, es honrarlo y enaltecerlo saliendo de las filas de la *infinita schiera* de escritores medianillos, para colocarse en el puesto envidiable y envidiado de autor predilecto del público, leído y celebrado en España y fuera de ella.—La verdad es que si Taboada no toma parte en Certámenes y *Xogos frorás*, en su tierra

le pagan en la misma moneda no incensándole, no nombrándole apenas, mientras cantan en la épica trompa la fama de individuos que, por haber escrito un par de romances ó una silva en el *dulce dialecto*, ya alardean de salvadores de la patria. Taboada no se cuenta en el número de los que, no pudiendo alcanzar puesto literario por la literatura misma, se cruzan de brazos y murmuran con desdén: «Á literato me ganarán, pero lo que es á gallego....»

Si Taboada no consigue en su país tanto aplauso y simpatía como, v. gr., el *Mirlo del Avieiro* ó el *Cisne de Vilamorta*¹, en cambio obtiene un testimonio de aprobación que debe de halagarle mucho.... moralmente, por supuesto.—Y es que los diarios de la región toman y reproducen con la mayor confianza y llaneza sus artículos.... pensando, supongo

¹ Claro está que en Galicia hay poetas regionales verdaderamente ilustres, y yo los ensalcé como merecen, en el libro titulado *De mi tierra*. El que lo haya leído entenderá que no aludo á ellos....

yo, que algo se ha de hacer por los paisanos, y que á estos chicos principiantes les conviene mucho que *ruede* su nombre....

Voy á confesar *mi verdad*, como dicen en la tierra de Luis Taboada y de *servidora*: á cada artículo de Taboada que venía á mis manos, echaba la tijera al periódico, é iba guardando en mi cajón aquel venero de francos y espontáneos chistes, porque temía que á lo peor se nos muriese de una pulmonía el Paúl de Kock gallego y castellano, y no se hubiese coleccionado un renglón suyo ¡cuando se imprimen lujosamente *Censos electorales* y *Memorias anuales* de sociedades, que no hojean ni los socios! Al ver impresos *Madrid en broma* y *La vida cursi*, «medité un momento», y exclamé: «Estos libros llenan un vacío: el del cajón donde muchos españoles, que se creen aficionados á las buenas letras, no guardan recortados los artículos de Taboada.» Asegura un filósofo que tengo siempre á mano, que el origen de la risa es la

subsumpción paradójica, y, por consiguiente, inesperada, de *algo* bajo una *noción* que le es totalmente heterogénea, y que el fenómeno de la risa indica que acabamos de percibir súbitamente la incongruencia entre la *noción* y el *algo* que realmente se piensa, entre la abstracción y la intuición, por consiguiente.—La risa será, pues (hablando claro y pronto), resultado de un *contraste*.—Á mí no me parece completa esta teoría, pero tampoco veo aquí el sitio más á propósito para completarla con otras de otros pensadores: lo que afirmo es que conviene admirablemente á la clase de *cómico* propio de Taboada, y que no es sino el contraste entre las pretensiones y el aparato social de que se reviste nuestra clase media, y lo que hay debajo, la múltiple miseria fisiológica, intelectual, política, sentimental, artística, de que se origina la miseria colectiva, ó nacional.—Esto es lo que propiamente se llama vida *cursi*, ajena al pueblo, porque el pueblo no tiene pretensiones, y á la aristocracia, por-

que la aristocracia podrá concentrar sus pretensiones en cosas frívolas, que no merecen el trabajo de ser pretendidas, pero al menos justifica esas pretensiones, y por tanto no es *cursi*. En la extensa zona del término medio, la cual, más bien que del *quiero* y *no puedo*, debería llamarse del *ni puedo ni sé querer*, encontró Taboada campo inmenso de observación humorística, siempre variada, original, donosa, que no puede ser muy ática, porque es una comprobación incesante de prosaismos, pero que no insiste jamás en aspectos repulsivos, de suciedad moral ó material. Esos aspectos, prosaicos también, de la comedia burguesa, Taboada los apunta rápidamente, con pluma ligera que apenas desflora el papel; cuando insiste, es para mostrar la faz bonachona, pacífica, normal, de las ridiculeces. No hay amargura, no hay esplín, no hay látigo en Taboada. Nadie dirá de él ¡ni él mismo! que *fustiga*. La risa que provoca es clara y sana, sin hiel, sin bilis. Tiene sobre Paúl de Kock la ventaja de no emplear ciertos

recursos; la caricatura amorosa, en Taboada, sin dejar de ser divertidísima, no necesita velo: le basta su propia vestimenta, que la cubre hasta todos los límites marcados por el recato. Musa tan jovial como la de Taboada, y sin escotes desfachatados, y sin remangos impúdicos! Algún equívoco muy suave.... Nada más, nada más: créanme los padres de familia.

Ya sé que esto no es *alta comedia*. Larra, por ejemplo, puede dormir tranquilo en la tumba que se abrió con sus propias manos: que sepamos, aún no le ha nacido progenie. Taboada no aspira tampoco á ir por esas sendas, si bien las que pisa no son tan humildes como creen muchas personas más serias que colchones y profundas.... como cuévanos vacíos. ¿Qué, es grano de anís hacer — hacernos reir á todos, encantar á los párvulos, divertir á los adultos, y arrancarnos mil veces esta exclamación? «¡Pues si en esa caricatura hay gran fondo de verdad! ¡Pues si vemos y oímos cosas así!» ¿Es grano de anís

escribir en familiar pero genuino castellano, poseer un estilo, apoderarse de un género, escribir diariamente un artículo sazonado, y tener, — con el gusto y el juicio necesarios para rehuir toda pedantería y todo conato miserable, para no ser jamás *un cursi* en literatura, — la plena conciencia del propio valer, revelada en párrafos como estos, que tomo del prólogo de *Madrid en broma*, párrafos donde el discreto lee mucho entre líneas?

«Cada cual es como Dios le ha dado, y Cristo con todos.

» Todo el que tiene la fortuna de no ver más que el lado cómico de la vida, suele llegar á viejo sin haber tenido cuestiones, que siempre desmejoran y estropean el físico. No pensar hondo, no buscar la trascendencia de las cosas, no leer en el fondo de las almas: he aquí las reglas que deben seguirse para vivir tranquilo en este mundo.

» Y á eso aspiro yo, aunque me tachen de superficial mis contemporáneos.

» Debo, pues, declarar que no me tengo

por hombre importante, ni por escritor ameno, ni por estilista, ni por nada.

»No espero que mis obras pasen á la posteridad, ni que bauticen con mi nombre ninguna calle de mi pueblo.»

No recuerdo los nombres de las calles de Vigo; pero ¡cuántas habrá que se darían «con un canto en los pechos» si se les impusiese un nombre, *modesto* únicamente porque tiene la buena sombra de la modestia,—una de las muchas clases de buena sombra que sabe ostentar Luis Taboada!



LAS MEMORIAS ¿DE GAYARRE? *

Pocos libros tendrán más *éxito de prensa*. Los periódicos le han consagrado sendos artículos. Esto prueba dos cosas: primera, que el recuerdo de Gayarre vive en nuestras *memorias*: segunda, que estas que hoy se nos ofrecen interesan y atraen; que su lectura es grata, simpática y amena.

Lo que yo no sé, es si se pueden llamar *Memorias* de Gayarre las que en la acepción general de la palabra no lo son, pues el gran tenor ni las ha escrito ni siquiera revisado y conocido. Cuestión bizantina, sobre todo si insistimos en ella. Pongamos que son lo que dice el mismo

* *Memorias de Julián Gayarre*, por Julio Enciso.—Un tomo.—Madrid, 1891.

por hombre importante, ni por escritor ameno, ni por estilista, ni por nada.

»No espero que mis obras pasen á la posteridad, ni que bauticen con mi nombre ninguna calle de mi pueblo.»

No recuerdo los nombres de las calles de Vigo; pero ¡cuántas habrá que se darían «con un canto en los pechos» si se les impusiese un nombre, *modesto* únicamente porque tiene la buena sombra de la modestia,—una de las muchas clases de buena sombra que sabe ostentar Luis Taboada!



LAS MEMORIAS ¿DE GAYARRE? *

Pocos libros tendrán más *éxito de prensa*. Los periódicos le han consagrado sendos artículos. Esto prueba dos cosas: primera, que el recuerdo de Gayarre vive en nuestras *memorias*: segunda, que estas que hoy se nos ofrecen interesan y atraen; que su lectura es grata, simpática y amena.

Lo que yo no sé, es si se pueden llamar *Memorias* de Gayarre las que en la acepción general de la palabra no lo son, pues el gran tenor ni las ha escrito ni siquiera revisado y conocido. Cuestión bizantina, sobre todo si insistimos en ella. Pongamos que son lo que dice el mismo

* *Memorias de Julián Gayarre*, por Julio Enciso.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Sr. Enciso : apuntes sobre la vida de Gayarre..., y no haya más disputa.

La vida de Gayarre, sin encerrar lo que rigurosamente se entiende por aventuras dramáticas, no carece de poderoso interés interno. Siempre conmueve el espectáculo de un infeliz pastor de los Pirineos, de un herrero, de un orfeonista de pueblo, de un corista menesteroso, sujeto al hambre y á la miseria en los mejores años de su vida, y que de improviso siente descender sobre su cabeza la lengua de fuego de la fama artística, pronto trocada en lluvia de oro y de rosas.... Si ese millonario adorado, festejado en todas partes, sabe conservar el sencillo corazón que latía bajo su pellica pastoril, cuando apacentaba ovejas en la sierra nativa ; si hace un culto del cariño á su tierra, á los amigos que le conocieron pobre y humilde, á la familia en cuyo seno creció..., ya tenemos elementos bastantes para despertar la simpatía y aun el entusiasmo de lectores que todavía tienen las palmas desolladas de aplaudir á

Julián, en los últimos años de su brillante carrera.

¿Quién no ha deseado escuchar los *Puritinos* ó *Mefistofeles*, cantados por Gayarre? Yo también pagué á los revendedores butacas caras—y no soy melómana.—Lo que voy á decir no indica el menor desconocimiento del mérito de Julián, ni de sus hermosas condiciones de carácter. Son reflexiones generales, patentes á todo entendimiento que guste de llegar al fondo de las palabras y de las cosas.

Siempre he dudado de que á los intérpretes de las creaciones musicales se les pudiese otorgar el alto título de *grandes artistas*. Que lo sean Wagner, Meyerbeer, Rossini, Gluck, nadie podrá negarlo sin incurrir en la nota de mentecato solemne; pero á cada paso oímos aplicar el mismo calificativo á tenores, tiple, violinistas, pianistas, y hasta orfeonistas (orfeonistas, sí), como si no hubiese diferencia entre ejecutar hiriendo con las manos las teclas un acto de *Lohengrinn*,

ó crear ese acto, con todas sus maravillas de pensamiento, armonía é instrumentación. No diré que no se requieran instinto y educación artística para cantar ó para ejecutar música; lo que repito es que hay muchísimos grados de distancia jerárquica entre el intérprete y el creador. Más grados, por ejemplo, entre el compositor y el cantante, que entre el autor y el actor dramático. Y ¿por qué?, me dirán. Respondo que porque el arte es *orgánico* y no *mecánico*, y que cuanto más concurren á una obra las facultades puramente intelectuales y psíquicas, más artística será. Á nadie se le ocurre que el pelotari sea un *artista*; el pelotari trabaja con sus músculos, con su agilidad y su fuerza..., su cerebro y su corazón descansan. El tenor, el pianista, el violinista, tienen por base de su trabajo algo mecánico también: la forma especial de la laringe, la destreza del brazo y de la muñeca.... El actor dramático no necesita condiciones físicas especiales; bástale con no ser mudo; y mudo y todo, podría

representar ciertos papeles.... Lo que necesita es reflexión y sentimiento, para *ponerse á la altura* del autor, para encarnar á *Otelo*, á *Hamleto*, á *Segismundo*.... La interpretación del actor dramático, como cosa tan del alma, es más *libre*.... El cantante, el ejecutante, tienen tan señalado el camino, que muy poco se reserva á su iniciativa.—Confieso que á un gran actor, de esos que hacen época, le tendría yo por mil veces más *artista* que á Gayarre, que en su esfera hizo época también.

Los idiomas son pobres. Entre *gran artista* y *artesano*, deberíamos poseer lo menos diez y seis palabras, que fuesen atenúandose las unas á las otras, como los matices de los estambres de bordar en cañamazo. Así podríamos escoger, y si Julián no quedaría al extremo de la escala, tampoco nos expondríamos á verlo figurar á su cabeza, codeándose con los que escribieron la música que él cantó.

La distinción que voy haciendo proce-

de, y es justa, aunque sólo sea á título de ligerísima compensación otorgada á méritos que no reportan ni el lucro ni el perfumado incienso que un gran tenor respira y aprovecha.—El Sr. Enciso, entrañable amigo de Gayarre y autor de las *Memorias*, al hablar del éxito portentoso obtenido por Gayarre en París, donde debutó con *Lucrecia Borgia*, nos entera de algunos de los muchos obsequios tributados al cantante roncalés, y de cómo las princesas, duquesas y grandes señoras se disputaban el gusto de verle en sus salones ó sentarle á su mesa. Si Zorri-lla—no el emigrado, el cantor de Granada—se da una vuelta por París, ¿á que no le convida duquesa ninguna? ¿A que no recibe Galdós, en día señalado del año, una florecita dentro de blasonado sobre, recuerdo de una beldad rusa? ¿A que no le regala la Regente á Campoamor unos preciosísimos gemelos, de brillantes y rubíes, con las iniciales M. C.? ¿A que... Inútil me parece proseguir. El ser más halagado del mundo es un tenor célebre. Si

además consiguiese puesto eminente en el Olimpo de los grandes artistas; si quedase de él memoria, obra vividera y presente á las generaciones... ¡Entonces!...

Á falta de llamarle gran artista, en el alto sentido del dictado, bien se puede decir de Gayarre que fué un prodigio de la naturaleza. Nuestros nietos, cuando los tengamos, no creerán lo que diremos de aquella voz única y milagrosa. Tal vez correrá un siglo antes que nazca otro Gayarre; antes que en el misterioso laboratorio de unas entrañas de mujer se forme otra criatura dotada de una laringe como aquella, de donde brotaban acentos que traían á los ojos lágrimas dulces. ¡Gayarre! Murió á tiempo... No le hemos visto arrastrar su decadencia de escenario en escenario, como Tamberlik.

Noto que apenas he hablado de sus *Memorias*, ni del perfilado prólogo con que las encabeza Castro y Serrano.... El libro puede ser una *idealización*: sin embargo, no es una *mentira*. Gayarre era bueno, leal, desinteresado, sencillo. Esas cuali-

dades resaltaban á primera vista ; muchas páginas de las que escribe Enciso las adivinaría yo, sólo por haber tenido el gusto de comer con Gayarre en casa de Castellar. ¿Bastará, para llenar mi *misión crítica*, que diga que me han entretenido mucho las tales *Memorias*, y que comprendo bien que el público las compre, las saboree y las aprecie, y arranque del pecho un suspiro, recordando que era hace poco cuando, al inaugurarse la temporada del Real, nos esperaban *las noches* de Gayarre?...



CRÓNICA LITERARIA

ALGUNOS libros nuevos en los escaparates, y algunos estrenos en los teatros; dos académicos difuntos y varios vivos que aspiran á entrar en la Academia... Así se ha anunciado la *season* literaria invernal de 1891 á 1892.

Para las dos plazas vacantes por los fallecimientos de Alarcon y Tejado, se pronuncian varios nombres: el de Barbieri, compositor y bibliófilo; el de Balart, eminente crítico y poeta; el de Sánchez Moguel, profesor de Literatura y autor de monografías eruditas; el del duque de Almenara Alta, poeta; el de Emilio Ferrari, poeta; y el de Pérez de Guzmán, doctísimo escritor, muy idóneo para sustituir á Tejado, por su carácter de publicista, pues la prensa debe

dades resaltaban á primera vista ; muchas páginas de las que escribe Enciso las adivinaría yo, sólo por haber tenido el gusto de comer con Gayarre en casa de Castellar. ¿Bastará, para llenar mi *misión crítica*, que diga que me han entretenido mucho las tales *Memorias*, y que comprendo bien que el público las compre, las saboree y las aprecie, y arranque del pecho un suspiro, recordando que era hace poco cuando, al inaugurarse la temporada del Real, nos esperaban *las noches* de Gayarre?...



CRÓNICA LITERARIA

ALGUNOS libros nuevos en los escaparates, y algunos estrenos en los teatros; dos académicos difuntos y varios vivos que aspiran á entrar en la Academia... Así se ha anunciado la *season* literaria invernal de 1891 á 1892.

Para las dos plazas vacantes por los fallecimientos de Alarcon y Tejado, se pronuncian varios nombres: el de Barbieri, compositor y bibliófilo; el de Balart, eminente crítico y poeta; el de Sánchez Moguel, profesor de Literatura y autor de monografías eruditas; el del duque de Almenara Alta, poeta; el de Emilio Ferrari, poeta; y el de Pérez de Guzmán, doctísimo escritor, muy idóneo para sustituir á Tejado, por su carácter de publicista, pues la prensa debe

tener representación en el seno de la Academia. También se cita á Cavestany y á Sellés, autores dramáticos.

De los estrenos sólo á uno he asistido: el de *Un libro viejo*, por el Sr. Feliú y Codina, en la Comedia. Al ver lo poco que la obra ha vivido en el cartel, se me ocurre si seré yo un modelo de bondad é indulgencia crítica; una de esas personas tan fáciles de entretener y recrear, que con cualquier cosa se satisfacen. Porque declaro que he pasado muy buen rato viendo la comedia dramática del Sr. Feliú y Codina, y que ningún prurito de severidad noto al hablar de ella.—Parecióme que *Un libro viejo* está escrito en excelente prosa, que no le faltan muy sazonados chistes, que hay en su factura y labor algo que revela al literato fino, algo que es cultura y buen gusto á la vez; una delicada prudencia en los efectos, y hasta su poco de estética propia; su correspondiente teoría, teoría llena de mo-

deración y no muy distante de la verdad, á saber: que los dramas más hondos son los que no salen á la cara, los que no se resuelven á gritos, ni á cintarazos, ni á tiros, ni á bofetones, ó, mejor dicho, los que no se *resuelven*, porque continúan... como continúa la vida, la cual no tiene más desenlace seguro que el fisiológico, previsto y vulgar de las cuatro paredes del nicho...

El primer acto de *Un libro viejo* no vacilo en afirmar que está muy bien construido, hasta en lo que es mera carpintería dramática, diestro enlace de efectos. No así el segundo y tercero, en que esta habilidad, engendradora del interés, decae, persistiendo sólo la buena pasta literaria de toda la obra, y aquella dulce moderación que trae á la memoria el consagrado nombre de Moratín.

Aunque no exenta de defectos, la comedia dramática del Sr. Feliú y Codina merecía más representaciones y más elogios de los que obtuvo. No es ni trillada, ni falsa, ni espeluznante: entretie-

ne y hasta conmueve; ¿qué más se ha de pedir? Compadezco de todas veras á un ingenio que consagra largas vigili-
as á pulir una obra tan estimable...., para que se represente cuatro noches, cuando disparatones insípidos como *El fantasma de los aires*, viven meses y agolpan al despacho de billetes numeroso público.

La interpretación de *Un libro viejo*, floja por parte de las señoras, fué notable en Vico, y bastante igual y acertada en los demás actores, sobresaliendo Mendi-
guchía, que encarnó felizmente al paletio riojano, desconfiado y cándido á la vez.

* * *

Entre las publicaciones de principio de estación, abunda y despunta un género que generalmente escasea: la biografía.— Enrique Piñeiro (nombre para mí desconocido hasta ahora) ha publicado en París la de D. Manuel Josef Quintana (el biógrafo escribe *José* en vez de *Josef*, que era como el autor de *El Panteón de El Escorial* quería ortografiar su nom-

bre, alegando que si *Josef* se escribiese *José*, también habría que escribir, en lugar de *Josefa*, *Josea*). El libro del Sr. Piñeiro es útil y no carece de puntos de vista críticos: lástima grande que el estilo adolezca de un sabor galicano tan pronunciado, que á veces hace dudar si el ensayo biógrafo y crítico sobre Quintana es un libro francés incorrectamente traducido á nuestro idioma.

No podrá recaer esta censura sobre los primorosos *Estudios biográficos* que va publicando la casa editorial de Jubera Hermanos; esos *Estudios* (descontando los dos que son obra mía, *El Padre Coloma* y *Alarcon*) formarán, si así continúan, preciosa colección biográfica, donde compita el interés del nombre glorioso de los biografiados con el de los biógrafos. Son dos elementos que no suelen reunirse, y en esta colección se han reunido: titúlase *Personajes ilustres*, y debiera ostentar como subtítulo: «estudios por sus semejantes».

En efecto: Valera historia y comenta á

Ventura de la Vega y al Duque de Rivas; Campoamor, á Cánovas; Menéndez y Pelayo, á Núñez de Arce y á Martínez de la Rosa; Fernández-Guerra, á Hartzenbusch; Balart, á Castelar; Picón, á Ayala.—Si así continúa, la Colección será un tesoro de las patrias letras. Repito que hago caso omiso de la parte que en esa Biblioteca me corresponde, y que aludo sólo y sólo me refiero á los autores verdaderamente insignes ya citados.

Estas biografías, como escritas por autores tan personales, tan incapaces de sujetarse á una plantilla de homogeneidad, son unas muy cortas, otras bastantes extensas, ya eruditas, ya humorísticas, pero siempre colmadas y fértiles en enseñanza; que el talento no necesita, para brindarla á manos llenas, sujetarse á las formas clásicas del género.—La biografía de Cánovas, por ejemplo, es una chispeante y maliciosa humorada, mezcla de arañazo y caricia, donde amigos y adversarios del esclarecido autor de los *Estudios sobre la Casa de Austria* encontrarán que

reir, qué aprobar y qué aprender.—*Ventura de la Vega*, por Valera, encierra un análisis literario muy sutil, definitivo en cierto modo, del autor de *El hombre de mundo* y su época. De las páginas que consagró Menéndez y Pelayo á Núñez de Arce, sólo sé decir que desde que se publicaron por primera vez en el tomo de *Estudios críticos*, las tuve por de lo muy inspirado que, dominando la erudición y sin olvidarla, ha escrito el más sabio crítico de España y sus Indias.—Y el *Hartzenbusch* de Fernández-Guerra, si algo estrecho de criterio, es muy nutrido y ameno, y elegante en la forma.



Balart se prepara á dar á la estampa un tomo de poesías. Mis amigos y yo hemos disfrutado las primicias de su lectura, y á lo que puede inferirse de la audición, habrá en el tomo mucho y bueno.—Campoamor nos leyó la misma noche un poema inedito, *El Confesor confesado*; pero no debo hablar por hoy de él ni de los

demás componentes de la lectura, porque parece esto algo como una intrusión de la literatura casera.

Polo y Peyrolón es un autor castizo y ameno, honesto y formal, católico sin intransigencia, y buen discípulo de Cecilia Böhl, por lo que se refiere á pintar costumbres populares. Aquí no se le nombra mucho; pero él tiene, como Trueba (siendo más espontáneo y sincero que Trueba), un público adicto y constante; lo demuestra el hecho de haber reimpresso ahora por sexta vez su novelita *rusticana Los Mayos*, con algunas más inéditas y recientes. Una novela que consigue seis ediciones y que Menéndez y Pelayo llamó *de oro*, no puede ser de paja. Yo me he recreado con ella hoy como ayer. Hay allí un encanto apacible, algo anodino.



ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

BIOGRAFÍA.

- G. Núñez de Arce*: estudio biográfico crítico, por M. Menéndez y Pelayo.—Folleto.—Madrid, 1891.
Ventura de la Vega: íd. íd. íd., por Juan Valera.—Íd. íd. íd.
Cánovas: íd. íd. íd., por Campoamor.—Íd. íd. íd.
Hartzenbusch: íd. íd. íd., por A. Fernández-Guerra.—Íd. íd. íd.
Teófilo Gautier: íd. íd. íd., por E. Zola.—Íd. íd. íd.
Memorias de Julián Gayarre, por Julio Enciso.—Un tomo.—Madrid, 1891.
Manuel José Quintana, por Enrique Piñeiro.—Un tomo.—París-Madrid, 1892 (fecha adelantada).

POESÍA.

- Estío*, por J. L. Estelrich.—Opúsculo.—Mallorca.—Sin fecha.
Saludos, por J. L. Estelrich.—Opúsculo.—Palma, 1887.

Poetas líricos italianos, traducidos en verso por J. L. Estelrich.—Un tomito.—Mallorca, 1891.

Cantos, por Calixto Oyuela.—Un tomo, con retrato del autor.—Buenos Aires, 1891.

Tabaré, por Juan Zorrilla de San Martín, miembro correspondiente de la Academia Española.—Un tomo, con retrato del autor.—Montevideo, 1889.

Antología de poetas líricos italianos, traducidos en verso castellano (1200-1889) por Juan Luis Estelrich.—Un tomo.—Palma de Mallorca, 1889.

Poemas y Leyendas, por D. José M. Gutiérrez Alba.—Tomo cxxx de la Biblioteca Universal.—Madrid, 1891.

Martino: Oyuela.—Epístolas.—Opúsculo.—Buenos Aires, 1891.

COSTUMBRES.

La vida cursi, por Luis Taboada.—Dibujos de Ángel Pons.—Un tomo.—1891.

Errores populares, por Eladio G. Jove.—Opúsculo.—Oviedo, 1891.

CRÍTICA.

Estudio sobre «Un drama nuevo», por Calixto Oyuela.—Opúsculo.—Buenos Aires, 1891. (Edición única de setenta ejemplares, papel Japón.)

¿Académicas? Soliloquio.—Folleto.—Madrid, 1891.

HISTORIA.

Historia general de la república del Ecuador, por Federico González Suárez, presbítero.—Tomo 1.—Quito, 1890.

La verdad contra las calumnias de la señora Marietta Veintemilla, anónimo.—Folleto.—Quito, 1891.

CIENCIAS.

Discurso leído en la Universidad de Santiago al inaugurar el curso académico de 1891 á 1892, por D. Francisco Romero Blanco.—Folleto.—Santiago, 1891.

Discurso inaugural del curso académico de 1891 á 1892, por el Dr. D. Eladio Oviedo Arce, presbítero.—Folleto.—Santiago, 1891.

La ciencia del bien y del mal, por Justo S. López de Gomara.—Un tomo.—Buenos Aires, 1891.

NOVELA.

Elena, por Emilio García de Tejada.—Con un prólogo de Luis Vidart.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Seis novelas cortas, por D. Manuel Polo y Peyrolón.—Un tomo.—Valencia, 1891.

Un drama singular (historia de una familia),

por Lastenia Larriva de Llona.—Un tomito.—Guayaquil, 1888.

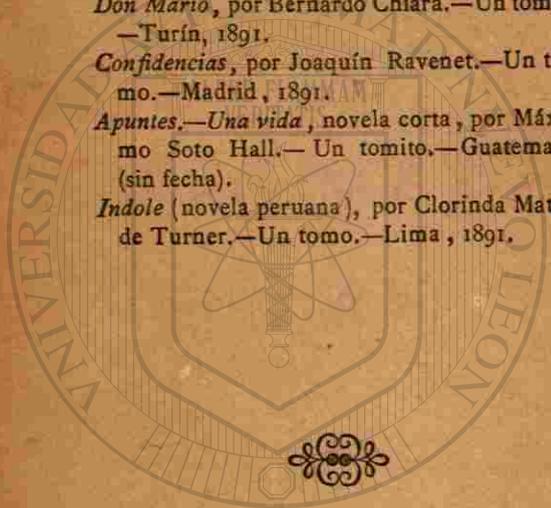
Ángela, novela cubana, por Félix Puig y Cárdenas.—Un tomo.—Habana, 1891.

Don Mario, por Bernardo Chiara.—Un tomo.—Turín, 1891.

Confidencias, por Joaquín Ravenet.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Apuntes.—*Una vida*, novela corta, por Máximo Soto Hall.—Un tomito.—Guatemala (sin fecha).

Indole (novela peruana), por Clorinda Matio de Turner.—Un tomo.—Lima, 1891.



Espresso

NUEVO TEATRO CRÍTICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por Lastenia Larriva de Llona.—Un tomito.—Guayaquil, 1888.

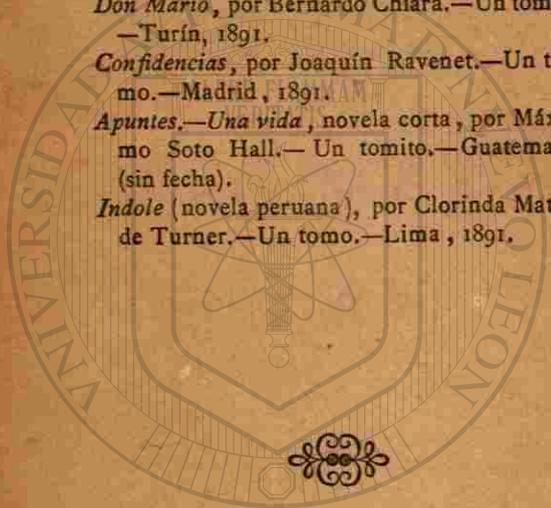
Ángela, novela cubana, por Félix Puig y Cárdenas.—Un tomo.—Habana, 1891.

Don Mario, por Bernardo Chiara.—Un tomo.—Turín, 1891.

Confidencias, por Joaquín Ravenet.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Apuntes.—*Una vida*, novela corta, por Máximo Soto Hall.—Un tomito.—Guatemala (sin fecha).

Indole (novela peruana), por Clorinda Matio de Turner.—Un tomo.—Lima, 1891.



Espresso

NUEVO TEATRO CRÍTICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol. (Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un vol. (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (Biografía.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol.

EN PREENSA

(En Madrid en castellano y en Nueva York en inglés.)

LA PIEDRA ANGULAR. (Novela.)

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año I.

DICIEMBRE, 1891.

Núm. 12.

SUMARIO

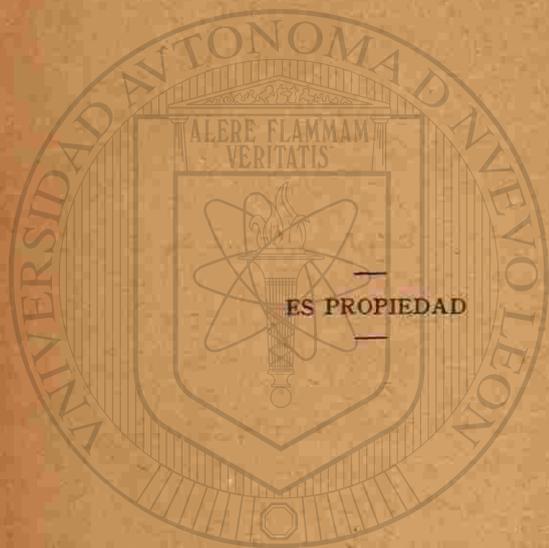
- I.—EL PEREGRINO.
- II.—POR LA ESPAÑA VIEJA.—MEDINA DE RIOSECO.
- III.—DON MANUEL CASETE (NECROLOGÍA).
- IV.—REVISTA DE TEATROS.—LOS ESTRENOS.
- V.—NOTAS LITERARIAS.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

Oficinas: Mendizábal, 34.

APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



EL PEREGRINO

Muy lejanos, muy lejanos están ya los tiempos de la fe sencilla, y sólo nos los recuerdan las piedras doradas por el líquen y los retablos pintados con figuras místicas de las iglesias viejas. Con todo, suelo encontrar en las romerías, ferias y caminos hondos de mi tierra, un tipo que me hace retroceder con la imaginación á los siglos en que, por ásperas sendas y veredas ricasas, se oía resonar el himno ¡*Ultreja!*, cántico de las muchedumbres venidas de tierras apartadísimas á visitar el sepulcro de Santiago, el de la barca de piedra y la estrella milagrosa, el capitán de los ejércitos cristianos y jinete del blanco bridón, espanto de la morisma.

Siempre que á orillas del árida carrete-

ra, sentado sobre la estela de granito que marca la distancia por kilómetros, veo á uno de esos mendigos de esclavina y sombrero de hule que adornan conchas rosadas, otros días y otros hombres se me aparecen, surgiendo de una niebla melancólica; y así como lo distingo en el cielo, trazado con polvo de estrellas, veo en el suelo el rastro de los innumerables ensangrentados pies que se dirigían hace siglos á la hoy solitaria catedral...

Me figuro que los peregrinos de entonces no se diferenciaban mucho de estos que vemos ahora. Tendrían el mismo rostro demacrado, la misma barba descuidada y revuelta, los mismos párpados hinchados de sueño, las mismas espaldas encorvadas por el cansancio, los mismos labios secos de fatiga; en la planta de los pies la misma dureza, á las espaldas el mismo zurrón, repleto de humildes ofrendas de la caridad aldeana.... Hoy hemos perfeccionado mucho el sistema de las peregrinaciones, y nos vamos á Santiago en diligencia y á Roma en tren, parando en hote-

les y fondas, durmiendo en cama blanda, y comiendo en mesas que adornan ramos de flores artificiales y candelabros de gas....!

En la choza del campesino acogen cordialmente al peregrino pordiosero. Para una casa donde le despidan con palabras acres, tratándole de haragán y de vicioso, hay diez ó doce que abren la cancilla sin miedo, y le reciben con hospitalaria compasión, dándole por una noche el rincón del *lar* en el invierno y el *mollo* de fresca paja en el verano....

De verano era la noche, —16 de Agosto, fiesta de San Roque milagroso,— cuando un peregrino pidió albergue al labrador más rico de la parroquia de Rivadas. El labriego, que era de estos que llaman de *pan y puerco*, había celebrado aquel día una comilona, con motivo de ser San Roque patrón de la aldea, y haber llevado él, Remualdo Morgás, el *ramo* en la procesión. Allí estaba todavía el ramo, respetuosamente apoyado en la pared, salpicado de flores artificiales, de hojas de

talco y de rosquillas atadas con cintas de colores. Y la *familia*, es decir, la parentela y los convidados, bien bebidos, bien comidos, regalados á cuerpo de rey, con esa abundancia que despliegan en día de hartazgo los que todo el año se alimentan mal y poco, se disponían á formar tertulia en la puerta, tomando *el lunar*.

Los viejos se sentaron en bancos de madera, taburetes ó *tallos*: una muchacha alegre requirió la pandereta; otra no menos gaitera de condición, sacó las postizas; los mozos se colocaron ya en postura de convidar al baile; los chiquillos, con el dedo en la boquita, el vientre lleno y estirado como un tambor, digiriendo el dulce arroz con leche, muertos de sueño y sin querer acostarse, esperaban á ver el regodeo. La reunión estaba muy alegre, animada por la buena comida y el vinillo, y dispuesta á solazarse hasta la media noche,—hora bastante escandalosa en Rivadas.

Aparecióse entonces el peregrino. Le reconocieron de verle por la mañana en

la iglesia, donde había pasado el tiempo que duraran la misa y la función, arrodillado en la esquina del presbiterio, con los brazos abiertos, los ojos fijos en el Sagrario, y rezando sin cesar. Las plantas de los pies, que se le veían por razón de la postura, habían arrancado á las mujeres—tal las tenía—frases de asombro y lástima. Las guedejas largas, negras, empolvadas y en desorden, colgaban sobre la esclavina agrietada y vieja, donde ya faltaban algunas conchas, y otras se zarandeaban medio descosidas. La calabaza del bordón estaba hecha pedazos; el sayo, de paño burdo, mostraba infinidad de girones y remiendos. No debía de llevar ropa blanca interior, porque al subir los brazos para ponerlos en cruz, aparecían desnudos, flacos, con las cuerdas de los tendones señaladas de relieve, y los huesos marcándose lo mismo que en una momia.

Con todo, al presentarse de noche el peregrino, no le miraron los labriegos sin alguna prevención. Estaban contentos, hartos, en ánimo de divertirse, y aquel

hombre ni venía á bailar ni á reír : advertíase que no era de esos bufones de la mendicidad, encanto de las tertulias campesinas, que pagan su escote diciendo agudezas y vaciando el saco sin fondo de los cantares y los cuentos.—Hicieron sitio al peregrino, y hasta le ofrecieron un rincón del banco; pero se comprendía que hubiesen preferido no tener aquella noche semejante huésped.

Sentóse, ó, mejor dicho, se dejó caer, rendido sin duda por el calor y la fatiga ya crónica. Desciñóse el zurrón, flojo y vacío por arriba, pero que en el fondo abultaba, y se quitó el sombrero adornado de conchas pequeñas. Era un hombre como de treinta á treinta y cinco años, de cara larga, cóncavos ojos y barba muy crecida. Sentado y todo, en vez de saludar al concurso, rezaba entre dientes.

—Déjese ahora de oraciones y coma, que falta le hará;—advirtió compadecido el tío Remualdo.—Rapazas, á traerle *bolla* de la fiesta y un vaso de vino viejo.

—No bebo vino,—contestó el penitente;

y todos callaron, sin atreverse á insistir, porque comprendieron que estaba *ofrecido*. La moza de las castañuelas presentó el zoquete de *bolla*, y el peregrino lo tomó con ansia; pero antes de llevarlo á la boca, se bajó, cogió con los dedos un puñado de polvo, y lo esparció sobre el pan, hincándole al punto los dientes.

Mascó con avidez, atragantándose, y pidió agua, por señas, apuntando á la calabaza rota. Un mozo ágil y vivo salió por agua á la fuente.... pues en días como aquél del patrón San Roque, el agua estaba proscrita en casa de Morgás.—Presto volvió con una *cunca* ó escudilla de barro llena de agua fresquita, y el peregrino, arrojándose á la escudilla, la asió con las dos manos y la apuró de una vez, sin respiro. Limpióse la boca con el reverso de la mano, y pronunció en tono de compunción profunda:

—¡ Gracias á Dios!

—Pudo venir antes, hombre, — indicó en son de censura el tío Remualdo.—Pudo venir por la tarde.... y comía y bebía

á gusto, carne y bacalao á Dios dar.

—Por la tarde no podía, no señor,—objetó el peregrino. —Tenía que ayunar desde puesto el sol de ayer hasta ponerse el de hoy. Y tenía que pasar las horas del día este rezando con los brazos abiertos....

—¡Jesús, Ave María; San Roque bendito!—murmuraron las mujeres con acento entre lastimero y respetuoso.

Ninguna pensaba ya en canticios ni en danzas: el peregrino, que momentos antes había parecido un estorbo, ahora absorbía su atención: asediábanle á preguntas.

—¿Va á las Ermitas?—indicaba una.

—No, irá á la Esclavitud,—advertía otra.—No, al Corpiño.... A Santa Minia de Briones....

—Voy á Santiago,—respondió el peregrino.—Con esta son siete las veces que tengo ido, siempre por caminos diferentes, cuanto más largos y más malos mejor.

—¿Por oferta?

—Por oferta de toda la vida.

—¡De toda la vida!—repitieron atónitos los aldeanos, que, sin embargo, son gente que hace lo posible por no admirarse de nada.

—¡Ay!,—silabearon viejas y muchachas agrupándose en torno de él.—¡Ay, nuestralma como la suya! ¡Este sí que gana el cielo! ¡Es un santo!

—Soy un pecador malvado, infame,—contestó sombríamente el peregrino, que sin duda traía aprendido de memoria y preparado el modo de acusarse y confesarse en público.—Soy un pecador malvado: no soy *dino* de que la tierra me aguante de vivo ni de muerto.... ¿Queréis darme de palos ó hartarme de bofetones, almas cristianas? Haréis muy bien, y yo rezaré por vosotros.

Y como los aldeanos se quedasen suspensos, reiteró la súplica.

—Ya me habéis dado de comer, y el Señor vos lo pagará y vos lo aumentará de gloria: ahora os pido por el alma de vuestros padres que me déis con un palo.

Hice oferta de dejar que me sacudan y de pedir por Dios aún más. Nadie quiere.... Pues bien lo merezco.... ¡Soy un pecador malvado!, — repitió con entonación lastimera.

—¡Jesús!—repitió la vieja señora Juana, mujer del anfitrión, juntando las manos como para orar.—Tanto ayuno, y tanta penitencia, *malpocadiño*.... Á la fuerza tiene que ser por un pecado muy grande, muy grande. ¿Qué pecado fué, *santiño*? Todos somos pecadores, Jesús, Jesús.

No respondió el peregrino al pronto, y sus ojos, relucientes como ascuas, se fijaron en la mujer que le dirigía la pregunta. La luna había salido ya, y le alumbraba de lleno el rostro. Á su luz, clara entonces como la de medio día, se vieron correr por las demacradas mejillas del penitente dos lágrimas.

—Yo tuve un hermano; — murmuró al fin con voz cavernosa.—Éramos solitos, porque quedamos sin padre ni madre. Mi hermano era el más pequeño. Trabajaba bien la tierra, y vivíamos. Él andaba loco

detrás de una rapaza del lugar que se llamaba Rosa. Y ella.... Nuestro Señor la perdona.... ríe de aquí, canta de allí.... y todo se le volvía alabarse de que á mi hermano le hacía cara, pero que á mí me aborrecía, que no me daría ni una palabra si me arrimase á ella, que más se quería casar con el último de la aldea que conmigo.... Y en las romerías y al salir de misa, me hacía burla y me decía vituperios.... Y yo por tema me arrimé.... y Rosa....

—¿Qué hizo? ¿Le quiso? ¿Dejó á su hermano? — preguntaron ansiosas las mujeres, interesadas por el drama de amor que entreveían en aquel relato entrecortado é informe.

—Lo dejó.... ¡Dios la perdone!—respondió el penitente, arrancando de lo hondo del pecho un suspiro largo.—Y.... tanta rabia tomó el infeliz, que se vino á mí como un lobo á querer matarme.... Yo me defendí.... ¡Nunca me defendiera!.... ¡Soy un pecador malvado, almas cristianas!....

Los gemidos y sollozos empañaron su

voz. Todos callaban: la señora Juana se persignó devotamente....

— *Ahora*, — dijo el peregrino alzando la cabeza, — estoy ofrecido á pasar toda la vida peregrinando á Santiago y pidiendo limosna. Los días de fiesta, ayuno.... porque un día de fiesta fué cuando....! Vamos, ya saben quién tienen aquí.... ¿No me darán un rincón para pasar la noche?

La señora Juana se levantó y fué á disponer la paja más fresca y mullida, en un cobertizo pegado á la casa, sitio excelente para tiempo de verano. Buscó un saco de harina y lo colocó de modo que hiciese de cabezal; y, dispuesta así una cama envidiable, llamó á su huésped. Pero éste, abriendo el zurrón, sacó de él una piedra cuadrada, que era lo que abultaba en el fondo, y la puso en el sitio del saco de harina: hecho lo cual, se tendió en la paja. Sin duda estaba rendido, exhausto: se comprendía que le era imposible dar un paso más.

Después de su marcha, las mozas intentaron otra vez bailar, cantar y diver-

tirse. Sin embargo, lo hacían con poco brío, sin animación, ni empujones, ni carcajadas. El peregrino las había *asombrado*. Cantaron en dialecto coplas tristes, como esta que traduzco:

« Todas las penas se acaban,
Mi glorioso San Martín:
Todas las penas se acaban,
Las mías no tienen fin.»

Y los mozos, puesta la mano detrás de la oreja, columpiando el cuerpo, les respondían con esta otra:

« Cuando oigas tocar á muerto,
No preguntes quién murió:
¡ Puede ser, niña del alma,
Puede ser que sea yo! »

Á la madrugada, cuando la caritativa vieja señora Juana fué al cobertizo á llevar al huésped una *cunca* de leche fresca y espumante, no vió más que el hueco del cuerpo señalado en la paja. La piedra había desaparecido, y el hombre también, continuando su eterno viaje.





MEDINA DE RIOSECO

Si se exceptúan las magnificencias de San Pablo y San Gregorio, no tiene Valladolid, con toda su fama, templos que puedan compararse en magnificencia á los que atesora una villa imperial, enemiga de las comunidades, Medina de Rioseco, que á su lealtad monárquica debió quizás el sorprendente esplendor de sus edificios religiosos. Medina de Rioseco es un emporio comercial, y por allí y por Benavente, camino antiguo de la silla de postas, debiera cruzar un ramal de ferrocarril á enlazar con la línea que lleva á Galicia, y que hoy, pasando por León, describe una curva que alarga el trayecto mucho más de lo necesario.

Un ramal de ferrocarril de vía estrecha

conduce de Valladolid á Rioseco, y lo aprovechamos para visitar, durante las pocas horas que en Rioseco se detiene, las monumentales iglesias de un pueblo, al cabo muy decaído de su primitiva importancia. Los templos de Medina de Rioseco son dignos, no sólo de una gran capital, sino de Roma, por la suntuosidad y esplendor que revisten.

Cuatro visité: Santa María, Santiago, Santa Cruz y San Francisco. Procedamos por orden.

Santa María, que no es quizá la más suntuosa de Rioseco, aun siéndolo tanto, fué la primera adonde nos dirigimos. Hacía un calor sofocante en la plaza que á la iglesia antecede, y cuyas casas son del más puro tipo castellano, el cuerpo superior saledizo, el de abajo formando soportal, sostenido en columnas y zapatas muy características. Los soportales sirven para precaver el ardor del sol en estos países calientes, y en el mío, húmedo y lluvioso, para pasear y esparcirse al abrigo de la intemperie invernal.— Cuando

nos acercábamos á Santa María, nos interpeló una devota, una de esas siluetas españolas que ya van desapareciendo: flaca, apergaminada, amarilla, con mantilla de blondas y pañolón de crespón negro bordado, bajo el cual se adivinaba la angulosa forma del cuerpo. Esta señora (pues lo era y lo parecía) llevaba al brazo el escañito de sentarse en el templo. Su objeto, al dirigirse á nosotros, era advertirnos que «las llaves las tenía el sacristán, y que si queríamos descansar en su casa, nos recibiría con mucho gusto». Agradecemos la buena y espontánea voluntad, pero ya llegaba á guiarnos y auxiliarnos en nuestra rápida excursión por Rioseco un inteligente y celoso guía, don Vicente Pizarro.

Don Vicente Pizarro (bien merece que un párrafo se le dedique) es un hidalgo medinense, que sin saber por qué me recuerda al *caballero del verde gabán*. Obsequioso y hospitalario, como el simpático personaje de Cervantes, bien pudiera decir de sí y de su vida muchas de

aquellas cosas que dijo D. Diego de Miranda, y por las cuales el honrado Sancho quiso besarle los pies, por creerle el primer santo á la gineta que había visto en todos los días de su vida. También don Vicente reparte sus horas entre caza, pesca, buenos libros, trato de amigos y pacíficos solaces campestres.

El Sr. Pizarro se puso enteramente á nuestra disposición, y por su gusto hubiese convertido en jardines todo Rioseco, para brindarnos recreo, sombra y frescura. Su gran lamentación era que no nos detuviésemos en Rioseco por lo menos una semana, para dar vado á la obsequiosa corriente de su genio, y porque las riquezas artísticas de Rioseco lo merecen. — Voy á confesar paladinamente uno de los motivos por qué me satisfizo tanto el cordial recibimiento de D. Vicente Pizarro. El hidalgo de Rioseco no es solamente gran agricultor y personaje político. Entre la agricultura y las luchas electorales, encuentra, como dejo indicado, tiempo para leer, y hojea «más los libros pro-

fanos que los devotos». Sorprendido por nuestra llegada á Rioseco, apenas vió á mi hija Blanca, aseguró que la conocía mucho; que había estado con ella en la Exposición y tenido miedo, á su lado, á las figuras de cera del Museo Grevin. Blanca se reía dudando y sin querer asentir, como hacen los niños cuando no se atreven á desmentir á una persona de respeto. La Morena sabía perfectamente que D. Vicente Pizarro no había andado con ella por la Exposición de París. Pero yo comprendía que el cortés caballero hojeara despacio y tenía presentes aun mis *Crónicas de la Exposición*. Estas flaquezas hay que perdonárselas á un autor; porque al fin y al cabo, la literatura nos sale muy de adentro, como que la producimos con lo más delicado y selecto de nuestro organismo; y si no la hacemos mejor, es porque no sabemos, no porque no dediquemos á ella la flor del alma.—Así se explica el que yo goce inocentes satisfacciones al encontrar casualmente, en sitios como Rioseco, alguien que por mis libros

conoce á Blanca, como encontré en Tor-desillas un subscriptor del NUEVO TEATRO CRÍTICO...

Con la útil y grata compañía de D. Vicente Pizarro, entramos, pues, en Santa María, donde nuestro acompañante César Silió pudo reconocer su pila bautismal, que no había visto nunca.—Santa María sorprende por su grandiosidad, por la imponente apariencia de su fábrica, pero no ciertamente por la pureza de su estilo. Hay una torre barroca, mientras la fachada luce la opulencia recargada del último periodo del gótico. El interior es claro, alegre, espléndido; en el elegante retablo mayor trazó Esteban Jordán la vida de la Virgen, y tableros y arquitectura del retablo son ciertamente de una finura y maestría notables; pero ya he dicho que en esta provincia, para que un retablo llame la atención y merezca mención especial, necesita destacarse mucho de entre sus infinitos congéneres que se ven por todas partes, y sorprenden, ó por la escultura, ó por la traza, ó por el estofa-

do, pintado y dorado, ó por todas estas cosas juntas. La condición de distinguirse entre los demás y no confundirse con ninguno, la tiene en Santa María la original y extraña *capilla de los Benaventés*.

Esta capilla, que mi paisano el pintor Villaamil reprodujo, tratándola por aquel modo idealista y soñador que le caracterizaba, es curiosa anticipación, en pleno Renacimiento, de ese churriguerismo ó riberismo que estaba en nuestro carácter y nuestra genialidad, y que, por consiguiente, debía aparecer á la hora y momento en que lo permitiesen las circunstancias. Á mediados del siglo xvi, y en un rincón de España, se incurrió en mayores delirios y se derrochó más fantasía calenturienta que en el Transparente de Toledo ó en la portada del Hospicio de Madrid. El barroquismo, en nuestro suelo, brota por generación espontánea. Es nuestra exaltación, nuestro énfasis, nuestra condición extremosa, reflejada en la arquitectura.

Para describir la capilla de los Bena-

ventes, yo necesitaría un esfuerzo de estilo parecido al que realizó su propio decorador. Convendría amontonar una profusión de tropos, imágenes, transposiciones, prosopopeyas, metáforas, y bordar, pintar, rizar y recamar el idioma. Y aún así, imitando á Flaubert que en *Salambona* quería hacer «algo color de púrpura», haciendo párrafos que fuesen cresterías y follajes, no lograría dar idea de aquel desate de fantasía lujosa, oriental y nimiamente simbólica.

Sólo para ver esta capilla despacio, y descubrir y repasar sus detalles, se necesitaría pasar la semana en Rioseco. Allí hay de todo, desde el género obsceno hasta el macabro: al lado de las sirenas que D. José María Quadrado llama crudamente *indecentes*, la figura esqueletada de la Muerte, que va delante de nuestros primeros padres arrojados del Paraíso, danzando, haciendo muecas y rascando la guitarra. La gran composición que enriquece el cascarón del ábside y que representa el Juicio final, los difuntos saliendo

de sus tumbas y el sumo Juez en su trono sustentado por los cuatro animales del Apocalipsis, me va á servir para encontrar la palabra que define esta capilla. Es una capilla apocalíptica.

Contra mi costumbre, en la capilla de los Benaventes me desagrada ese barniz que llamamos la patina del tiempo. La restauración, que en otros monumentos perjudica, en éste sería necesaria. Los estucos y dorados van desconchándose, y al desconcharse, se afean y parecen maltratados por alguna inundación. Ojalá sea restaurada la capilla de los Benaventes, antes de que fenezca tan extraña obra.

Los sepulcros de los fundadores merecen especial mención. Las estatuas yacentes son un primor de desempeño. Obsérvese que aquí, en nuestra patria, apenas se concibe la estatua en pie ó la estatua ecuestre. Esa idea pagana tenía que vernos de Italia: nosotros no comprendíamos la representación de un mortal sino de rodillas ó echado en su sepulcro, y con

las manos juntas para implorar la misericordia divina.—También es digna de detenido examen la verja.

Para que no le falte ningún detalle de suntuosidad, la iglesia de Santa María posee mucha y rica plata labrada y repujada, entre la cual se destaca una Custodia, obra del padre del famoso Arfe, dinastía de eximios plateros.

Después de Santa María, otra iglesia parroquial bajo la advocación de Santiago. Por no prodigar descripciones arqueológicas, pues no lo permite el carácter de estas rápidas impresiones, sólo diré que la parroquial de Santiago, cuyo interior es todo armonía, elegancia y magnificencia, se distingue al exterior por una particularidad curiosa: así como se afirma del Escorial, que en su traza imita la hechura de una parrilla, de Santiago de Medina se asegura que remeda—hasta el punto en que es asequible á una iglesia tal empeño— la forma del cuerpo de un caballo. La parte trasera de la iglesia, donde sorprende la pureza de las

líneas y perfección en el corte y labrado de la piedra, no deja, — después de que se lo advierten á uno, — de recordar las turgencias y depresiones del anca de un robusto trotón á lo Velázquez; y la fachada también presenta cierta fisonomía equina (siempre después de que á uno se lo dicen). Sólo que al caballo le falta una oreja..., ó sea una de las dos torres cortas que debían servir de orejas á este corcel arquitectónico.

Santa Cruz es la tercer parroquia de Rioseco. Unos la atribuyen á Herrera y otros la creen únicamente *herreriana*. No soy entusiasta de Herrera, y sólo le reconozco la monótona grandeza que se deriva naturalmente de la concepción de planes vastos, del atrevido derroche de espacio, de proceder por grandes masas. Santa Cruz, por ejemplo (sea de Herrera ó provenga sólo de su estilo), es una nave única, enorme, que anticipa el gusto de nuestras modernas estaciones ferroviarias. Lo curioso es que este sistema, cuyo carácter distintivo parece la solidez, no

ha resultado aquí sólido ni cosa que se le parezca. En efecto, la pared lateral de Santa Cruz está desplomada y rajada por inmensa grieta, y apenas contenido el destrozo con zunchos de hierro. Pronto se vendrá á tierra, si no se remedia el daño, mientras tanta iglesia románica y gótica resiste indiferente el ultraje de los siglos.

Una estatuilla de San Francisco de Asís nos enseñaron en la iglesia de Santa Cruz, que me reavivó el deseo de emprender ó de que alguien emprenda con el mismo cariño con que yo lo haría, un libro muy adornado de grabados, que se titule — y que sea — *El arte franciscano en España*. No conozco ningún país de Europa (exceptuando á Italia, que por ley natural, y por la sola existencia del Giotto, tenía que llevarse en esto la primacía) donde la idea franciscana se haya expresado mejor en el arte. Nuestros San Franciscos de madera son una creación: tal es la vida mística que supieron infundirles nuestros escultores. Uno de los San Franciscos más expresivos y sen-

tidos es el que me enseñaron en Santa Cruz. Tiene esa prolongación de líneas y ese misterioso ascetismo en la actitud, que ofrece el de Pedro de Mena en Toledo; actitud mitad arrobada, mitad penitente, que contrasta con el movimiento que suelen imprimir los escultores españoles á sus efigies.—La cabeza de la estatua, que lo dice *todo*, es de quita y pon: se puede colocar en diversas posiciones dentro de la capucha, y en cualquiera que se coloque está igualmente bien, y es idéntico el efecto de la sublime cara.

Vimos también el derruido convento de San Francisco.... ¡Oh dolor! Apenas hay ciudad de España donde el convento de San Francisco no esté desmoronado, y abandonada su iglesia. El de mi pueblo, donde existe (ó existió, pues hoy no hay medio de penetrar allí) el sepulcro de Fray Benincasa de Tuderto, compañero de San Francisco...., dedicado á presidio primero y á almacén de maderas después; el de Guadalajara, guardando el material de Ingenieros; el de Ávila,

sirviendo de establo á bravíos novillos.... Y este de Medina de Rioseco,—que tiene porte de catedral, que poseyó toda clase de riquezas artísticas,—abierto al agua del cielo y cruzado por las palomas que libremente penetran por las hendiduras de la techumbre, aún luce, en su abandono, interesantes restos de antiguo esplendor; aún oran ante el altar dos bellas figuras, arrodilladas, de bronce según Quadrado, de cobre según D. Vicente Pizarro, y según su color indica.—No costaría mucho restaurar tan bella iglesia. Parte de sus notables vidrios de colores los aprovecharon para una capillita las Hermanas de la Caridad.

Pocos minutos faltaban para la salida del tren, y aún lidiábamos con las atenciones del Caballero del verde gabán, que nos obsequiaba con golosas yemas y albaricoques en dulce, honor de la confitería de Rioseco.... Todo se remedió con una corrida por las calles del pueblo, que, á diferencia de las solitarias de Simancas, son animadas, concurridas y alegres.

Blanca llevaba en brazos una palomita moñuda, regalo de D. Vicente; pero, al poco rato, la paloma se la voló. Yo no quisiera que me sucediese otro tanto con el recuerdo de esta villa señorial: por eso lo archivo aquí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DON MANUEL CAÑETE

(NECROLOGÍA.)

Si fuese lícito encabezar con ingeniosidades un trabajo de esta índole, yo daría principio á la necrología de D. Manuel Cañete diciendo que las letras patrias están de medio luto, gris ó negro con cabos blancos, por la muerte de literato tan estimable y laborioso.

De riguroso luto, no puedo decir en conciencia que lo estén. ¿Qué reservamos entonces para los días realmente nefastos, en que desaparecen del horizonte astros como Alarcon, por no citar sino al último que perdimos? Criticar no se reduce á juzgar; importa mucho distinguir, y una de las verdades más fecundas que deben inculcarse al público, sobrado propenso á ponerlas en olvido, es que

Blanca llevaba en brazos una palomita moñuda, regalo de D. Vicente; pero, al poco rato, la paloma se la voló. Yo no quisiera que me sucediese otro tanto con el recuerdo de esta villa señorial: por eso lo archivo aquí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DON MANUEL CAÑETE

(NECROLOGÍA.)

Si fuese lícito encabezar con ingeniosidades un trabajo de esta índole, yo daría principio á la necrología de D. Manuel Cañete diciendo que las letras patrias están de medio luto, gris ó negro con cabos blancos, por la muerte de literato tan estimable y laborioso.

De riguroso luto, no puedo decir en conciencia que lo estén. ¿Qué reservamos entonces para los días realmente nefastos, en que desaparecen del horizonte astros como Alarcon, por no citar sino al último que perdimos? Criticar no se reduce á juzgar; importa mucho distinguir, y una de las verdades más fecundas que deben inculcarse al público, sobrado propenso á ponerlas en olvido, es que

hay clases en literatura. ¡Y tanto como las hay! Dejémonos de democracias en achaque de arte, y proclamemos con valor la desigualdad más irritante.... para los necios.

D. Manuel Cañete, el docto investigador de los orígenes del teatro nacional, el perseverante crítico dramático, nació entre bastidores, como hijo de actriz, siendo lo que llaman nuestros vecinos un *enfant de la balle*; y en sus mocedades ejerció el humilde cargo de apuntador. No era sin embargo plebeya su traza, antes muy atildada y pulcra, cual si denunciase mezcla de aristocrática sangre. Era de aventajada estatura, de blanquecina color, casi exangüe, propia de quien estudia y vela; de cabeza angosta y menuda, de facciones desgastadas como el cuño de una moneda vieja; su afeitado rostro pedía el marco del empolvado peluquín con baterías; sus limpias y cuidadas manos, la aureola de los vuelillos de rancio encaje. Fué en sus amistades y enemistades vehemente y extremoso, en

política adicto á las personas é indiferente á las ideas, con las damas azucarado y madrigalista, sibarita en la mesa, desinteresado en cuestiones de dinero, hasta rayar en imprevisor dadivoso, por lo cual, al morir bastante anciano y dejando fresca aún la tinta de las últimas cuartillas, no se encontró dinero ni valores en aquella casa donde residía, — Caños, 7, — que á tanta aleluya chancera dió pretexto en vida del morador....

Las azarosas circunstancias de la juventud de Cañete impidieron al futuro Censor de la Academia Española seguir carrera alguna ni concurrir á las aulas. Pero el Teatro es una escuela literaria, viva, incesante: cada ensayo vale por una conferencia, por una lección cada fracaso y cada éxito. Entre la vida de teatro, el trato con los autores insignes á quienes alcanzó Cañete en su período de esplendor, y la asidua lectura, formóse el muchacho y pudo dejar las candilejas por la estudiosa lámpara. El presupuesto del Estado — común remedio de la estrechez

literaria en nuestro país— le aseguró la subsistencia, y sus buenas relaciones y méritos adquiridos hicieron lo demás... que no puede llamarse encumbramiento, pues Cañete no alcanzó posiciones altas.

Es fuerza añadir que no las pretendía tampoco. Faltábale ambición; y aunque poseía dotes oratorias, no era apto para la política, ni hallaba en ella aliciente. Su adhesión á los Borbones de la rama isabelina, más parece afecto personal que comunión de ideas. Ni juzgara el reinado de Isabel II, ni juzgó á la Restauración, que en cierto modo fué la antítesis de aquella tesis: había querido á la madre? pues quería al hijo, y al nieto, y no se tomaba el trabajo de discurrir sobre el particular.—En los primeros años de la Revolución que le había dejado cesante, Ayala, que le debía servicios literarios de mucha cuenta, quiso darle algún destino, salvándole así de la suma estrechez. Cañete rehusó con valor, y fué vendiendo, para sustentarse, parte de su rica biblioteca.... La Restauración llegó, risueña y

pujante; hizo ministros á los insultadores de Isabel II, pero no repuso á Cañete en su antiguo cargo en el ministerio de Fomento. La Infanta Isabel hubo de reparar este descuido.

En su vida de crítico no falta el correspondiente duelo, ó mejor dicho, un par de duelos, con Zorrilla el uno, y el otro con Rubí, que fué después muy su amigo y á quien dedicó en *La Ilustración Española y Americana* sentido elogio fúnebre. En el lance con Rubí mostró, según refieren, gran serenidad, y pasando los dedos por el agujero que en su sombrero practicaran las balas del adversario, dijo con indiferencia: «Cuestión de Aimable». (Entonces era Aimable el sombrerero de moda.) Declaro, con la imparcialidad absoluta á que aspiro, sobre todo ante el sepulcro, que me agrada harto más, en este caso especial, la actitud de Cañete que la de Alarcon, cuando en parecidas circunstancias estuvo á pique de hacerse cartujo.

Aunque avanzado en edad y gastado por una labor literaria poco intensiva, pero

prolija y constante, Cañete parecía destinado á vejez más larga de la que tuvo. Sorprendió el acaecimiento de su muerte. Hay literatos que están en carácter durante la juventud — por ejemplo, Espronceda — á otros nos los figuramos siempre en la madurez, aunque no la alcansasen, — Larra, — y algunos, meritorios y útiles en su esfera, sin inspiración, más apreciables que gloriosos, y siempre un tanto rezagados, como Cañete, armonizan y encajan dentro del período de senectud, y caen muy bien como fondo de corporaciones oficiales, recostados en un sillón de Academia, ó entregando con animadora sonrisa la *clavellina de plata* y el rasgueado diploma á los vates premiados en algún certamen de esos que se abren «para honrar» á Santa Teresa, ni más ni menos que si Santa Teresa fuese Clemencia Isaura.... Cañete, encanecido, era el verdadero Cañete. No me refiero á su carácter, que afirman se conservaba vivo y fogoso, sino á la índole especial de su literatura.

Y ya es tiempo de hablar de ella.

Tres volúmenes conozco de Cañete: los dos de la Biblioteca de Escritores castellanos, y el de poesías, publicado hace más de treinta años, y triturado implacablemente por Antonio de Valbuena en sus *Ripios Académicos*. Cañete en poesía era clásico, feudatario de Gallego y Quintana, dado á usar latinismos y á emplear vocablos de dudoso gusto, como *feral* y *conforto*; y aunque no parezcan indignas de aprecio algunas de sus Epístolas (por ejemplo, la dedicada al conde de San Luis), la verdad es que su presencia ni pone ni quita tilde al Parnaso español. Dejemos á un lado los renglones cortos de Cañete, y tratemos de sus dos libros realmente importantes, que forman los tomos xvi y xxviii de la Colección susodicha¹.

Componen el primero dos estudios biográfico-críticos: *El duque de Rivas* y *El Dr. D. José Joaquín de Olmedo*. No titubeo en dar por útil, bien escrita y digna de

¹ Otros varios trabajos pueden citarse del Sr. Cañete, que aquí por falta de espacio no se examinan. Entre ellos descuella el Estudio preliminar del *Gil Blas* (edición Espasa), y el prólogo á las obras inéditas de Quintana.

ser consultada la biografía del gran Ángel Saavedra, aun cuando el que quiera entender plenamente la genialidad del restaurador de nuestro teatro romántico, (restauración iniciada por el *Aben Humeya* de Martínez de la Rosa y por el *Macías* de Larra) hará bien, después de leer á Cañete, en asesorarse con el marqués de Valmar, en su *Discurso necrológico*, y con Valera, en el hermoso *Estudio biográfico* que al duque de Rivas consagró. Hace Cañete esfuerzos para comprender al autor de *Don Alvaro*; quiere explicarlo, sentirlo; aplica á este empeño todas sus fuerzas, todo su conocimiento de la época y del personaje...., y se ve que lidia con un imposible: *Don Alvaro* no cabe en su cabeza. No he visto ejemplo más palmario de impotencia crítica que esta biografía. Pálida y borrosa aparece la figura del protagonista—esa figura tan caracterizada, de tanto relieve—y ni vemos al *hombre* (muy digno de ser visto y estudiado), ni nos damos cuenta de la *obra*.... Faltan á Cañete el pincel del artista y el

escalpelo del anatómico. Honrada exactitud en los datos; forma ni descuidada ni ingrata; moderación y templanza al calificar las dos escuelas, clasicismo y romanticismo, que señoreaban el campo literario al resplandecer la musa de Ángel Saavedra; cultura literaria y acierto en algunas reflexiones de escasa trascendencia, son los méritos que pueden estimarse en la biografía del duque de Rivas por Cañete.

Muy superior, no sólo por la plenitud de noticias, sino por el fondo crítico, encuentro la del poeta peruano Olmedo. Dió en ella Cañete la medida cabal de sus facultades críticas; no podía volar más alto. No rebosa en el estudio sobre Olmedo, como en ningún trabajo del mismo autor, jugo vital; pero está casi compensada esta deficiencia, con la bien escogida erudición, con el cabal dominio del asunto, la acertada elección de las autoridades en que se apoya cuando no habla por cuenta propia, y la limpieza y buena pasta del estilo y lenguaje, aquél más suelto y menos entorpecido éste que otras ve-

ces por las tranquilas de preposiciones, conjunciones y artículos innecesarios. El estudio sobre Olmedo no podrá llamarse definitivo, porque no podía Cañete agotar un asunto como lo agota, verbigracia Menéndez y Pelayo (no en el terreno de la erudición, según imaginan los profanos, sino en el de la comprensión y análisis); pero será de perpetua consulta para los que aspiren á conocer la literatura hispano-americana, por desgracia casi ignorada entre nosotros.

El segundo libro de Cañete que se incluyó en la Colección de Escritores castellanos, se titula *Teatro español del siglo XVI*, y consta de cinco estudios histórico-literarios, sobre autores dramáticos anteriores á Lope de Vega, y pertenecientes al obscuro período de nuestros orígenes teatrales: Lucas Fernández, el de las ingenuas églogas; Micael de Carvajal, el autor de la notable *Tragedia Josefina*; el maestro Jaime Ferruz «clérigo grande» como de Dante se dijo, y, por último, el maestro Alonso

de Torres y Francisco de las Cuevas, á quienes inspiró el martirio de los angelicales niños patronos de Alcalá, Santos Justo y Pastor.—Esta empresa de Cañete, como obra de investigación y no de alta crítica, era adecuada y conforme á su capacidad y medios intelectuales, y á ella deberá la modesta inmortalidad del útil obrero literario, porque las cosas han de ser buenas según su género, y así es buena, no vacilo en decir excelente, recomendable, digna de todo aprecio, la colección de estudios sobre los Orígenes del teatro español, fuente viva y clara de datos, puntos de vista y apreciaciones por todo extremo interesantes, y demostración razonada y á trechos elocuente de que el manantial de donde se formó la cascada impetuosa de nuestro teatro romántico nacional fué el templo, la idea religiosa: —el Auto. Lástima grande que no haya realizado Cañete su anunciado propósito de escribir la «Historia del teatro español anterior á Lope de Vega», ni el libro ó estudio completo so-

bre Ayala, que tenía también *in mente!*

Labores fructuosas hubieran sido ambas, mientras de las interminables *Revistas* de teatros con que inundó las columnas de *La Ilustración Española y Americana* apenas pueden entresacarse dos páginas dignas de ser recogidas en volumen. Acabo de arrostrar su farragosa lección y de comprobar una vez más la especie de ligadura ó maleficio que cohibe á los eruditos de raza cuando quieren abarcar una forma literaria viviente, contemporánea, y para decirlo con palabra de que abominaba Cañete, — *moderna*. Atónita me quedé cuando días hace los periódicos felicitaban á toda orquesta á Mariano de Cavia por la sucesión de Cañete en *La Ilustración*, ni más ni menos que si se tratase de sustituir á un Sarcey ó á un Lemaitre. Si el conocimiento del pasado de un ramo de la literatura da autoridad para sentenciar respecto á su estado presente, autoridad tenía Cañete para disertar sobre el teatro en nuestros días; pero si además se requieren, para tan ar-

dua tarea, gusto, acierto, amenidad, criterio fijo, vista sagaz y *discernimiento de espíritus*, entonces preciso es convenir en que Cañete no servía para Fiscal del Supremo literario.

Son sus crónicas extensas, y, lo que es peor, de *relleno*; jamás parece acordarse de que por algo se dijo:

« Glissez, mortels, n'appuyez pas. »

Siempre hay un *embutido* que forma el cuerpo de las crónicas: ó soporíferas exposiciones del argumento de las obras teatrales; ó interminables trozos de verso tomados de las mismas; ó lista completa y larguísima extractos de la opinión que emitieron sobre ellas los principales periódicos; ó citas de críticos franceses (entre los cuales descuella Zola) traídas á colación para robustecer cualquier reflexión insípida, vestida de tal seriedad como si fuese la más profunda sentencia. — Nótese esta particularidad de Cañete: dicen que era en su conversación sazonado: pero en sus escritos falta

hasta la sonrisa.—Es más: sus crónicas, siendo en los fallos excesivamente benévolas (que no es lo mismo que *justas*), tienen un dejo de evidente mal humor.

Su carencia de nociones de perspectiva crítica se advierte al ver que consagra más espacio á obras baladías que á las que marcaron huella y sobreviven aún; que lo mismo se remonta hablando de un sainete ó comedieta, que de un buen drama ó comedia de mucha miga. Su miopía y poquedad literaria resaltan cuando, verbigracia, para elogiar á *La duquesa de Altona*, se funda en razones de esta índole.

«El autor sólo pone en juego personas decentes.» ¿Qué mayor prueba de desorientación que su campaña contra «el novísimo naturalismo» en la escena española, donde ninguna obra verdaderamente naturalista se ha representado hasta hoy, y donde el realismo procede de Moratín y Bretón de los Herreros, y carece en el día de cultivadores? ¿Qué pensar de un crítico que confunde años y años molinos de viento con gigantes, y el efectismo romántico con un

soñado naturalismo, nonnato aún? ¿Qué pensar, repito, de un crítico á quien los dedos se le hacen huéspedes, é ignora totalmente hasta las fases y evoluciones de lo mismo que excomulga á diario, creyendo en 1891 que la estética no ha dado un paso desde hace tres lustros, y que está de última moda la *bestia humana*?

Bien sabe Dios que desearía poder expresarme en otros términos al calificar las críticas teatrales del Sr. Cañete; pero obligada á decir lo que juzgo verdad, faltaría á ella si no manifestase lealmente la impresión que me produjeron, más desconsoladora aún de lo que aparece aquí. Puesta á decir, ¿qué no diría yo, de quien encuentra «sano y profundo» el *Maitre de Forges*; de quien asegura impávido que Octavio Feuillet «penetra con paso firme en los arcanos del corazón»; de quien aboga sin tregua por el restablecimiento de la previa censura teatral; de quien dedica á cualquier arreglo del francés ó insulsez nacional columna tras columna, y tres ó cuatro parrafillos no más

á *Siempre en ridículo*; de quien insinúa que haría auto de fe con *Un crítico incipiente*; de quien todo se vuelve asombros, puerilidades, moralejas triviales y mezquindad estética, sin compensar los errores del juicio con el brillo del ingenio, la sal del donaire y el atractivo de la forma?

Así y todo no considero despreciable la labor crítica de Cañete. Hay en ella buena fe, deseo de alentar á los novicios, celo por el arte. Á veces es muy concienzuda, y siempre revela un espíritu docto, una información copiosa, base de la comparación. Por cierto que, reconociendo en Cañete este mérito y teniéndole por tan versado en la historia de nuestra literatura dramática, me ha sorprendido que en Noviembre del año 89 elogiase desmedidamente á Calderón por autor del *Alcalde de Zalamea*, sin dar el más leve indicio de conocer, — ya que no la Memoria de D. Juan Eugenio Hartzenbusch donde se demuestra que el gran *Alcalde* fué mera refundición ó imitación de la pieza de Lope de Vega que se conserva manus-

crita en la Biblioteca Nacional — por lo menos el artículo de Menéndez y Pelayo, que divulgó estos datos.

Debe estimarse también en Cañete, no sólo la forma moderada y culta que emplea para censurar los yerros en que á su entender incurren los autores, sino la campaña contra las ineptias que suelen aplaudirse en teatros por sección. Sin duda que esta campaña, loable en el fondo, no siempre fué llevada con acierto; porque ni se puede establecer como principio indiscutible que todo drama *serio* valga más, literariamente hablando, que un sainete, ni parece razonable, para condenar la cancioncilla ó *scie* del *Riquitrún*, compararla nada menos que á un coro escrito por D. Pedro Calderón de la Barca! Bazofia literaria pueden ser, y son muchas veces por desdicha, los *juguetes*, *disparates*, *apropósitos*, *humoradas*, *revistas* y *pesadillas* representables que sacaban de quicio á Cañete; pero bazofia hay también en los teatros serios, y más se ha de perdonar al que menos pretende.

Por otra parte, Cañete, que no se hartaba de condenar el mal gusto del público al dejar vacíos los teatros serios y agolparse en los teatrillos por horas, nunca pensó tener una palabra de censura para las altas clases, que sudan oro á beneficio del arte lírico ó de las compañías extranjeras, y prescinden de nuestros escenarios dramáticos. Si el pueblo y lo menos entonado de la clase media corre tras las chocarrerías del *Riquitrín*; si la crema y la mesocracia que la imita sólo tienen dinero y humor para el turno del Real, ¿de dónde va á salir el espectador del drama y la comedia? Del Real no decía palabra Cañete..., y no obstante, no son los teatros por horas quienes, hoy por hoy, perjudican más á la Talía hispana. Su cabeza de turco eran esos escenarios modestos donde no falta á veces mucha sal, bonita música y actores dignos de encomio.

Però entre las personas que con su asistencia prestan brillo al teatro de la Opera, tenía Cañete amigos y protectores, y (digámoslo en tono indulgente, hasta cordial)

en la crítica de Cañete mandaban mucho el corazón y las simpatías personales, la gratitud y el afecto. Los que le han conocido á fondo declaran que supo adherirse como la yedra. Fernán Caballero le había dado su retrato con esta dedicatoria al pie: «Al mejor de los amigos y al más bueno de los hombres.» Si las condiciones del carácter no pueden excusar los yerros del crítico, valgan para que el hombre obtenga—hasta de quien no disfrutó de su amistad—respetuosa conmemoración y cristiano voto de paz á su memoria.





REVISTA DE TEATROS

LOS ESTRENOS Y LOS VICE-ESTRENOS.

COMEDIA: *La Credencial*, de Miguel Echegaray.—PRINCESA: *Andrea*, de Victoriano Sardou.—ESPAÑOL: *Mar y cielo*, de Angel Guimerá.

SI no fuésemos exigentes y quilatadores de valor literario; si no llevásemos al teatro más fin que el de recrearnos honesta, lícita y bonachonamente por espacio de tres horas, riendo unas veces sin malicia, y otras dejando correr escenas en un semi-letargo lleno de tolerancia artística, sólo alabanzas tendríamos para *La Credencial*, porque tanto como aburrida no puede decirse que sea, y realmente, entre matar la noche en un Casino ó en una tertulia vulgar, ó ver á Emilio Mario hacer de padre de familia apurado y vergonzante, yo siempre opta-

ría por lo segundo. Á propósito de esto, he de notar que ocurre muy á menudo el fenómeno de que los buenos actores saquen y extraigan de una mediana comedia una creación típica, lo cual tal vez se debe á que el autor, al planear la obra, fué sugestionado por su futuro intérprete: le adivinó, y trabajó *por él y para él*.

No puede darse nada más sobrio, delicado y tierno (dentro de la nota cómica) que la interpretación de Mario en *La Credencial*. El juego de su fisonomía, sus movimientos, la dignidad de un carácter que lucha con la miseria, y el afecto del pobre pretendiente á su familia, á los hijos de su alma, todo en fin, hasta el detalle del pañuelo roto, me hizo sentir profundamente: el actor se sobrepuso á la comedia. Esta—dejando aparte cierto sello anticuado, que no es quizá su defecto mayor—fluctúa siempre entre la observación, la caricatura y el melodrama, declinando hacia estos dos últimos y censurables extremos. Algunas veces, ¡pero cuán pocas, por desgracia!, señaladamente en

el primer acto, hay en *La Credencial* de-
 jos y reminiscencias del estudio que en
Miau consagró Galdós á la consabida
 plaga de la empleomanía. Pero apenas
 asoma la niña del ministro, y la casa del
 ministro, y el propio ministro, *La Cre-
 dencial* se convierte en un tejido de inve-
 rosimilitudes sentimentales, y va conven-
 ciéndose el espectador de que asiste á
 lastimosa equivocación de uno de nues-
 tros predilectos autores cómicos...., que ya
 se tomará el desquite, pues sabe y puede
 tomarlo.

* * *

Andrea es la eterna condesa de los dra-
 mas franceses modernos, con el perpetuo
 marido infiel, ó, como ellos dicen, *vola-
 ge*, que deserta de su hogar para correr
 en pos de una actriz, bailarina ó *cocotte*,
 — impresa también en edición de mil
 ejemplares por los Sardou, Augier y Du-
 mas.—Linda, joven, tierna, interesante
 en todos conceptos, la condesa Andrea,

al cabo de dos años de vida conyugal, se
 ve olvidada y vendida, sin causa ni pre-
 texto, por un hombre que parece maniquí
 de la infidelidad, — pues el autor no se
 toma el trabajo de justificar ó de motivar
 siquiera con móvil alguno la conducta in-
 calificable del Conde, ser mezquino y odio-
 so, triste fantasmón de calavera. Que hay
 hombres así es evidente; pero también
 que no son sujetos dramáticos ni cómicos,
 por mucho que se empeñen los dramatur-
 gos transpirenáticos en elevarlos á esa ca-
 tegoría. Sardou nos presenta al tal moni-
 gote haciendo las más ridículas protestas
 de amor á una bailarina, y resolviéndose
 de golpe y porrazo á seguirla hasta el fin
 del mundo; y vemos á la esposa, bella y
 honrada, que disputa á la bailarina su
 despreciable presa, que pone en juego
 cuantos recursos dicta el amor para rete-
 ner al infiel, el cual la rechaza con hastío,
 espectáculo que nos parece....—no vacilo
 en estampar la frase crudamente *inmoral*,
 porque Andrea se arrastra y humilla sin
 conseguir una palabra de ternura, de

amistad siquiera, y sólo el medio mecánico y pueril de la detención en el manicomio, y el grosero estímulo de unos celos repentinos y absurdos, obtienen que el Conde vuelva á los brazos de su mujer... de donde huirá á la mañana siguiente, solicitado, como el corcho, por su propia liviandad, á escarnecer el cariño de Andrea á los pies de cualquier meretriz...

¿Qué nos prueba esa comedia barnizada de falsa moral? ¿Que un marido, cuando le encierran en Orates, y tiene mujer linda, y cree que ella se está desquitando, corre á impedir que se desquite? ¡Pues valiente moraleja, y profundísima lección y hermoso cimiento de la sagrada unión conyugal! El Conde, después del chasco y el susto, se quedará tan frívolo, tan pazguato, tan antojadizo y tan sin freno como antes, y Andrea, si no es más boba aún que su insulso compañero (y si fuese boba, tampoco habría para qué sacarla á la escena), verá claramente que semejantes victorias no merecen la batalla.

Gracias á la superficialidad de Sardou, el espectador no puede regocijarse con el triunfo de la buena causa. La comedia, sin embargo, se oye con gusto, por dos razones, una esencial, accidental la otra: la primera, por estar, ya que no bien sentida, ni bien observada, ni bien pensada, muy diestramente construida; la segunda, por el excelente desempeño del papel de Andrea, encomendado á María Tubau.

Sardou es siempre, como le definió Zola, el más diestro artífice de la comedia: los actos giran sobre sí mismos, se contrapesan, se ayudan, se matizan y se equilibran con infinita elegancia: cosa grata, sutil, con un poquito de sal y pimienta, y hasta con tufillo literario. Pero Sardou no pasa de artífice: no es un creador. Y ya que Zola, en un acceso de benevolencia que prueba que de sabios es mudar de consejo, ha hecho las paces con Sardou y ahora está con él á partir un piñón, como suele decirse, seamos nosotros más constantes y adoptemos su antigua terrible frase á propósito del au-

tor de *Fernanda y Andrea*: «No le concedemos nuestra estimación literaria.»

En cuanto á la Tubau, es una Andrea monísima. Su acción es contenida, modesta, señoril; su entonación justa y verdadera: no llega á causar la emoción trágica, quizá porque la obra de Sardou no la contiene; pero hiere dulcemente las fibras de la piedad. Yo he oído muy poco á María Tubau: cuando la vea interpretar una serie de obras que me permitan juzgar sus facultades de actriz, tal vez la estudie detenidamente, pues en la escasez de buenas comediantas que padecemos, ella se destaca con indiscutible supremacía, ayudada por una figura muy gentil y una voz pura y fresca, que sabe no derrochar.



La primera impresión que sentí al entrar en el Teatro Español la noche del estreno de *Mar y cielo*, de Guimerá, fué de pena, mejor diría de impaciencia y enojo. Los periódicos, en especial *La*

Epoca, que posee tanto aristocrático suscriptor, habían anunciado el suceso y significado su importancia: no se ignoraba que iba á acontecer *algo*, aquí donde tan poquito acontece, y que ese *algo* ocurría en las más altas esferas de la vida artística y se enlazaba con lo más puro y glorioso de nuestras tradiciones, no sólo artísticas, sino nacionales. Y sin embargo, la crema y su copete, que es la corte, no habían tenido la idea feliz de hacer por una noche, rabona á los gorgoritos. ¡Ah, si Guimerá, en vez de confiar su obra á un poeta castellano para que la trasladase en endecasílabos, se la hubiese remitido á Mascagni para que sacase de ella el libreto de un nuevo *Pirata*.... otro gallo le cantara, y otro público hubiésemos codeado en el viejo recinto escénico! Estábamos allí los fieles y empedernidos amantes de las letras; los que aún creemos que un Calderón vale por un Wagner, y un drama por una ópera; los que esperamos siempre, con el rostro vuelto atrás ó puestos los ojos en el horizonte lejano....

Estábamos allí, y á nuestra verita, en las butacas, teníamos mujeres de pañuelo á la cabeza, hombres de capa y hongo... sin miaja de *chic*, pero tal vez con mejor gusto que los de gaban de pieles que van á dormir entreoyendo por céntesima vez *Los Puritanos*... tan caritos como de costumbre... y ahora que Gayarre no los frasea!

Viniendo al asunto, empezaré por decir algo del autor, y después manifestaré sin circunloquios lo que opino de la tragedia *Mar y cielo*, acogida con entusiasmo por el público, y más si cabe por la prensa.—Vayan algunos datos biográficos, en parte tomados de la extensa semblanza publicada por Luis Alfonso la noche misma del estreno, y en parte de los detenidos y comprensivos estudios de Ixart sobre Guimerá, para que mis lectores de América, que tal vez no leen periódicos diarios de la corte de España, sepan quién es el poeta dramático que hoy aclama y saluda Madrid.

Angel Guimerá es canario de nacimien-

to, catalán de origen y vocación. Nació en Santa Cruz de Tenerife no sé en qué año, pues no lo dice su biógrafo: á mi parecer, frisaré en los cuarenta ó cuarenta y cinco.—Trasladado á Barcelona en tierna edad, la lengua de su patria adoptiva fué para él como propia.—Sus primeros laureos los ganó en los *Jochs florals*: en 1875 consiguió un *accessit*: en 77, de una vez, los tres premios reglamentarios, el de *Fe*, el de *Patria*, el de *Amor*, para ser proclamado maestro en *gay saber*: dicen que nunca se había dado caso igual.—Poeta lírico; periodista en la *Renaixensa*; autor dramático; diputado; presidente de la *Liga de Cataluña* y procurador de su tierra para presentar al Rey el *Memorial de agravios*, Guimerá apareció desde los primeros instantes de su carrera literaria como representante del regionalismo, siendo á la vez prueba palmaria de que los regionalistas de verdadera altura, valer y calidad, aunque se encierren en la concha de un idioma de región (no digamos *dialecto*, no vaya á

desazonarse nadie), rompen al fin el círculo mágico y se ostentan al sol madrileño y también al de las demás provincias — tal vez menos hospitalarias, en este sentido, que la corte.

Las poesías líricas de Guimerá han sido publicadas por Almirall en lujosa edición, con dibujos de Fabrés y Pellicer, y prólogo de Ixart, donde este crítico, en general tan clarividente, tan abierto y tan bien informado, sintetiza así su opinión sobre el autor de *Mar y cielo*: «El mejor poeta lírico, en nuestro concepto, fue entre nosotros Guimerá: versificador irreprochable y de expresión clara y natural, que se amoldó blanda como la cera á su pensamiento; plástico en la imagen, ya deslumbradora por su color, ya maciza y escultural por su relieve; de sentimiento vivísimo y delicado que recorrió todas las notas, de la ternura al odio, de la pasión soberbia á la humildad amorosa; suave, cantando sus recuerdos infantiles; hosco y fiero en sus poesías patrióticas; en sus asuntos, con un fondo

dramático visible, ya pensador, ya lírico entusiasta, y siempre alejado del círculo de trivialidades de la poesía en España.... Es poeta que, traducido y comprendido, lo sentarán á su mesa los pocos poetas contemporáneos.»

Al Guimerá, poeta lírico, he de admirarle bajo la garantía de Ixart, pues aunque tuve en las manos sus versos, no los leí con todo el sosiego necesario para formar juicio: y soy persona que, cuando no ha leído una obra, lo confiesa. No se puede leer todo: á Guimerá, sin embargo, ya se ve que hay que leerle, por el puesto que ha conquistado desde la representación de *Mar y cielo*, y, sin duda alguna, por lo que vale.—Provisionalmente, y mientras no rectifico ó me ratifico, he de decir que yo no incluiría tal vez á Guimerá entre los líricos de primera magnitud, que para mí, en España....—no lo escribamos, las comparaciones son odiosas.—Guimerá les iría á los alcances, muy de cerca, aunque no les alcanzaría, porque.... En fin, esto es prematuro: volvamos al autor dra-

mático, lo que hoy está sobre el tapete.

Forman el teatro de Guimerá siete tragedias: *Gala Placidia*, *Judith de Welp*, *Lo fill del Rey*, *Mar y cel*, *Rey y monjo*, *La Boja*, *L'ánima morta*, inédita aún —todas en verso;— una comedia de costumbres políticas, *La farsa*, y una pieza cómica en prosa, *La sala de espera*. *Mar y cielo*, estrenada ahora en Madrid, lo fué en catalán, en Barcelona, el año 87, en el Teatro Romea, y más tarde, habiéndola vertido al castellano en verso endecasílabo Enrique Gaspar, la representó la compañía de Rafael Calvo en Barcelona, interpretando Rafael, como era natural, el papel de Said el pirata. No bastándole á Guimerá el sufragio de su patria adoptiva, y sintiendo—dice Luis Alfonso—verdadero afán porque *le conociese* el público de Madrid, siquiera fuese á través de los cristales de una traducción, el drama esperó turno para salir á la escena del Español, donde triunfó el martes 17 de Noviembre.

No ha andado rehacia la prensa ma-

drileña en hacer notar, á propósito de Guimerá, esta contradicción en que incurren todos los regionalistas militantes, los cuales, reprobando, condenando y aborreciendo á Madrid, se pirran por que en Madrid se aplaudan y sancionen sus obras. Madrid, en cuanto centro literario, no es sino una agregación de gentes más ó menos aptas, nacidas en provincia; Madrid, además, es franco y vivo en su homenaje, y lo extrema y refina cuando se trata de autores que vienen de fuera y afuera vuelven: Madrid y su prensa, de quien (repito lo que dije hace muchos años en *La Cuestión palpitante*) todos hablan mal y todos se sirven, es el heraldo (ya que la base sean los propios méritos) de la fama de autores como, v. gr., Pereda, que allá desde su montaña entienden el mundo al revés y no se hacen cargo de que el mayor enemigo es siempre el más vecino, y que cuanto más se *desencarna*, por la distancia, un escritor, más fácil es que serenamente se le haga justicia, como todos se

la hacen aquí á Pereda, como se le acaba de hacer á Guimerá, como se le hará á quien la merezca, sea catalán ó cubano, aunque nó sólo por cubano ó catalán.

Pasa la acción de *Mar y cielo* á bordo de un corsario argelino, que, habiendo apresado un barco español, se lleva cautiva á la tripulación que sobrevivió al abordaje. Entre los cautivos se cuentan, además de Ferrán, patrón del barco, una doncella cristiana, Blanca, y su padre Don Carlos, que la llevaba á profesar á un convento.—El arreez del buque pirata, Saíd, es un mozo brioso, de saivaje fiereza, hijo de morisco, amamantado en el odio á la Cruz y á España; ha visto morir asesinado por cristianos á su padre y luego á su madre, y ha bebido sus últimas palabras: «¡Hijo, véngame!» Envenenada su alma por este recuerdo, Saíd es implacable con los cautivos, hasta que, al narrar delante de ellos la sangrienta histo-

ria, ve á Blanca, la novicia, prorrumpir en compasivo llanto. Aquellas lágrimas producen dos efectos contrapuestos. En Don Carlos, fanático enemigo de los infieles, indignación; en Saíd, dulce y secreta emoción, preludio de amor inmenso.—La misma Blanca, sorprendida de su propia compasión, decide rescatarla matando al enemigo de Dios. Con este fin se acerca cautelosamente al lecho de Saíd, armada de un puñal; pero Saíd despierta, Blanca no puede realizar su atroz propósito, y sobrecogida se desmaya en brazos del pirata, el cual exclama, asombrado y dolorido: «¡Pobre niña!»

Así acaba el primer acto. En los dos siguientes, la pasión de Blanca y Saíd, al tomar incremento, desorganiza el barco y produce el conflicto trágico de los sucesos que á bordo de él se desarrollan. Dominado Saíd por el atractivo de la cristiana, descuida el mando, y da lugar á que la gente se le amotine, á que los cautivos se alcen y se apoderen de la embarcación, hallándose así su vida á mer-

ced del furor de Don Carlos, defendiéndola tan sólo Blanca, que arrostra para proteger á Said la maldición de su padre. Con vencidos ya la cristiana y el arraez de que se adoran, pero que, como el mar y el cielo, no podrán juntarse nunca á no ser en la línea ideal del horizonte, aspiran á unirse al menos por la muerte; un momento la generosidad de Ferrán, primo de Blanca, les hace entrever una esperanza de salvación, presto disipada por el sanguinario rencor de Don Carlos, que, al disparar contra Said, hiere á su propia hija; y los dos amantes, por la porta del barco, se arrojan á las olas, para sepultar en ellas su desventurado amor. «¡Al mar!», dice él. «¡Al cielo!», contesta ella, y abrazados los recibe el abismo.

Por esta breve exposición del argumento juzgará el lector que *Mar y cielo* es un drama ultrarromántico. En efecto lo es, si atendemos principalmente á su

asunto, sin cuidarnos de la forma en que está desarrollado, ni del estudio de algunos caracteres, señaladamente el de Said. —La impresión del espectador algo versado en letras es que *Mar y cielo* tiene, como varias óperas modernas, reminiscencias de escuelas distintas y á veces contrarias. El relato de Said en el primer acto, y la compasión de Blanca, recuerdan á *Otelo*. —«Me amó por mis desdichas... y yo la amé por la piedad que de mí tuvo», podría decir el arraez, parodiando al Moro de Venecia. —Aquel odio entre dos razas, trocado súbitamente en amor; aquella pasión tan juvenil y tan ardiente de Said, trajeron á los labios de todos, los nombres de *Julieta y Romeo*. Aquel barco, aquellos piratas, aquel final por inmersión.... ¿no tienen dejos de *Mar sin orillas*? Aquella cándida niña sentenciada al claustro, aquel padre inexorable, rígido hasta la demencia, ¿no los hemos visto hace poco subir á la escena, por centésima vez, bajo el nombre de *Doña Inés y el Comendador*? Aquel indómito rey de mar, contra quien

se vuelven sus seides al verle esclavo de una mujer, león sujeto con cinta de seda, ¿no respondía por *Haroldo*? ¿No era normando? ¿Cómo se ha vuelto *mudéjar*? Y por último: ¿no conocemos ya cien ejemplares de ese tipo del hombre bravío y sin ley, bandido generoso ó corsario poético, desde aquel de Espronceda que veía

«Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente, Estambul,»

y se jactaba de sus proezas cantando:

«Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria, la mar,»

hasta el *Conrado*, de Byron, el *Carlos Moor*, de Schiller, y el *Hernani*, de Víctor Hugo? ¿No estamos ya tan familiarizados con las transformaciones de ese carácter, infalible engendrador de simpatía y bañado en melancólica grandeza, que podemos predecir con exactitud

astronómica la hora en que cesará el eclipse y resplandecerá bajo la fiera el hombre nobilísimo, apasionado, *fino* y *sensible*, como decían nuestros padres?

Todo esto es evidente, y evidente también que, aun prescindiendo de nuestra antigua relación con el tipo de Said, en *Mar y cielo* ni están los demás personajes á la altura del mismo protagonista, ni tampoco hay en los recursos dramáticos gran novedad, verosimilitud ni destreza. De los personajes restantes, Blanca aparece demasiado imbuida en el ciego fanatismo de su padre en el primer acto, y tan llena de iniciativa en los demás, que llega á causar indefinible extrañeza aquel puñal que no se le cae de las manos, y que á cada momento esgrime. Respecto á Don Carlos, el padre de Blanca, hay que juzgarle más severamente aún: no es hombre, es una abstracción, una manía personificada: sus actos no parecen de persona cuerda, sino de mentecato demente: no es el modelo del caballero cristiano, ni brota de sus labios

el espíritu del catolicismo en nuestros siglos de oro, sino una especie de divisa como aquellas que les salen de la boca, en forma de cinta, á los santos de ciertos grabados y pinturas. Su hija Blanca no tenía vocación, ella misma lo declara; además la pretendía su primo Ferrán, noble y honrado; pero á Don Carlos se le ha puesto entre ceja y ceja lo del monjío, é inmola á su hija sin escrúpulo. Apresado por un corsario, á merced del cual están, no sólo su vida, sino la honra de Blanca (pues no solían los arraeces gastar muchas retóricas y melindres con las cautivas bellas), Don Carlos no cesa de brava-tear, de irritar á los tigres que pueden devorarle, y las atenciones, los rasgos de bondad de Said, lejos de templar su ánimo, diríase que le incitan á mayor insensatez. Es, en suma, un viejo terco, inconcebible, despojado de la profunda humanidad del *Brabancio* de Shakespeare y de la majestad fantástica del *Comendador*, cuya porfía obedece á móviles racionales al fin,— el conocimiento de la des-

atentada conducta de Don Juan.— Said, al aborrecer á los cristianos, procede también por motivos: han matado á su padre, han martirizado á su madre ante sus propios ojos. Pero Don Carlos, á quien el autor quiere hacer símbolo de la sociedad cristiana de entonces, ¿en qué funda su absurdo porte á bordo del barco pirata?

De los demás personajes, ya secundarios, ni son muy nuevos los mejores (verbi gracia, Hasén y el Renegado), ni en los restantes hay, á falta de novedad, aquel relieve escénico que supo prestar Víctor Hugo hasta á los comparsas de su teatro (menos elogiado hoy de lo que merece). Y los recursos que sirven para ligar, impulsar, desenvolver y precipitar la acción, son ó tan falsos como el del puñal de Blanca, ó tan gastados y hasta pueriles como el de las espadas que se lleva el Renegado aprovechando una distracción de los piratas....

¡Me parece que, después de todo lo que acabo de escribir, nadie me acusará de parcial ni de blanda con Ángel Guimerá y su tragedia *Mar y cielo*, encomiada por unánime voto y casi sin restricción en la prensa de Madrid! ¡Creo que he conquistado, mediante esta severidad, que muchos graduarán de excesiva, y que en mi conciencia es justa, el derecho de decir á boca llena que por solo *Mar y cielo* (no conociendo el resto de su teatro) coloco á Guimerá en primera línea entre nuestros autores dramáticos, y he disfrutado la noche del estreno tanto como el más ferviente admirador incondicional del poeta!

Tengo en qué fundar esta aparente inconsecuencia. He puesto por delante la falta de novedad y las deficiencias de *Mar y cielo* en su concepción y estructura; ahora debo presentar de realce sus cualidades, que son, á más de originales, altísimas, en cuanto á desempeño y forma; y me atrevo á sostener que esa forma y ese desempeño, con el inspirado estudio del desarrollo de una pasión amorosa verda-

dera en un alma virgen de ternura y huérfana de cariño, es lo que avasalló al público y le arrancó entusiastas y merecidos aplausos.

Mar y cielo es un rasgo de genio, en cuanto á que el autor supo tomar de tres escuelas tan distintas como el romanticismo, el clasicismo y el realismo, ciertos elementos escogidos entre lo más característico de cada una, y fundirlos, sin abusar de ellos. Del romanticismo, la pasión, el interno lirismo. Del clasicismo, la sobriedad y elevación del lenguaje, la concisión hermosa. Del realismo, la verdad del carácter de Said, y la rudeza de la frase directa y sincera, que de vez en cuando nos recuerda que estamos á bordo, entre corsarios, y ayuda á formar ambiente.—No pretendo indicar, como supondrá el lector, que Guimerá calculase esta amalgama de elementos. Venido al teatro en época de transición, cuando el clasicismo no puede renacer, el romanticismo ya no puede vivir y el realismo no puede madurar todavía, Guimerá

siente esa crisis y la domina con su fórmula instintivamente ecléctica, y sobre todo con su personalidad, en que indudablemente hay mucho de genial. *Mar y cielo* es romántico sin delirio, clásico sin frialdad y realista sin prosaísmo. Es, sobre todo, obra de un poeta nuevo y brioso, que hace correr más intensa la vida por nuestras venas, con el calor de su musa.

Treinta años hace, Guimerá hubiese sido un romántico desatado, cien veces más reñido con la realidad que Zorrilla, —el cual no lo estuvo tanto como á primera vista parece,—y acaso más verboso, más derrochador de rimas. La época presente se le impone y condiciona su forma, la expresión de las ideas de sus personajes, obligándole á cercenar el lirismo y conseguir una precisión escultórica. En mi entender, por eso ha triunfado: por eso nadie ha visto en *Mar y cielo* una concepción febril, sino un hermoso drama que toca á las nubes y descansa en la tierra.

* * *

Yo me atreví á disentir del parecer de Menéndez y Pelayo y Núñez de Arce. Ellos opinaban—y también el Sr. Palau—que sólo en verso (siquiera sea en verso blanco) pueden decirse ciertas cosas. Yo creía, y sigo creyendo, que en prosa ha dicho Tamayo, v. gr., por todo lo alto, cosas muy buenas. El verso podrá sostener á la idea; también el corsé emballado sostiene el cuerpo de la hermosa; pero á veces lo desfigura, alterando sus lineamentos. No implica esta opinión mía censura alguna á la traducción de Enrique Gaspar, que me parece excelente, digna del original y fielmente ajustada á él. Gaspar ha sabido conservar la robustez, la energía, la viril aspereza del catalán, claramente reflejadas en su traducción castellana. Lo que afirmo es que, si Enrique Gaspar traduce en prosa, como él es capaz de traducirla, *Mar y cielo*, nada perdería la tragedia, y ganaría algo la misma exactitud que elogio en Gaspar. Por ejemplo: en el admirable final del primer acto, en vez de «¡Pobre niña!»

que le hace decir, no la fuerza del conso-
nante, pero sí la de la rima, pondría Gas-
par el «¡Pobre mujer!» del original ca-
talán. No son nimiedades: en Guimerá,
que no es palabrero, no equivale una
expresión á otra—y lo digo como altísi-
mo elogio.

* * *

Ricardo Calvo, que tiene la voz muy
dañada por culpa del mal gusto de un
público para quien el mejor representan-
te sería sin duda Estentor, supo demos-
trar en *Mar y cielo* que sin necesidad
de la voz acierta á decir mucho y muy
hondo.—Yo he tardado en admitir que Ri-
cardo pudiese compensarnos la pérdida
de Rafael, tan prematuramente robado á
la escena por la muerte; pero desde *Mar
y cielo* me inclino á creer en la transmi-
gración de las almas.—La escena de los
celos, y la que sigue, cuando Saïd, desde
la porta, contempla enajenado de gozo
la luz que más aun que del cielo bajó de

los ojos de Blanca hasta su corazón, es
Rafael y del mejor—como diría un tra-
ductor que no fuese Enrique Gaspar....

Los demás actores supieron *acercarse*;
la Calderón, Donato y Rivelles *llegaron*.
En resumen, *Mar y cielo* es por ahora la
flor de la temporada teatral que princi-
pia. Le he consagrado largo análisis, y
larga será la estela que deje en la me-
moria madrileña el nombre de Guimerá.
¿Cuándo oiremos en castellano *Lo fill
del Rey*?



NOTAS LITERARIAS

Si hay para la literatura un cielo (yo creo que sí), y en ese cielo, como en el de la Teología católica, los ángeles se regocijan de las buenas acciones de los mortales, el cielo literario estará de fiesta estos días, por la conducta del Sr. Mañé y Flaquer, al rectificar, en uno de los últimos números del *Diario de Barcelona*, aquello del «fuego graneado» de besos que en mis novelas se oía.

Sóbranse al Sr. Mañé y Flaquer autoridad, firmeza y prestigio, que ha ganado y probado en su larga cuanto honrosa carrera de publicista, para avalorar la explícita rectificación que agradezco como merece, y que me servirá de ejemplo si llegase el caso, pues la considero realmente ejemplar.—Y sin ánimo de polémica

(ya que el Sr. Mañé añade á su recitividad la exquisita galantería de indicar que me teme) voy á enterarle, en los dominios de la más amistosa confianza, de por qué una escritora partidaria del arte libre da tanta importancia «á unos cuantos besos más ó menos».

En primer lugar, *arte libre* no es lo mismo que *arte libertino*, y casi podría decir que es lo contrario. En segundo lugar, ciertas cosas varían mucho según el más ó el menos, y donde el arte permite el uso, condena el abuso con severidad inflexible. Persuadida de esto anduve yo tan parca en consentir á mis heroes semejante demostración, la cual, en mi entender, sustituye y simboliza otros extremos pasionales que no es lícito puntualizar gráficamente. No me espanto del beso cuando viene impuesto, digámoslo así, por la idea de la novela, como venía el de *La madre naturaleza* que horripiló al Sr. Mañé. De la insistencia sí me espantaría, como artista más aún que como moralista, por aquello de que

verba repetita generant candonga. Y no añado más razones, por no ofender al claro entendimiento del Sr. Mañé, que no las necesita. Segura de que ya me ha comprendido, doy por terminado á satisfacción el incidente.

x^x
x x

El Padre Conrado Muiños, de los Agustinos escurialenses, publica estos días en *La Ciudad de Dios*, notable revista que redacta casi exclusivamente aquella Comunidad, una serie de estudios muy razonados y discretos, dirigidos á mí y en que diserta sobre el realismo, contestando á mi artículo polémico. Si en el *TEATRO CRÍTICO* dispusiese yo de espacio suficiente, aquí me haría cargo de un trabajo tan pensado en el fondo como cortés en la forma; mas si aquí no cabe, cabrá mi respuesta en el tomo de *Polémicas literarias*, que estoy en ánimo de publicar.

x^x
x x

No faltan este mes libros que soliciten mi atención y merezcan detenido examen.

En primer término figuran tres ó cuatro de Menéndez y Pelayo: la segunda edición del primer tomo de la *Historia de las Ideas estéticas en España*, dividido en dos volúmenes, refundido y aumentado considerablemente, y la curiosa edición del manuscrito de Don Álvaro de Luna «De las virtuosas e claras mujeres» que nunca había corrido hasta el día en letras de molde.— Compuso esta obra el Condestable de Castilla «andando en los reales, e teniendo cerco contra las fortalezas de los rebeldes, puesto entre los horribles estruendos de los instrumentos de la guerra», y á este mismo carácter, que llamaríamos *periodístico* si no se tratase de un libro del siglo xv, atribuye en parte Menéndez y Pelayo—en la hermosa Advertencia preliminar donde nos da hecha la crítica del libro—el que éste pueda ser leído con más interés y agrado que la mayor parte de los libros en prosa de su época, y el que Don Álvaro sea uno de los rarísimos escritores que no cayeron en la tentación de latinizar el esti-

:

lo hinchada y ambiciosamente. Tomemos en cuenta, no sólo este mérito, sino el galante propósito del Maestro de Santiago, precursor del Padre Feijóo en vindicar á las mujeres reconociendo y proclamando la igualdad entre los sexos, y accedamos á la ingenua súplica del nobilísimo autor, que al pedir excusa por «algunas cosas que se fallasen non bien ordenadas», añade: «e de las bien dichas, con razón que-remos gracias». ¡Gracias te doy al través de cuatro siglos, oh ilustre decapitado!

x
x x

En cuanto á la *Historia de las Ideas estéticas*, no puedo hablar de ella á la ligera y en una crónica. Debo á este libro, y en general á su autor, un estudio en regla, tan extenso y fundado como me sea posible; aguardaba á dedicárselo cuando terminase la *Historia de las Ideas estéticas*, y acabo de saber con terror que no terminará hasta dentro de cuatro ó cinco años.... ¡Cuatro ó cinco años! Probablemente no nos moriremos de aquí allá;

pero.... ¿habrá TEATRO CRÍTICO entonces? Aprovechando una de esas calmas veraniegas que interrumpen la producción literaria y dan desahogo á la crítica, tendré que realizar mi ya añejo propósito, sin esperar á que se complete el monumento....

x
x x

Rápida y sucinta será también la mención que dedique á libros de muy distinto género, é interesantes ó por la calidad ó por la firma. Amontonados sobre mi mesa y pidiendo con justicia que no se les eche en saco roto, están *Plorant y rient*, del humorista catalán Emilio Vilanova, libro acabado de llegar, al lado de cuatro tomos, nada menos, de un escritor á quien yo no conocía, Vélez de Aragón, y cuya prosa exhala un perfume de sensatez y de cultura que me hará agotarlos hasta la última página. Allí diviso la biografía de *Martinez de la Rosa*, que como la de *Núñez de Arce*, debe incluirse entre lo mejor y más jugoso que

Menéndez y Pelayo ha escrito en su vida ; aquí la de *Zorrilla*, por Isidoro Fernández Flórez... primorosa página donde la crítica se reviste de lirismo, y, mediante un esfuerzo involuntario dictado por la admiración, *refleja* en vez de *juzgar* ; allá *Bajo la parra*, colección de cuadritos de caballete, muy luminosos y delicados, hojas arrancadas del album de Salvador Rueda : acullá la novela de Enrique Gaspar, *Las personas decentes*, que, no sólo por lo limado y generoso de la prosa en que está escrita, sino por ser la transformación de una comedia en novela, solicita la curiosidad y en cierto modo obliga á examen... Por esta vez tengo que rogar á los autores y al público que me dispensen, recelando que el mes venidero se haya aumentado el cúmulo y raye en imposible lo que hoy sería difícilísimo, á no doblar el tamaño del TEATRO y lo que es menos factible aún, mis horas de diaria labor.

x
x x

La *Fe de erratas del Diccionario de la Academia* tiene ya tres tomos con el que acaba de ver la luz, y no llega mas que hasta la *D*. Muchas veces siento impulsos de hablar largo y tendido sobre esta impugnación, que me ofrece la tela ya cortada para discurrir acerca de lo que debe y puede ser el Diccionario de un idioma como el nuestro, á fines del siglo XIX, y lo que es al presente, y cómo se podría conseguir la racional reforma, expurgo y mejoramiento de tan indispensable libro. Mas la impugnación va despacio, lo cual se comprende, yendo tan al pormenor, y ¡quien sabe si cuando lleguemos á la *Z* ya no tendré yo ánimos sino para dormitar al amor de la lumbre ! Valga por lo que valiere, me anticipo á reconocer que la impugnación de Valbuena, dejando aparte la dureza de ciertos calificativos, la considero de suma utilidad filológica ; allí se aprende mucho ; al menos aprendemos los que no nos tenemos por sabios, y los que recordamos que la ciencia infusa concedida á Salo-

món consistía en saber los nombres de cuantas cosas son en el cielo y la tierra.

Luis Cánovas es un escritor que en Francia se contaría ya entre lo más lucido de la pléyade nueva, que sigue con fortuna las huellas de los maestros. No por eso quiero relegarle á la categoría de mero imitador. Aunque lleva puesta la mira en Pereda cuando hace novela popular y rústica, en la que yo llamaría *intelectual* (véase en su recién publicado tomito de *Novelas cortas* la titulada *El lector*), en *El expediente* y en otras varias se descubre la veta propia, delicada, del observador y del artista que siente cualquier *medio* con intensidad igual. Su estilo es fluido y grato, su lenguaje escogido sin pretensiones académicas; sabe narrar, interesar, sentir.... ¿Qué más necesita? Un editor para la novela *Mi prima Pepa*, que tiene en cartera.... Si valiese mi informe, ya estaría *Mi prima Pepa* haciendo «gemir las prensas» de Fe ó de La

España editorial (y prefiero decirlo así, en letras de molde, mas bien que al oído), pero el nombre nuevo siempre alarma al negociante; un editor es un negociante en primer término.... y aunque se horripilen los románticos de mantequilla, yo creo que así conviene y así debe ser.... aunque también, juzgando por *Jaime el Leveche* y demás *Novelas cortas* de Cánovas, creo que su novela inédita no sería un mal negocio.

¿Diré ó no diré algo de los folletos sobre la *cuestión académica*?

Por un lado me parece mejor la abstención. Por otro, temo que estoy procediendo mal con mis lectores, á fuerza de escrupulosidad. Guardé silencio respecto al folleto de Eleuterio Filogino, titulado «*Las Mujeres y las Academias, cuestión social inocente*»; y ahora aparece otro que es el complemento de aquél, y que se rotula «*¿Académicas? Soliloquio*». Y cuando digo que es el complemento, en

tiéndase que ambos opúsculos se completan como se completan Draper y el Padre Cámara, Castelar y Manterola, Pascal y los Jesuitas; como se completan la tesis y la antítesis, que al fin se resuelven en síntesis. En el primer folleto, Eleuterio Filogino ataca la idea de la academicidad femenil; y en el segundo se contesta á sí propio, y se rebate sus mismas opiniones, y se derrota en toda la línea.

¿Será posible que los dos folletos procedan de la misma mano, y esa mano sea la que trazó tantas y tan escogidas páginas; la que narró los ensueños místico-eróticos del Seminarista prendado de *Pepita Jiménez*; la que vertió en dulcísima prosa castellana el idilio de Longo? ¿Se concibe que Don Juan Valera, por muy diestro que le supongamos en defender el pro y el contra, se haya propuesto rebatirse á sí mismo, y hacerse su propia crítica con tanta imparcialidad y sosiego? La jugarrera sería muy donosa, y propia del buen humor y desenfado de Don Juan Valera; pero sus compañeros de Academia Es-

pañola le dirían de fijo, como los amigos de Tenorio en la clásica cena :

« Si es broma , puede pasar ;
Mas á ese extremo llevada ,
Ni puede probarnos nada ,
Ni os la hemos de tolerar . »

No; yo estoy convencida de que el soliloquio *Académicas*, á pesar de las analogías que presenta con el estilo, modos de decir y recursos literarios del insigne escritor, no es más que un *pastiche*. No puedo admitir que la afición de Don Juan Valera al transparente disraz y al secretillo literario llegue á tal extremo. Sería el colmo de la *mistificación* y el mayor rompecabezas propuesto á la investigadora actividad de los eruditos del porvenir. ¡Quién los vería darse de calabazadas, vueltos tarumba por el humorismo original de este nuevo *Heautoepistolografos*, tan distinto del que Galdós pintó con donaire en *El doctor Centeno*! Afortunadamente ya se descubrirá el verdadero autor del soliloquio *Académicas*, y los bibliómanos del siglo xxv se perderán el

sabroso regalo de decir, pegando golpecitos con el reverso de la mano en un *in octavo* amarillento: «Aquí tengo juntos—buenos sudores y buen dinero me cuesta—los dos opúsculos de Valera, uno pseudónimo y otro anónimo; su mérito está en que andan muy raros...» «¿Y de qué tratan?», preguntará algún curioso impertinente (pues no creo que se haya acabado la casta para entonces). «¡Ah!», responderá el coleccionista. «No se lo puedo decir á V. fijamente.... Pero me han asegurado que el uno es en contra de ciertas opiniones políticas que entonces llamaban *integrismo*... y el otro desbarata completamente los argumentos del primero, y saca el *integrismo* triunfante.... El contenido no merece la pena.... Pero note qué suerte he tenido: los ejemplares se encuentran muy bien conservados», añadirá el bibliómano señalando á la única hoja que la humedad y la polilla permitan leer aún.



INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

POESÍA.

- El libro del amor*, por Adalberto A. Esteva.
—Un tomo.—Méjico, 1890.
Parva poemata latina, seu ludrica literaria.
—Auctore Presbytero Raymundo del Busto Valdés.—Tomo 1.—Palencia, 1891.

CIENCIAS.

- La Hacienda pública de España*, por Manuel Walls y Merino.—Un tomo.—Manila, 1889.

CRÍTICA.

- Historia de las ideas estéticas en España*, por Marcelino Menéndez y Pelayo.—Tomo 1.—Segunda edición.—Dos volúmenes.—Madrid, 1891.
Artistas y críticos españoles, por R. Balsa de la Vega.—Un tomo.—Barcelona, 1891.
Frutos coloniales, por César de Madrid (Francisco Coronado).—Folleto.—Habana, 1891.

Fe de erratas del Diccionario de la Academia, por Antonio de Balbuena.—Tomo III.
—Madrid, 1891.

FILOSOFÍA.

Las luchas de nuestros días, por F. Pi y Margall.—Un tomo.—Madrid, 1890.

Discurso leído por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en el Ateneo de Madrid.—Folleto.—Madrid, 1891.

NOVELA.

El cabecilla, por J. Barbey d'Aurevilly.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Marido y mujer, por el Conde Tolstoy.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Las personas decétes, por Enrique Gaspar.—Un tomo.—Edición ilustrada.—Barcelona, 1891.

Novelas cortas, por Luis Cánovas.—Un tomo.—Valencia, 1891.

Menudencias (pequeñeces catalanas), por el P. A. March.—Folleto.—Barcelona, 1891.

HISTORIA.

La guerra franco-prusiana, por el Conde de Moltke.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Libro de las virtuosas e claras mujeres, el

qual fizo e compuso el condestable D. Alvaro de Luna, maestré de la Orden de Santiago.—Dalo á luz la Sociedad de bibliófilos españoles.—Con prólogo de Menéndez y Pelayo.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Las Cortes de 1392 en Burgos, por Anselmo Salvá.—Folleto.—Burgos, 1891.

CUENTOS.—COSTUMBRES.

Bajo la parra, por Salvador Rueda.—Un tomo.—Valencia (sin fecha).

El diablo en presidio, por Z. Vélez de Aragón.—Un tomo.—Madrid, 1892 (fecha adelantada).

Memorias de un periodista, por Z. Vélez de Aragón.—Un tomo.—Madrid, 1890.

Narraciones y cuentos, por Z. Vélez de Aragón.—Un tomo.—Madrid, 1890.

Plorant y rient, por Emili Vilanova.—Un tomo.—Barcelona, 1891.

BIOGRAFÍA.

Manuel de Cabanyes, por Juan Fabrè Oliver.—Folleto.—Villanueva y Geltrú, 1889.

Teófilo Gautier, por Emilio Zola.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).

Martínez de la Rosa, por Menéndez y Pelayo.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).

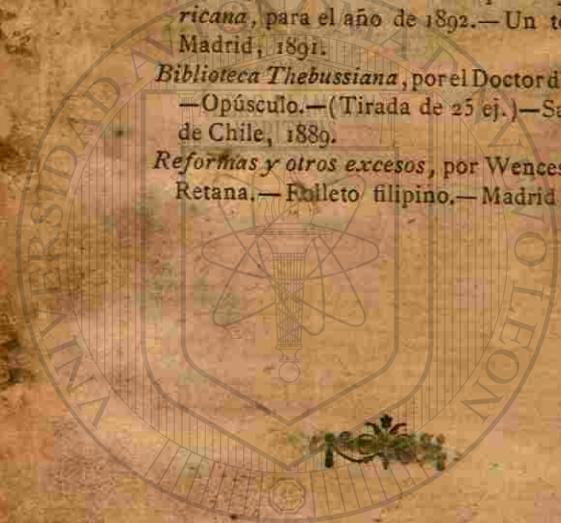
Zorrilla, por Isidoro Fernández Flórez.—Un tomo.—Madrid (sin fecha).

MISCELÁNEA.

Almanaque de la Ilustración Española y Americana, para el año de 1892.—Un tomo.—Madrid, 1891.

Biblioteca Thebussiana, por el Doctor d'Alaer.—Opúsculo.—(Tirada de 25 ej.)—Santiago de Chile, 1889.

Reformas y otros excesos, por Wenceslao A. Retana.—Folleto filipino.—Madrid, 1890.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEV
LIOTE